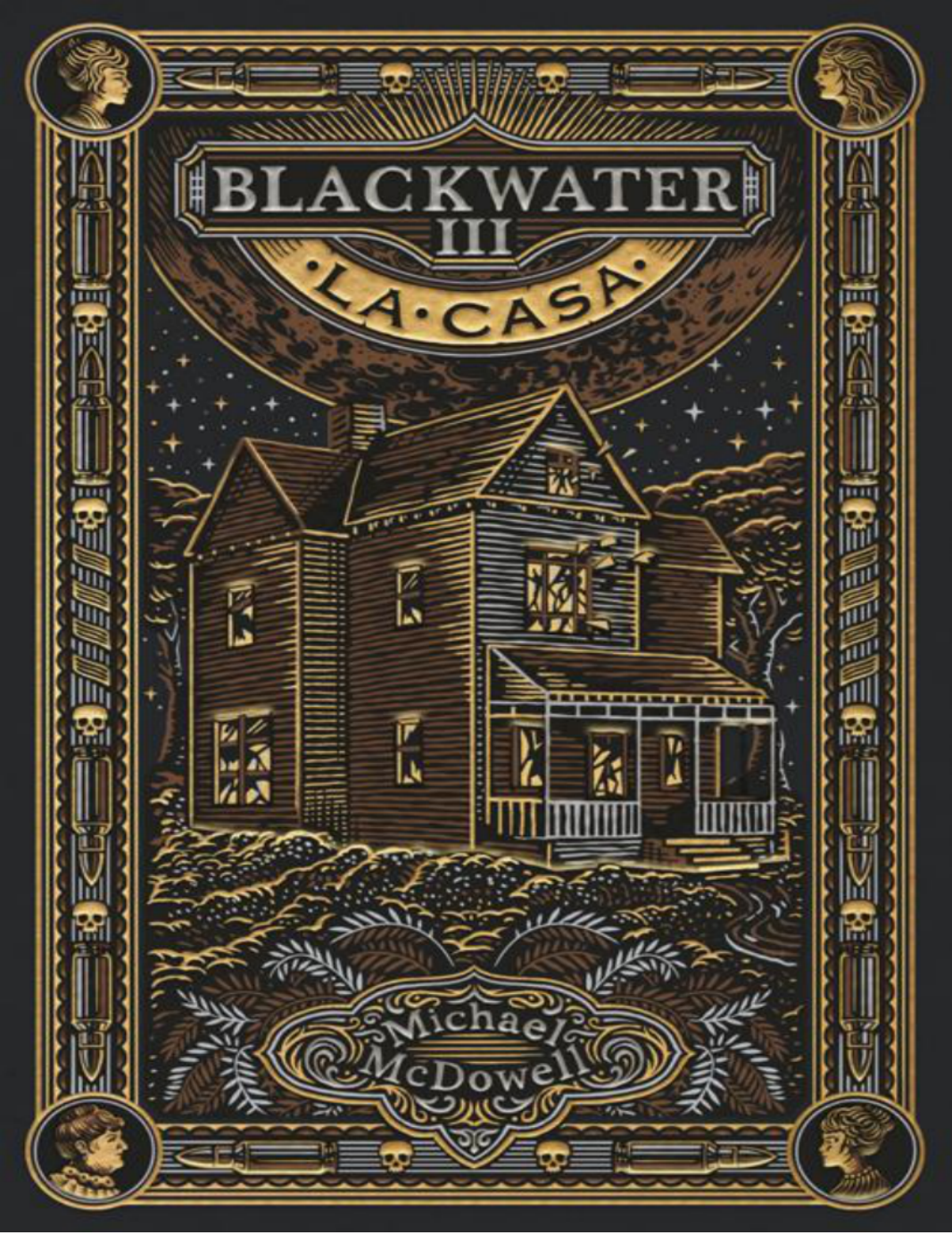
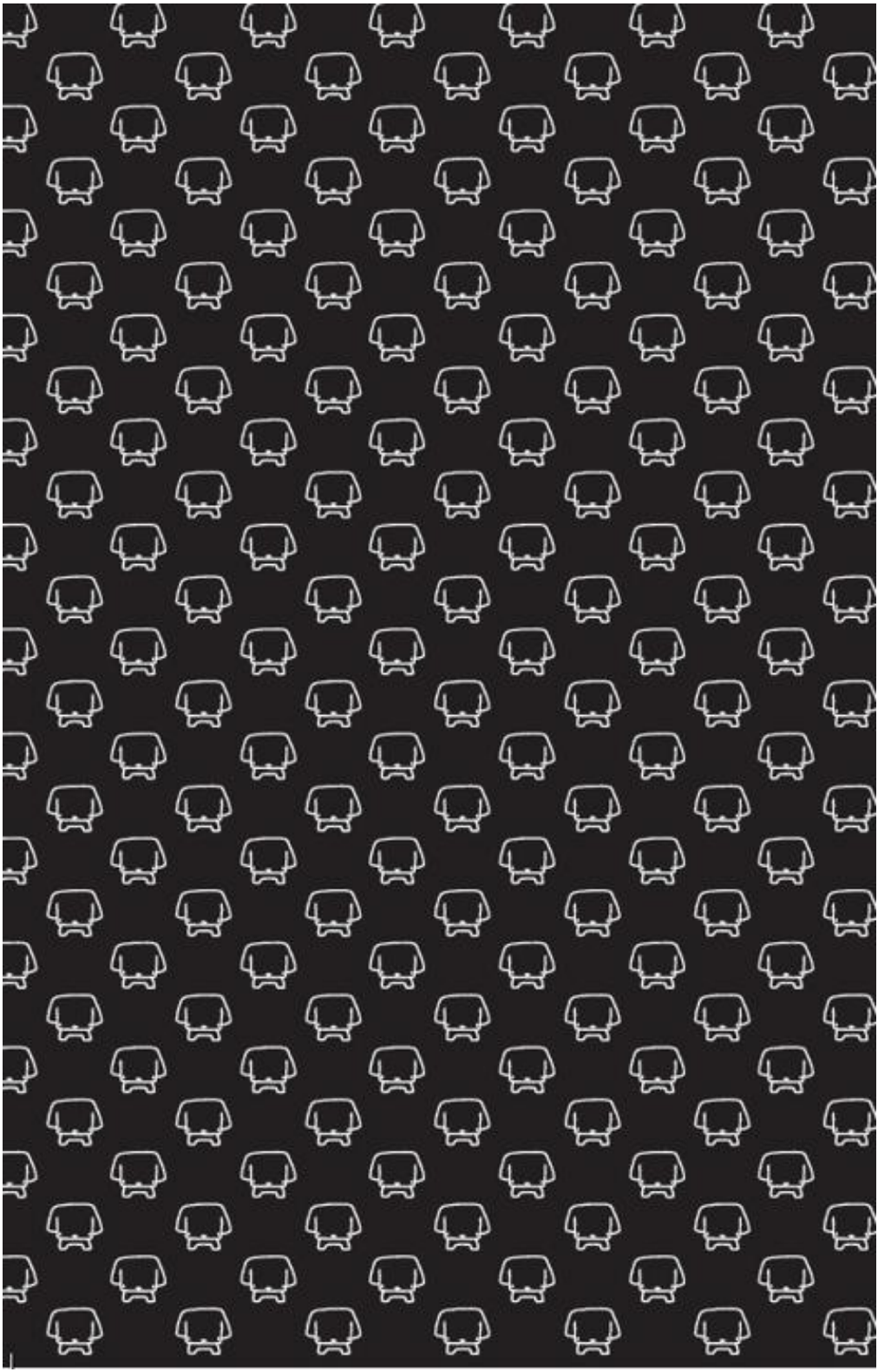

BLACKWATER
III
·LA·CASA·
Michael
McDowell



MICHAEL MCDOWELL

BLACKWATER · III

La casa

Traducción de Carles Andreu

Índice

Portada
Blackwater 3. La casa
Créditos
Resumen
Tercera parte. La casa
1. Miriam y Frances
2. Las monedas del bolsillo de Queenie
3. Danjo
4. Desplazamientos
5. Cerrada o abierta
6. El saco de arpillera
7. La conciencia de los Caskey
8. La prueba
9. El nacimiento del río
10. El piso de arriba
11. Néctar
12. La puerta del armario se abre
13. La corona
14. La heredera de MaryLove
15. El corredor de la ropa de cama

Michael McDowell (1950-1999) fue un auténtico monstruo de la literatura. Dotado de una creatividad sin límites, escribió miles de páginas, con una capacidad al nivel de Balzac o Dumas. Como ellos, McDowell optó por contar historias que llegaran a todo el mundo. Como ellos, eligió el medio de difusión más popular: el folletín, o novela por entregas, en el caso de los maestros del XIX; el *paperback*, o libro de bolsillo, en el caso de McDowell.

Además de ejercer como novelista, Michael McDowell fue guionista. Fruto de su colaboración con Tim Burton fueron *Beetlejuice* y *Pesadilla antes de Navidad*, además de un episodio para la serie *Alfred Hitchcock presenta*. Considerado por Stephen King como el mejor escritor de literatura popular, y pese a su temprana muerte por VIH, escribió decenas de novelas: históricas, policíacas, de terror gótico, muchas de ellas con pseudónimo. En 1983 publicó la que es sin duda su obra maestra, la saga *Blackwater*, y exigió que se publicara en 6 entregas, a razón de una por mes. El éxito fue arrollador. Ahora, tras el enorme éxito de venta y público en Francia e Italia (con más de 2 millones de ejemplares vendidos), llega a nuestro país.

Título original: *Blackwater. Part III: The House*

© del texto: Michael McDowell, 1983. Edición original publicada por Avon Books en 1983. Publicado también por Valancourt Books en 2017
© de la traducción: Carles Andreu, 2023
© diseño de cubierta: Pedro Oyarbide & Monsieur Toussaint Louverture © de la edición: Blackie Books S.L.U.
Calle Església, 4-10
08024 Barcelona
www.blackiebooks.org
info@blackiebooks.org

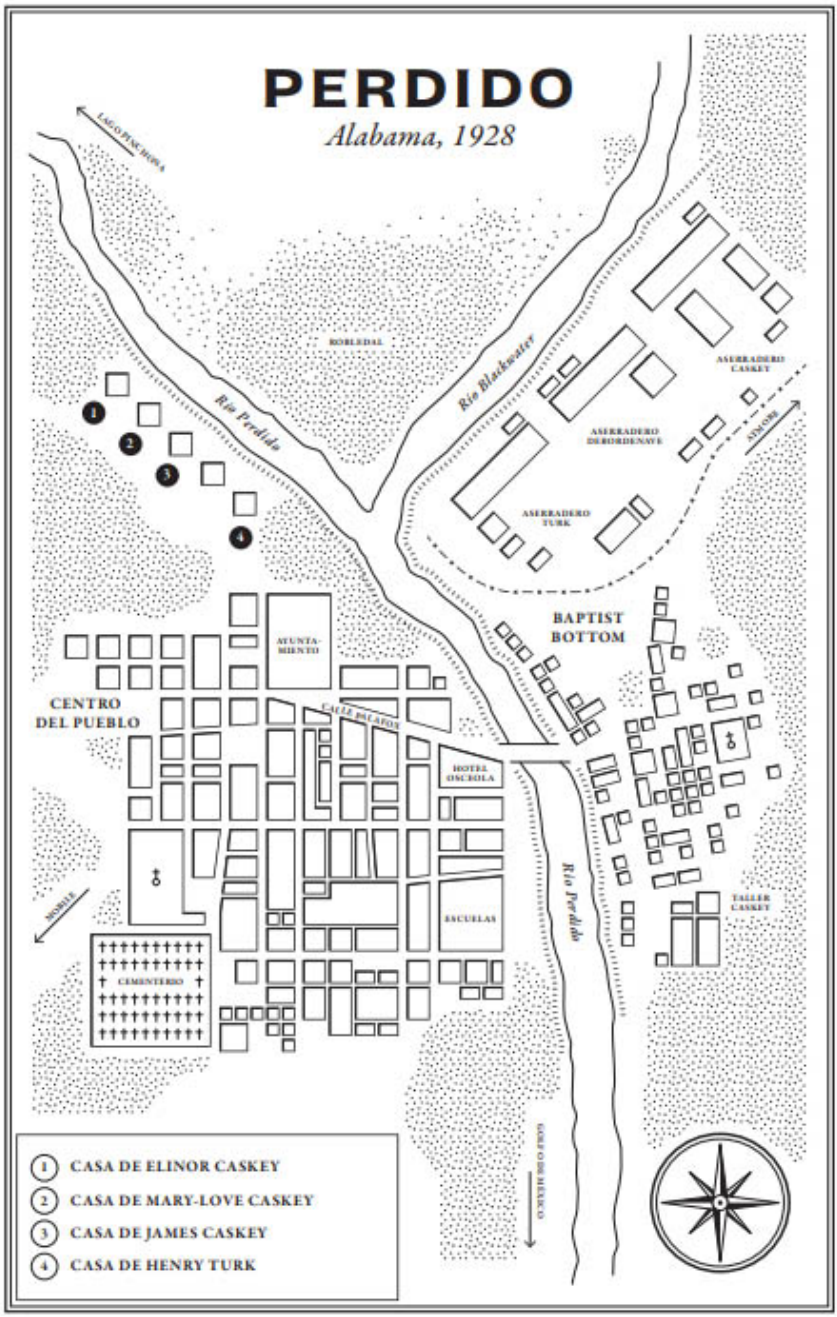
Maquetación: Acatia

Primera edición digital: marzo de 2024
ISBN: : 978-84-10025-51-6

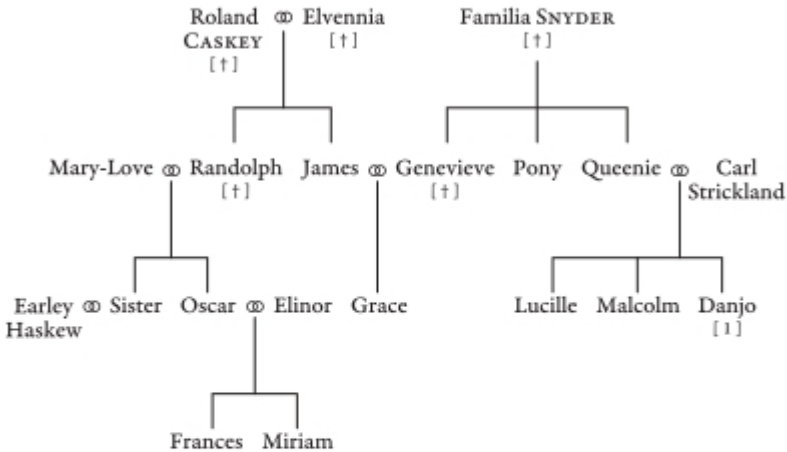
Todos los derechos están reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso de los titulares del copyright.

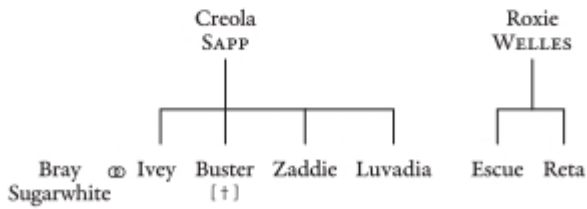
Resumen

Tras abandonar a su hija Miriam a cargo de MaryLove, Elinor y Oscar se mudan a su nueva casa, lo que levanta un muro de hostilidad entre MaryLove y Elinor. Esta vuelve a quedarse embarazada de otra niña a la que llama Frances. Pronto llegan nuevos vecinos a Perdido: Early Haskew, el arquitecto encargado de la construcción de un dique, que corteja a Sister y se casa con ella; y Queenie Strickland, la cuñada de James, que a pesar de sus intentos por huir de su marido, es asaltada y violada por él en su propia casa. Mientras tanto, una serie de problemas en las obras del dique llevan a Elinor a sacrificar a John Robert, hijo de los DeBordenave, para ofrecer su sangre al río Perdido. Tras su desaparición, Tom DeBordenave decide marcharse y venderle sus terrenos a Oscar Caskey. Finalmente el dique es inaugurado, prometiendo una nueva era de prosperidad para el pueblo.


PERDIDO
Alabama, 1928
LAGO PENCHONA
ROBLEDAL
Río Perdido
Río Blackwater
ASERRADERO CASKEY
ASERRADERO DEBORDENAVE
ASERRADERO TURK
AIMORE
BAPTIST BOTTOM
CENTRO DEL PUEBLO
AYUNTA-MIENTO
CALLE MCAFOX
HOTEL OSCEOLA
ESCUELAS
CEMENTERIO
MOBILE
Río Perdido
TALLER CASKEY
GOLFO DE MEXICO
1 CASA DE ELINOR CASKEY
2 CASA DE MARY-LOVE CASKEY
3 CASA DE JAMES CASKEY
4 CASA DE HENRY TURK

Genealogía
Caskey, Sapp, Snyder y Welles — 1928





[1] Daniel Joseph

Tercera parte

La casa

I

Miriam y Frances

Frances y Miriam Caskey eran hermanas y habían nacido con apenas un año de diferencia. Vivían una al lado de la otra, en casas que no distaban más que unas decenas de metros entre sí. Sin embargo, entre ambos hogares había tan poca relación que, cuando las hermanas coincidían —en las raras ocasiones en las que los Caskey se reunían—, se mostraban tímidas y desconfiadas.

Aunque Miriam era mayor por apenas unos doce meses, parecía llevarle años de ventaja a su hermana en cuanto a madurez. Criada en la casa de su abuela MaryLove Caskey y de su tía, Sister Haskew —hasta que Sister y su marido se mudaron—, a Miriam la habían mimado y consentido a lo largo de todos sus siete años. Esa indulgencia se acentuó aún más a partir de 1926, cuando Sister, asqueada finalmente por las impertinencias y los entrometimientos de su madre, convenció a su marido para marcharse a vivir a Mississippi. Solas en la casa, MaryLove y Miriam se hacían compañía y se consolaban mutuamente. La gente de Perdido solía decir que Miriam era igual que MaryLove y no se parecía en nada a su madre, que vivía justo al lado y veía a Miriam con menos frecuencia que a la peluquera.

Como todos los Caskey, Miriam era una niña alta y esbelta, y MaryLove se encargaba de que fuera siempre vestida con las mejores modas infantiles. Miriam era una niña pulcra y meticulosa; no paraba de hablar, pero nunca levantaba la voz. Su conversación solía girar en torno a las cosas que otros tenían, las que ella había comprado recientemente y las que aún codiciaba. Tenía su propia habitación, con muebles comprados especialmente para ella. Había elegido un escritorio infantil con persiana en la sala de exposiciones de una tienda de muebles de Mobile. Lo que más le había gustado era que tenía un montón de cajoncitos, que ahora estaban llenos de cosas: botones, piezas de encaje, quincallas, lápices, perritos de porcelana, lentejuelas, cintas, trozos de papel de colores y otros bellos detritos que suelen acumularse en los hogares ricos en posesiones mundanas. Miriam podía pasarse horas y horas examinando aquellos objetos, reorganizándolos, apilándolos, contándolos, registrándolos en un prolijo libro de contabilidad y maquinando para conseguir más.

Sin embargo, las posesiones que mayor placer le producían a Miriam Caskey eran justamente las que no le dejaban tener en su

habitación: los diamantes, las esmeraldas y las perlas que su abuela le regalaba por Navidad, por su cumpleaños y a veces incluso en días normales y corrientes, y que luego guardaba a buen recaudo en una caja de seguridad de Mobile. «Aún eres demasiado joven para guardarlas tú —le decía MaryLove a su querida nieta—, pero recuerda siempre que son tuyas.» Miriam tenía una idea confusa de la edad adulta y no sabía si alguna vez iba a alcanzar ese excelso estado. Pero, aunque no podía estar segura de que alguna vez fuera a poder tomar posesión de todas esas joyas, no le importaba lo más mínimo. Cada noche, justo antes de dormirse, pensaba en ellas, dentro de aquella lejana caja de seguridad de Mobile, cerrada y silenciosa. Aquellos pensamientos casi parecían compensar la nana que su verdadera madre no le cantaría nunca.

Frances Caskey era muy distinta. Así como Miriam era una niña enérgica y robusta, poseída por una tensión nerviosa permanente, Frances parecía tener un control mucho más limitado sobre su cuerpo y su salud. Cogía resfriados y fiebres con una facilidad desalentadora; le daban alergias y breves enfermedades no diagnosticadas con la misma frecuencia con la que otros niños se raspan las rodillas. Era apocada en general y se habría creído con el mismo derecho a tener celos de su hermana o de sus posesiones que a declararse reina de todas las Américas.

Frances pasaba todos los días con Zaddie Sapp, trasteando tímidamente en la cocina, o persiguiéndola por la casa, o sentada en un rincón con los pies levantados, mientras Zaddie barría, limpiaba el polvo y abrillantaba el suelo. Frances se portaba bien, nunca estaba de mal humor, era paciente en la enfermedad y estaba siempre a punto (e incluso ansiosa) para hacer cualquier tarea o cometido que le asignaran. Su modestia era tal, que su abuela (en las raras ocasiones en que la veía) la sacudía por los hombros y le gritaba: «¡Un poco de garbo, niña! ¿Dónde te has dejado el coraje? Con esa cara parece que estuvieras esperando a que alguien apareciera de detrás de la puerta para secuestrarte».

Todas las mañanas entre semana, Frances subía discretamente al porche del primer piso de la casa y observaba a escondidas a su hermana mientras esta se marchaba a la escuela. Miriam, ataviada siempre con un vestido recién almidonado y zapatitos relucientes, salía con sus libros y se sentaba delicadamente en la parte trasera del Packard. Entonces la señora MaryLove se asomaba al porche y gritaba: «¡Bray, lleva a Miriam al colegio!». Bray abandonaba las tareas de jardinería, se sacudía las manos y se marchaba con Miriam, que se sentaba siempre tan quieta, compuesta y majestuosa como si fuera a

una recepción con la reina de Inglaterra. Por la tarde, en cuanto veía a Bray marcharse de nuevo en el Packard, dejaba lo que estuviera haciendo para poder presenciar el regreso de su hermana, tan almidonada, refinada e imperturbable como cuando había partido por la mañana.

Frances no estaba celosa de su hermana, sino que la admiraba y atesoraba los recuerdos de las pocas ocasiones en que Miriam le había dirigido una palabra amable. Frances llevaba alrededor del cuello la cadenita de oro y el medallón que Miriam le había regalado la Navidad anterior. No importaba en absoluto que después Miriam le hubiera susurrado: «Lo eligió la abuela. Y Ivey encontró una caja. Lleva mi nombre, pero no lo había visto nunca. Nunca me habría gastado tanto dinero en ti».

En el otoño de 1928, Frances estaba ansiosa por empezar el primer curso y no podía parar de pensar si la dejarían ir con Miriam y Bray a la escuela todas las mañanas, aunque no se atrevía a plantear la pregunta directamente a sus padres por miedo a que la respuesta fuera negativa. Frances se estremecía de expectación ante la perspectiva de poder sentarse junto a Miriam en el asiento trasero del Packard y soñaba despierta con compartir algún tipo de intimidad con su hermana.

Cuando por fin llegó el primer día de clase, Zaddie le puso a Frances su mejor vestido. Oscar le dio un beso a su hija y Elinor le dijo que se portara muy bien y aprendiera mucho. Con gran impaciencia, Frances salió sola por la puerta principal —se sentía como si fuera la primera vez en toda su vida—, pero justo entonces vio que el Packard de su abuela se alejaba por la calle con Bray al volante. Miriam, pulcra y almidonada, iba sentada sola en la parte trasera.

Frances se dejó caer en los escalones y rompió a llorar.

Oscar fue a casa de su madre, entró sin llamar a la puerta y, muy enfadado, le dijo a MaryLove:

—Mamá, ¿cómo demonios has podido dejar que Bray se fuera en coche mientras la pobrecita Frances esperaba en los escalones de la entrada?

—¡Oh! —dijo MaryLove, fingiendo sorpresa—. ¿Frances quería ir con Miriam?

—Sabes perfectamente que sí, mamá. Es su primer día en la escuela. Miriam podría haberle enseñado adónde tenía que ir.

—No, imposible —se apresuró a responder MaryLove—. ¿Y si hubiera llegado tarde? No puedo permitir que Miriam llegue tarde el primer día de clase.

Oscar suspiró.

—Miriam no habría llegado tarde, mamá. La pobre Frances está sentada en los escalones, llorando a mares.

—Qué se le va a hacer —respondió MaryLove, imperturbable.

—Bueno, dime, mamá —siguió Oscar—, ¿vas a permitir que mi hija vaya con Bray y Miriam a partir de ahora?

MaryLove lo pensó un momento y al final, de mala gana, respondió:

—Si insistes, Oscar... Pero solo si está esperando en el coche cuando Miriam salga de la casa. No voy a permitir que a Miriam le pongan puntos negativos porque Frances no sea capaz de vestirse a tiempo.

—Mamá —dijo Oscar—, ¿se te olvida que la mitad del sueldo de Bray lo pago yo?

—¿Y a ti se te olvida que van en mi coche?

Oscar estaba furioso. El primer día de la carrera académica de Frances la llevó él mismo a la escuela, la acompañó hasta su aula y le presentó a la maestra. A la hora de la cena, le contó a su mujer lo que había dicho MaryLove.

—Oscar —dijo Elinor—, tu madre trata a Frances como si fuera el polvo que pisa. No quiero ni pensar cuántos diamantes le ha comprado a Miriam. No quiero ni pensar lo que vale esa niña solo en rubíes y perlas. En cambio, el relicario que nos enviaron por Navidad no costaría más de setenta y cinco centavos. No voy a permitir que la señora MaryLove nos haga ningún favor. No vamos a dejar que Frances vaya en ese coche, ni una sola vez. ¡Que todo el pueblo vea cómo trata a su propia nieta!

Frances, que tantas esperanzas se había hecho de poder compartir momentos de intimidad con su hermana, se quedó con las ganas.Todas las mañanas, Zaddie tomaba a Frances de la mano y la llevaba a la escuela; de hecho, la llevaba hasta la puerta del aula y la dejaba allí. A veces Bray y Miriam pasaban junto a ellas, pero Miriam nunca saludaba a Frances ni siquiera con un gesto de cabeza. En el patio de recreo, Miriam se negaba a participar en ningún juego con su hermana. «Estoy en segundo —le dijo Miriam en una rara ocasión en la que se dignó hablarle—, ¡y sé todo esto más que tú!» Miriam abrió los brazos y a Frances la destrozó tomar conciencia de su propia inferioridad.

La indiferencia de MaryLove hacia su segunda nieta no pasó desapercibida para Miriam, que despreciaba intensamente a su hermana. Sentía vergüenza ante la timidez de Frances, la pobreza de su vestuario, su dependencia de Zaddie Sapp como fuente de

compañía y afecto, y su falta de conocimientos sobre joyas auténticas, genuino cristal y vajillas de calidad.

Y los sentimientos de Miriam hacia Frances todavía se intensificaron más al inicio de diciembre, cuando el primer y el segundo curso de la escuela primaria de Perdido comenzaron sus campañas de venta de sellos navideños. Miriam consideraba que ir puerta a puerta como un vulgar vendedor de aspiradoras era una actividad indigna de ella, de modo que decidió hacer como el año anterior y colocarles unos pocos sellos a MaryLove y a Queenie para no tener un cero junto a su nombre en las pizarras instaladas en el pasillo de la escuela.

Frances, en cambio, se tomó aquella actividad muy en serio —a su limitada manera— y se propuso vender tantos sellos como pudiera; al fin y al cabo, su maestra le había contado que era para una causa digna. Con el permiso de Oscar, Frances hizo una visita al aserradero y recorrió las oficinas, donde abordó a todos los trabajadores. Era una niña tan tímida, menuda y —a su manera, también— encantadora que todos le compraron una cantidad exagerada de sellos. Y, acto seguido, su tío abuelo James Caskey y su tía Grace le compraron más sellos que todos los trabajadores del aserradero juntos. Antes de darse cuenta, Frances había vendido más sellos que nadie en el tablero del primer curso.

Miriam se sintió asombrada y humillada por el éxito de Frances. De repente nada le parecía más importante en el mundo que derrotar a su hermana en la venta de sellos de Navidad. MaryLove, sin comprender la importancia que aquel asunto tenía para su nieta, se resistió a comprarle más de los que iba a necesitar. Así pues, Miriam acudió a James y a Grace, quienes le aseguraron que les habría encantado complacerla, pero que ya habían comprado todos los sellos que podían. Entonces, y bajo la tutela de James, Miriam fue al aserradero, pero todos habían abierto ya su cartera para Frances. Miriam incluso se tragó el orgullo y llamó a las puertas de unas cuantas casas, pero ya estaban al final de la campaña y todos aquellos a quienes podría haber persuadido para que compraran algún sello ya lo habían hecho.

Desesperada, acudió a su abuela y le planteó su dilema. Contrariamente a lo que Miriam esperaba, MaryLove no se enfadó en absoluto con ella.

—¿Me estás diciendo, querida Miriam, que esa niña de la casa de al lado te va a ganar, y que tú vas a segundo y ella va a primero?

—James y Grace le compraron muchos, abuela. ¡Y a mí no quisieron comprarme ni uno!

—¡No me digas! ¿Y a Frances sí se los compraron?

Miriam asintió, cabizbaja.

—¡Odio a Frances! —dijo.

—No voy a permitir que la hija de Elinor Caskey te gane. ¿Cuánto ha vendido hasta ahora? ¿Lo sabes?

—Treinta y cinco dólares y treinta y cinco centavos.

—¿Y cuántos has vendido tú?

—Tres dólares y diez centavos.

—¿Cuándo termina la competición?

—Pasado mañana.

—Muy bien —dijo MaryLove, bajando la voz—. Te diré lo que vamos a hacer, Miriam. Mañana, después de la escuela, averiguas si Frances ha vendido algo más. Y luego me traes su total, ¿entendido?

El último día de la venta de sellos de Navidad, Miriam Caskey llevó cuarenta y dos dólares a la escuela, una suma asombrosa considerando que todo el mundo en Perdido tenía ya los cajones llenos, y que hasta ese momento Miriam no había conseguido más que tres dólares. Cuando su maestra le preguntó quién le había comprado tantos, Miriam respondió:

—Llamé a todas las puertas del pueblo. ¡Casi me quedo sin piernas!

Las hermanas Caskey quedaron en primer y segundo lugar en el concurso, pero Miriam derrotó a su hermana por casi siete dólares. Miriam se llevó una Biblia con seis ilustraciones en color y todas las palabras de Jesús impresas en rojo. A Frances, por su parte, le correspondió una caja de caramelos Whitman.

Tras la entrega de los premios, Frances abrió la caja de caramelos y le dijo a su hermana que cogiera todos los que quisiera. Miriam mordió el trozo más grande que encontró, pero la cereza líquida que había dentro salió y le manchó el pecho del vestido almidonado.

—¡Argh! —gritó—. ¡Esto ha sido culpa tuya, Frances! ¡Mira cómo me he puesto!

Entonces, con un gesto brusco, hizo caer la caja de las manos de Frances y todos los caramelos quedaron esparcidos por el suelo del patio de la escuela.

La rivalidad que parecía existir entre las dos hermanas era un reflejo de la rivalidad aún mayor entre Elinor Caskey y su suegra, MaryLove. La relación entre las dos niñas reproducía, de forma distorsionada y en miniatura, la intensidad que caracterizaba el enfrentamiento entre su madre y su abuela. MaryLove era la cabeza indiscutible de la familia Caskey, posición a la que había accedido tras la muerte de su marido,

muchos años atrás. Nadie había desafiado su autoridad hasta la llegada a Perdido de Elinor Dammert. Pero con una energía tenaz equiparable a las mejores armas de MaryLove, Elinor había conseguido que el único hijo de esta, Oscar, la cortejara y se casara con ella.

Las dos mujeres tenían estilos muy diferentes. Elinor no actuaba con la fanfarronería de MaryLove; sus maneras eran más insidiosas. Elinor esperaba su momento; sus golpes eran rápidos, certeros y siempre inesperados. MaryLove lo sabía y en los últimos años se había mostrado cada vez más inquieta, como si estuviera esperando el golpe fatídico. La antipatía de MaryLove hacia su nuera se había vuelto estridente e indigna. Todo Perdido hablaba de ello, y aquellas conversaciones siempre se volvían en contra de MaryLove. Una cosa era no aprobar a la esposa de un hijo, y otra muy distinta era evidenciar esa aversión de forma tan clara. Con el tiempo, MaryLove se dio cuenta de que no podía plantar cara frontalmente a Elinor. Esta sabía mantener la calma y parecía estar siempre pensando en la siguiente escaramuza antes de que MaryLove hubiera superado la anterior. Elinor cedía de forma estratégica y descargaba la espada justo en el momento en que MaryLove levantaba el brazo para cantar victoria. MaryLove decidió retirarse del campo de batalla como un general con parálisis, pero no abandonó la guerra.

MaryLove tenía en su nieta Miriam una soldadita ansiosa, sedienta de sangre y sin escrúpulos. Por su parte, Frances (la emisaria de Elinor) era una enemiga enfermiza, tímida y desvalida. Cualquier escaramuza entre las hermanas se habría saldado con una victoria incontestable para el bando de MaryLove. Un día tras otro, MaryLove vestía a su nieta con sus mejores galas y sus zapatitos más brillantes, la besaba en la mejilla y le susurraba:

—No des tregua...

Pero a Miriam y a su abuela aquellas victorias fáciles no les reportaban satisfacción alguna, porque Frances ni siquiera presentaba batalla. La niña miraba a su alrededor con perplejidad, ajena al hecho de que acababa de meterse en un campo de batalla. De haberlo considerado oportuno, Elinor podría haber instruido a su hija en cuestiones de combate y estrategia, pero no lo había hecho. Perdido hablaba de las dos niñas como años atrás había hablado de Elinor y MaryLove. Y la conclusión de Perdido era que Miriam era desagradable y engreída, mientras que Frances era un sol. Y que eso revelaba muchas cosas acerca de los hogares donde se criaban las niñas.

Y así, al enviar a su desarmada emisaria sin preparación alguna, y

sin conciencia siquiera de que se hubiera declarado la guerra, Elinor había ganado el combate. ¿Cuánto tiempo pasaría, se preguntaba una preocupada MaryLove, antes de que Elinor asaltara la ciudadela y reclamara la supremacía sobre el clan Caskey? ¿Por qué razón no lo había hecho ya? Y si esperaba una señal o un presagio, ¿cuál era? ¿Cómo podía MaryLove prepararse para cuando llegara ese funesto día? Y cuando las dos mujeres se batieran finalmente en duelo, ¿qué bajas no quedarían, maltrechas y ensangrentadas, sobre el campo de batalla?

Las monedas del bolsillo de Queenie

Tras su turbulenta llegada a Perdido seis años antes, Queenie Strickland estaba ya establecida en el pueblo. Ella y sus hijos habían adquirido una identidad que iba ya más allá de la de vástagos de los Caskey sin blanca. Era de dominio público en Perdido que el tercer hijo de Queenie, Daniel Joseph (a quienes todos llamaron Danjo desde que nació), era fruto de una violación que Queenie había sufrido a manos de su marido, de quien estaba separada. También se sabía que el padre de Danjo era un indeseable, que Queenie no quería reconciliarse con él y que lo mejor que podía pasarle a Danjo era crecer sin haber visto siquiera una fotografía de aquel hombre.

En Perdido, Queenie se había ganado la reputación de gorrona. Aquella consideración, aunque justa, la repugnaba. Poco después del nacimiento de su tercer hijo, le anunció a James su intención de buscarse un empleo. Este, que no quería que nadie más en el pueblo tuviera que asumir una carga que consideraba exclusivamente suya, la contrató como su secretaria personal. Su sentido de la responsabilidad hacia su desafortunada e indigente cuñada pudo más que sus dudas acerca del alcance de sus habilidades administrativas y sus recelos sobre cómo sería tener que convivir con ella a diario en la oficina del aserradero.

En el verano de 1925 James la había enviado a Pensacola para que tomara un curso de mecanografía en el instituto de mecánica de la ciudad, con lo que Queenie había gozado de un merecidísimo descanso de las exigencias de sus hijos, Malcolm, Lucille y el pequeño Danjo. Y como James no quería meter a esos niños revoltosos en su propia casa, que estaba llena de objetos frágiles y valiosos, había enviado a Grace a casa de Queenie para cuidarlos.

Queenie regresó convertida en una diestra mecanógrafa y pronto se hizo indispensable para su cuñado, a quien proporcionaba lápices, consejos y cafés, además de escuchar comprensivamente sus tribulaciones y liberarlo de las llamadas molestas.Tanto en su faceta oficial como en la más privada, Queenie demostró una valía muy superior a lo que James Caskey habría podido imaginar, y pronto supo todo lo que había que saber sobre el funcionamiento del aserradero de los Caskey. Y como seguía siendo próxima a Elinor, esta a su vez se

enteró de las pocas cosas que su marido no le había contado. Elinor la había entrenado hacía ya tiempo para que fuera su espía, un cargo que seguía ocupando.

Su proximidad respecto a James Caskey y Elinor le brindó seguridad, y poco a poco se fue calmando. Durante su primer año en Perdido no había dudado en recurrir a una efusiva hipocresía para lograr lo que quería: había elogiado las piezas de cristal de James, se había hecho eco de las críticas de Elinor hacia la construcción del dique y había asentido vigorosamente ante la lista de agravios de los que Mary-Love creía haber sido objeto. Pero pronto se dio cuenta de que los Caskey la habían calado, de modo que ahora consideraba atentamente sus propios sentimientos sobre cualquier asunto y los expresaba siempre con gran cautela. En su caso, la honestidad resultó ser, con mucho, su mejor aliada, aunque Queenie empleaba ahora la veracidad tal como en su momento se había servido de la hipocresía: como un medio para alcanzar un fin, y no como un fin en sí misma.

Pero aunque en apariencia había logrado vencer su principal batalla (afortunadamente Carl Strickland seguía ausente de su vida), a Queenie no le faltaban problemas. Solían tener que ver con sus hijos y orbitaban en torno a Malcolm, el mayor. Ya tenía diez años, cursaba cuarto y era dado a todo tipo de travesuras: rompía ventanas de casas abandonadas, se embolsaba pequeños objetos en Ben Franklin e iba a nadar a la parte alta del Perdido, donde corría cierto riesgo de verse arrastrado hasta la confluencia y ahogarse.Tiraba arena a través de las rejas de la cocina de la señorita Elinor para molestar a Zaddie Sapp. Había derribado las plantas que su profesora tenía en el alféizar de la ventana solo por el placer de oír cómo las macetas estallaban contra la acera. Tiraba patatas a las niñas. Robaba las canicas de sus amigos. Era ruidoso y estridente. Insultaba a todos los niños negros que se cruzaban en su camino y seguía aprovechando cualquier oportunidad para golpear a sus hermanos en el estómago. Cada vez que sonaba el teléfono en el despacho de James, Queenie temía que fuera otra llamada de la escuela para quejarse del comportamiento de Malcolm.

Lucille, de ocho años, no ponía tan de los nervios a su madre, pero aun así también le causaba unos cuantos problemas. Lucille era astuta, aunque Queenie no destacaba nunca esta faceta de su hija, ni siquiera ante Elinor. Lucille mentía cuando le convenía. Su madre no podía arroparla en la cama sin que esta le susurrara al oído algún agravio que su hermano había cometido contra ella. Si decidía que necesitaba unos zapatos nuevos, no dudaba en subir al dique —desoyendo las órdenes de su madre— y arrojar deliberadamente uno de sus mejores pares de charol al agua fangosa del Perdido, validando

así su deseo.

Por último, el tercer hijo, Danjo, de cuatro años, era el depositario de las mayores esperanzas de Queenie. Era un niño notablemente distinto a sus hermanos. De hecho, era todo lo que estos no habían sido nunca: tranquilo, silencioso, sincero, agradable y educado. Era como si un conocimiento intuitivo de las infelices circunstancias de su concepción hubiera templado todo su ser. Era el único de los hijos de Queenie al que James permitía entrar en su casa, el único que Mary-Love se agachaba para besar y el único al que Elinor invitaba a sentarse junto a ella en el columpio. Danjo se comportaba como si debiera su existencia a la generosa tolerancia de los demás y como si pensara que, a la primera actitud impropia o palabra fuera de lugar, cien manos lo agarrarían y lo lanzarían al río sin contemplaciones. Por lo general, el hecho de no caerles bien ni a su hermana ni a su hermano se consideraba un punto a favor de Danjo. Durante su baño nocturno, Queenie solía encontrar algún moratón o marca de pellizco nuevos que Malcolm o Lucille le habían dejado disimuladamente. Los profesores de la escuela resoplaban de alivio cada vez que Malcolm pasaba de curso, soportaban con pétrea resignación la presencia de la deshonesta Lucille y suspiraban con el mismo pensamiento: «¡Dios, qué ganas de tener al pequeño Danjo Strickland en mi clase! ¡Qué niño tan encantador! Después de Malcolm y Lucille, ¡me lo he ganado!».

Queenie no sabía absolutamente nada sobre las actividades, el paradero o el estado de su marido. Teniendo en cuenta el tiempo que hacía ya que no aparecía, pensaba que era muy posible que se lo impidieran los barrotes de hierro y los muros de una prisión. En cualquier caso, Queenie sabía que James y Oscar, que ya habían acudido a su auxilio en otras ocasiones, la protegerían de Carl, pero aun así siempre temía que este la asaltara por sorpresa. Por la noche, su casa estaba cerrada a cal y canto y era más inaccesible que cualquier otra de Perdido; de hecho, a esas horas, era más fácil que un intruso entrara en el banco de Perdido que allí. Si Queenie se sentaba en su porche, siempre tenía una vía de escape por si de pronto Carl aparecía por la calle. Cualquier automóvil desconocido que se paraba delante de la casa le generaba inquietud. Temía al cartero porque podía llevarle un mensaje de Carl. Odiaba descolgar el teléfono de casa por miedo a que la voz de Carl la saludara desde el otro lado.

Pero todas sus precauciones fueron inútiles: cuando Carl regresó, Queenie no estaba preparada ni para la hora ni para la forma en que se presentó.

Una tarde, al volver del trabajo, lo encontró tranquilamente sentado en el porche de su casa con el pobre Danjo cautivo sobre su regazo. Lucille y Malcolm estaban a salvo dentro de la casa y le hicieron expresivas señas a través de la puerta mosquitera.

—¡Mamá! —gritó Malcolm con un susurro teatral mientras ella subía los escalones—. Hemos cerrado con llave. No lo hemos dejado entrar.

—Hola, Queenie —saludó Carl en voz baja—, ¿cómo estás?

Llevaba traje y parecía incómodo.

De repente, Queenie sintió todo el peso del mundo sobre sus espaldas. Se dio cuenta de lo feliz que había sido durante los últimos cinco años, de cómo no había tenido ni un momento de verdadera inquietud, de cómo nunca le había faltado dinero, compañía ni (se asombró al reparar por primera vez en ello) respeto. Pero la reaparición de su marido en Perdido hizo que todo eso desapareciera al instante.

—¿Qué haces aquí, Carl?

—He venido a verte, Queenie. ¿De dónde ha salido este chico?

Queenie no respondió.

—¿Te has sentido sola, Queenie? —preguntó Carl con una mirada de soslayo.

—No —respondió ella—. Ni un poquito.

Hizo un gesto a Malcolm y Lucille para que se alejaran de la puerta. Estos se retiraron unos pasos, pero volvieron casi de inmediato en cuanto su madre les dio la espalda. Queenie se sentó en la mecedora, frente a Carl.

—Devuélveme a mi niño —dijo.

—¿De quién es? —preguntó Carl sin soltar a Danjo.

—Es tuyo.

—¿Estás segura, Queenie? Tal vez cometiste un error...

—No he cometido ningún error. Danjo, ven aquí.

—Dale un beso a tu papá —dijo Carl.

Danjo se zafó de Carl y corrió a refugiarse en el regazo de su madre.

—¿Dónde has estado? —preguntó Queenie, que no miraba a su marido, sino al otro lado de la calle.

—Aquí y allá.

—¿Dónde te han encerrado esta vez?

—En Tallahassee —dijo él, y esbozó una sonrisa.

—¿Por qué fue ahora?

—Da igual.

Queenie se quedó un momento en silencio y finalmente dijo:

—Carl, quiero que te vayas. Malcolm, Lucille, Danjo y yo no te necesitamos. No te queremos.

—No puedo abandonar a mi familia, Queenie. ¿Por qué clase de hombre me tomas?

—No tengo ninguna intención de discutir —dijo Queenie con la voz impregnada por el cansancio y la desesperación—. Solo quiero que te vayas de este pueblo y que no vuelvas nunca más.

—Oh, Queenie, no puedes deshacerte de mí. Soy tu marido. Tengo derechos legales. Y mis hijos están aquí y me necesitan. Malcolm es uno de los buenos, créeme. Y Lucille es una muñequita. Y este niño, Danjo, voy a ayudarte a criarlo como es debido.

Queenie se levantó y se dirigió hacia la puerta. Carl se levantó de inmediato y la siguió.

—Abre la mampara —le dijo Queenie a Malcolm, cambiándose a Danjo de brazo.

—¡Quiero que se vaya! —exclamó Lucille.

—¡Ay, niña! —protestó Carl.

—Abre la mampara —repitió Queenie.

Malcolm lo hizo de malos modos. Queenie se deslizó dentro; Carl la siguió.

—¿Traes una bolsa? —preguntó Queenie.

—En el porche, Queenie. ¿No la has visto?

—Sí, la he visto. —Rebuscó en su bolso y sacó cinco dólares—. Ve y llévala al Osceola.

Carl le arrebató los cinco dólares.

—Voy a sacarle partido a esto, pero ya te digo que no lo voy a desperdiciar en un hotel. Me quedaré aquí.

—No —dijo Queenie.

—Sí —insistió él, que la cogió del brazo y se lo apretó con fuerza. Queenie estiró el cuello de dolor, pero no dijo nada.

Carl se guardó los cinco dólares en el bolsillo y soltó el brazo de su mujer.

—Queenie, me muero de sed —dejó caer con voz ligera y locuaz —. ¿Crees que podrías prepararme un té helado?

Carl se sentó en el sofá y les hizo un gesto a sus hijos para que se acercaran. Queenie miró a su marido, pero no había ningún mensaje inteligible en su mirada. Entonces se metió en la cocina y llamó a su hija:

—Lucille, ven a echarme una mano.

Mientras Malcolm y Danjo se sentaban incómodos a ambos lados de su padre y respondían a sus preguntas, Queenie, en la cocina, le susurró a su hija:

—Sal por la parte de atrás, ve corriendo a casa de Elinor y dile que tu padre ha vuelto. Ella sabrá qué hacer.

Lucille se marchó enseguida y dejó que la puerta trasera se cerrara de golpe tras ella. Un momento después, Carl abrió la puerta de la cocina de un empujón.

—¿Mi niña va a alguna parte?

—La he enviado a decirles a los Caskey que has vuelto.

—Para que vengan a saludarme y a decirme lo contentos que están de verme otra vez en Perdido.

—No —dijo Queenie—. Para que te saquen del pueblo. Sujeto a una viga. Atado a lomos de una mula. Flotando río abajo sobre un tronco.

—Me sacaron una vez, cariño, pero porque no fui inteligente. En la cárcel de Tallahassee aprendí algunas cosas y ahora soy más listo. Soy tu legítimo esposo, Queenie, y voy a quedarme y a ayudarte a criar a mis preciosos hijos. He enviado a Malcolm al porche y va a traer mi bolsa. Los Caskey no van a poder hacer nada. He venido para quedarme, Queenie. Miro alrededor, ¿y qué veo? Veo una bonita casa. Veo a mis hijos y a mi esposa. Veo comida de sobra. ¿Hay alguna razón por la que deba irme?

Queenie no respondió. Le dio un vaso de té helado, salió de la cocina y volvió al salón. Danjo estaba sentado en el sofá, llorando en voz baja.

Pero deshacerse del marido de Queenie no iba a ser tan fácil. Oscar fue a hablar con Carl, y este le dijo:

—¿Quién va a echarme del pueblo? ¿Dónde está su pistola? ¿Me va a disparar? ¿Dónde está su agente de la ley? ¿Me va a arrestar por visitar a mi mujer? ¿Me va a meter en la cárcel por hacer botar a mi hijo sobre las rodillas?

La primera vez que Carl Strickland se había presentado en Perdido, el sheriffera Aubrey Wiggins, y este había ayudado a Oscar a echarlo del pueblo. Pero Aubrey ya había muerto y su lugar lo ocupaba Charley Key. Charley, el sheriffmás joven de Perdido, era un hombre impulsivo y susceptible, especialmente reacio a hacer favores o a que se los hicieran a él. En general, la gente del pueblo pensaba que tarde o temprano vería la luz y entonces sería posible volver a hacer las cosas con la facilidad y la agilidad que habían caracterizado la administración de su predecesor. Pero en esta ocasión, cuando Oscar fue a verlo, el sheriffKey no le hizo caso.

—Señor Key —dijo Oscar—, necesito que me ayude con el marido de Queenie Strickland. No es trigo limpio y hay que echarlo del

pueblo.

—¿Qué ha hecho?

—La está molestando.

—¿Cómo la está molestando, señor Caskey?

—Quiere mudarse a vivir con ella.

—¿No están casados?

—Sí, lo están.

—Entonces, ¿dónde está el problema? Un marido y una mujer deben estar juntos; es lo que siempre he oído.

—James y yo queremos que se vaya. Hace infeliz a Queenie, y esta nos importa mucho, señor Key.

—Conozco a Queenie Strickland —respondió el sheriff—. Y lo que sé de ella me gusta. No he conocido a su marido. ¿Dónde ha estado?

—En la cárcel de Florida —susurró Oscar. No se trataba de un hecho de dominio público en Perdido, y el secretismo de Oscar era una súplica para que el sheriffno divulgara aquella información.

—¿Por qué?

—No lo sé. Seguramente por cualquier cosa que pueda imaginarse.

—¿Está libre y limpio?

—Eso dice.

—Entonces no puedo hacer nada.

—Está haciendo muy infeliz a Queenie, señor Key.

—Hay muchos matrimonios infelices. No puedo andar interponiéndome entre un marido y su mujer. Pero le diré lo que voy a hacer: llamaré a Tallahassee y me aseguraré de que no se haya escapado. Si se ha escapado de la cárcel, entonces iré tras él. Pero en caso contrario no hay nada que pueda hacer, señor Caskey.

El sheriffKey quería demostrar a Oscar y a los demás Caskey que, por muy importantes que fueran en Perdido, no iban a recibir ningún trato especial por parte de las fuerzas del orden y la justicia. Oscar lo entendía, pero sabía que quien iba a sufrir las consecuencias de los escrúpulos del sheriffera Queenie. Decidió no discutir más con él y, de vuelta a casa, comunicó la decepcionante noticia a su mujer y a Queenie, que lo esperaban en el porche.

Elinor estaba indignada, pero su ira no iba a persuadir al señor Key, y sin este no había nada que hacer.

—Ese hombre me hizo la vida imposible en Nashville y ahora me va a arruinar la vida también aquí —dijo Queenie a Oscar y a Elinor —. ¿Vosotros sabéis lo que es llegar a casa del trabajo todos los días sabiendo que va a estar ahí, sentado en el porche, preguntando qué le voy a preparar para cenar?

—Oscar —dijo Elinor—, ¿por qué no vas allí con tu pistola y le pegas un tiro? Queenie y yo te esperaremos aquí hasta que vuelvas.

—No voy a dispararle a Carl Strickland, Elinor. Queenie, ¿crees que si le ofreciera dinero se iría? Debe de haber venido por eso, ¿no? Porque tú tienes trabajo y una casa y todo eso...

—No servirá de nada —suspiró Queenie—. James le ofreció doscientos dólares al mes si se iba a vivir a dos estados de distancia, pero Carl no los aceptó. Dijo que quería estar cerca de sus «queridos hijitos». Temo por esos niños, la verdad. No ha sido nada fácil criarlos sola. El pobre Malcolm no ha salido como yo habría querido y ya se ha metido en un montón de problemas, pero no quiero ni pensar lo que les va a hacer Carl.

—¡Oscar, de verdad que creo que deberías ir y pegarle un tiro a ese hombre!

—¿Quieres que me metan en la cárcel, Elinor? Porque ahí es donde terminaría.Tendrías que venir a visitarme en el penal de Atmore. Pasaría todo el día excavando patatas y tostándome al sol. Eso es lo que hacen los asesinos en Atmore.

No había nada que hacer. Las amenazas de Oscar no tenían ningún efecto sin el respaldo de la autoridad. Carl había cumplido íntegramente su condena tras atracar una farmacia en DeFuniak Springs y golpear al propietario con la pistola, y ahora no se le podía acusar de hacer nada contrario a la ley. No trabajaba. ¿Qué necesidad tenía de trabajar cuando su mujer ya ganaba un buen sueldo, cuando tenía una casa libre de deudas y cuando había comida en la mesa y ropa para sus hijos?

Queenie estaba destrozada. Cada vez que James entraba en su despacho, ella trataba de disimular que había estado llorando. Con palabras afables, James intentaba convencer a su angustiada cuñada de que la presencia de Carl era solo temporal.

—Cuando llegue el momento, subiré mi oferta. Y un día él la aceptará. Ya falta poco, Queenie. Pronto se mudará.

Carl se había adueñado del dormitorio de su mujer. Queenie dormía en el sofá del salón o, a veces, con Lucille.

Nadie sabía con certeza qué hacía Carl durante el día. Después de que James recogiera a Queenie por la mañana, solía coger el coche de su mujer y se iba a alguna parte. Alguien le dijo a Elinor que lo había visto en el hipódromo de Cantonment. Otra persona lo había visto comiendo ostras en un restaurante del muelle de Mobile. Y también en el porche de la casa con la luz roja de Baptist Bottom. Pero cuando Queenie volvía del trabajo, siempre se lo encontraba sentado en el porche delantero.

—Oye, Queenie, ¿qué hay para cenar? —decía entonces—. Me muero de hambre.

Una noche, Queenie llegó a casa y vio que Carl tenía un gran moretón en el ojo izquierdo. No le preguntó qué había pasado, ni le dirigió una sola palabra de compasión, ni le pidió que no se metiera en líos más graves.

—Apuesto a que te encantaría que me hubieran arrancado la cabeza entera, ¿verdad? —dijo Carl con su habitual mirada de soslayo —. Apuesto a que no te importaría mucho quedarte viuda, ¿a que no?

—Creo que podría soportarlo —contestó Queenie sin ninguna emoción.

—¡Apuesto a que incluso has elegido ya mi ataúd!

Queenie se metió la mano en el bolsillo del vestido y sacó dos monedas.

—¿Ves estas monedas de cuarto? —preguntó.

—Sí.

—Son para ti.

—Tráelas para acá, pues.

Carl extendió la mano para cogerlas, pero Queenie las apartó.

—No. Son especiales.

—¿Especiales? ¿Por qué?

—Me las dio Ivey Sapp cuando estuve ayer en casa de Mary-Love.

—¿Esa negra gorda? ¿Qué hace esa dándote dinero?

—Me dijo que las había reservado especialmente para mí —prosiguió Queenie, con una sonrisa muy poco habitual en ella desde que Carl había vuelto al pueblo—. Me dijo que las guardara para el barquero.

—¿Qué barquero?

—Ivey me dijo que las llevara siempre conmigo. Así, cuando estés fiambre, tendré dos monedas de plata para cubrirte los ojos. Y de paso servirán para comprar tu billete al infierno.

A Carl se le borró la sonrisa de un plumazo. Alargó la mano para coger las monedas, pero no fue lo bastante rápido, y Queenie las dejó caer de nuevo, con un tintineo metálico, en el bolsillo.

Danjo

En los ocho años transcurridos desde la muerte de Genevieve Caskey, su viudo, James Caskey, y su hija Grace habían vivido en perpetua armonía en la casa contigua a la de Mary-Love. Todos en Perdido se preguntaban si en alguna parte de la tierra habría un padre y una hija que se llevaran tan bien como James y Grace. James habría hecho lo que fuera con tal de hacer feliz a su pequeña. Por su parte, Grace, que estaba ya en el último curso de la escuela secundaria, había asegurado que nadie, en ninguna circunstancia, iba a convencerla para que abandonara la casa de su padre.

—¡No! —dijo él—. No puedes quedarte aquí conmigo y morirte de asco, cariño. Tienes que ir a la universidad.

—No es verdad —contestó Grace—. Yo ya sé mucho. He sacado la segunda mejor nota de toda mi clase, papá.

—No importa. Tienes que seguir estudiando. Tienes que marcharte de Perdido por un tiempo.

—Pero aquí soy feliz. Soy muy feliz, papá. Y todas mis amigas están aquí. —Grace andaba siempre con un grupo de chicas de su clase y de la clase inferior. Estaban muy unidas y nunca se peleaban por nada—. Además, papá, ¿quién cuidaría de ti?

—Hay unos cincuenta millones de personas que cuidarían de mí. ¿Te has olvidado de Mary-Love? ¿O de Elinor? ¿Y qué me dices de Queenie? ¿Tú crees que Queenie dejaría que me pasara algo?

—Bastante tiene ya Queenie con Carl —señaló Grace—. Y Elinor y la señora Mary-Love están muy ocupadas criando a sus niñas y peleando entre ellas.

—La cuestión —prosiguió su padre—, es que tienes que ir a la universidad. Tienes que ver mundo y conocer al hombre que te hará feliz.

—¡Ese hombre no existe!

—Claro que existe. ¡Un día encontrarás a tu media naranja, cariño! Ahí afuera hay un hombre esperando para darte el matrimonio perfecto.

—No me lo creo. Si miro alrededor, papá, ¿sabes qué veo? Os veo a ti y a la pobre mamá...

—Ahí me equivoqué yo.

—... y veo a Queenie y a Carl. ¿Crees que voy a empezar a buscar un marido debajo de un celemín?

—¿Y qué me dices de Elinor y Oscar? Son felices.

—Son la excepción, papá.

—Tú también podrías ser una excepción, cariño. Estoy seguro de que lo serías. Así que no voy a dejar que te quedes en Perdido pensando que me haces un poco de bien. Cariño, te quiero mucho, pero déjame decirte algo...

—¿Qué?

—¡Ya me has hecho toda la compañía que podía soportar!

Grace se rio con ganas ante la evidente mentira de su padre.

—¡Quiero te me marches de esta casa! —insistió, pero diecisiete años de singular indulgencia socavaban aquel intento de mostrarse severo.

—¿Y si me niego?

—Le diré a Roxie que te eche con la escoba. Y cerraré las mamparas a tus espaldas. Si no te vas a la universidad, Grace, voy a dejar de quererte.

Ambos estaban decididos a hacer sacrificios por el bien y el beneficio del otro. Aunque Grace se moría por ir a la universidad, le dijo a su padre que lo único que quería era quedarse con él en Perdido. Y aunque James sabía que se sentiría desolado sin ella, le dijo que estaba cansado de su compañía y que solo quería que se fuera de una vez a Tennessee. Padre e hija pasaron varias semanas discutiendo hasta que por fin Grace cedió; tras constatar el placer que supondría para su padre que lo abandonara para perseguir su felicidad personal, decidió hacer planes, aunque estuviera convencida de que, sin ella, James se sentiría solo y miserable. En septiembre asistiría a Vanderbilt.

Así, durante los días más calurosos de agosto de 1929, Grace y James cruzaron Alabama hasta Nashville, en Tennessee, donde visitaron el campus, conocieron al rector de la universidad y eligieron la habitación donde viviría Grace. Fueron de tiendas para completar el vestuario de Grace y terminaron con suficiente ropa para vestir a todas las alumnas de primer año. Recorrieron todas las joyerías, tiendas de regalos y de antigüedades, y James se dio el gusto de comprar una serie de artículos frágiles, bonitos y completamente inútiles que guardaría en los armarios ya repletos de su casa.

Durante su última noche juntos, James llevó a su hija al mejor restaurante de Nashville, le entregó un sobre lleno de billetes de cinco dólares y le dijo: —Cariño, si necesitas algo, coge el teléfono y llámame, ¿me oyes? O mándame un telegrama. Sea lo que sea, te lo haré llegar.

—¿Cuándo puedo volver a casa?

—Cuando quieras. Pediré prestado a Bray y te irá a buscar a Atmore. Guarda siempre suficiente dinero para el billete de tren, ¿de acuerdo?

—¡Papá, te voy a echar tanto de menos!

—¿Crees que yo no te voy a echar de menos a ti?

—Dijiste que no lo hacías.

—Estaba mintiendo. No sé qué voy a hacer sin ti. Eres mi niña. Si pudiera, te llevaría de vuelta conmigo, pero eso no nos haría ningún bien a ninguno de los dos. A tu edad, yo vivía con mi madre. Papá ya había muerto y yo no lo echaba de menos en absoluto. Quería mucho a mamá, pero seguramente no debería haberme quedado en casa; debería haberme ido a vivir por mi cuenta. Si me hubiera marchado, habría conocido a alguien agradable y me habría casado. Pero ya ves lo que pasó: me quedé con mi madre, y cuando mamá murió me volví loco y me casé con Genevieve Snyder.

—Papá, si no te hubieras casado con Genevieve yo no estaría aquí sentada, hablando contigo.

—¿Estás segura?

—Por supuesto. ¿Qué dices? Soy hija de mi mamá, de nadie más.

—Entonces supongo que todo fue para bien —dijo James Caskey con un suspiro—. Aunque en ese momento no me lo pareciera.

—No tienes de qué preocuparte, papá. Todo el mundo en Perdido sabe que estoy aquí, en Vanderbilt, y todos van a querer cuidarte. Tu problema no va a ser la soledad. O sea, ¡mira la cantidad de Caskeys que hay ahora! Cuando yo era pequeña, estaba sola, ¿sabes? No tenía a nadie con quien jugar, nadie con quien hablar... Pero, Dios mío, ¡fíjate ahora! Elinor llegó al pueblo durante la inundación, y ahora están también Miriam y Frances, y Queenie, que apareció de la nada y tiene tres hijos...

—¡No te olvides de Carl!

—¡Ojalá pudiera! Lo que quiero decir, papá, es que ahora el pueblo está lleno de familiares. ¡Se nos han echado encima por sorpresa! Apenas te darás cuenta de que me he ido.

Pero uno o dos días más tarde, mientras desenvolvía las figuritas, los adornos y los platos que había comprado en Nashville en compañía de su hija y siguiendo sus consejos, James Caskey tuvo la sensación de que cada uno de ellos era una piedra que arrojaba a un pozo negro, seco y profundo, que se había abierto de par en par bajo sus pies.

A Queenie Strickland le preocupaba que sus hijos estuvieran demasiado expuestos a la presencia y las conversaciones contaminantes de su padre. Y aunque intentaba mantenerlos fuera de

la casa y alejados de su nefasta influencia, temía que Malcolm fuera ya un caso perdido. Carl había llevado a su hijo mayor a pescar al alto Perdido, le había regalado una pistola el primer día de la temporada de caza e incluso había permitido que lo acompañara al hipódromo de Cantonment un sábado por la tarde. Toda esa adulación masculina había bastado para que Malcolm se rindiera a los pies de su padre. Un día, enfadado porque su madre le había negado un privilegio insignificante, Malcolm había dicho que quería mucho, muchísimo a Carl y que odiaba a Queenie.

Carl tendía a ignorar a su hija, pues creía que las niñas no eran dignas de su atención. En el fondo creía que si Queenie enseñaba a Lucille a coser, a cocinar y a coquetear, la niña no tendría mayores problemas.

Con Malcolm casi perdido y Lucille fundamentalmente fuera de peligro, para Queenie cobró una importancia capital proteger a su hijo menor de la influencia de su padre. Como le explicó a James Caskey, «el niño no es como Malcolm, y desde luego no es como su padre. Es tan callado y tímido... No le gusta la forma de hablar de su padre; no le gusta la forma de actuar de su padre. Ojalá... Ay, ojalá no tuviera que vivir en la misma casa que Carl».

—Bueno —respondió James, sentándose en una silla al otro lado del escritorio de Queenie en el despacho exterior—, no sé si es mucho peor para Danjo que para ti y Lucille.

—Lo es. Yo ya estoy acostumbrada. No me gusta, pero estoy acostumbrada. Y Carl no molesta tanto a Lucille, porque es una chica. No se la lleva con él, ni a cazar, ni al hipódromo. Esa es la diferencia. Carl está siempre hablando de conseguir un arma para Danjo. ¡Un arma, James! ¡El niño solo tiene cinco años!

El teléfono sonó y la conversación se interrumpió para no volver a reanudarse aquel día. A la mañana siguiente, James llegó temprano al trabajo. En cuanto Queenie entró por la puerta, y antes de que tuviera tiempo de poner orden en su escritorio, James dio un golpecito en el cristal y le hizo una señal para que entrara en su despacho.

—Buenos días, James.

—Buenos días, Queenie. ¿Cómo has dormido?

—Con pesadillas.

—Yo también. Siempre tengo pesadillas en una casa vacía.

—¡Ay, ya sé que extrañas a tu pequeña! ¿Sabes algo de ella?

—Pues sí. Me ha enviado tres cartas y recibo una postal casi todos los días. Las voy organizando todas en un álbum; salí a comprarlo la semana pasada.

—Entonces, ¿a Grace le va bien en Vanderbilt?

—Está haciendo una amiga tras otra. Dice que está tan feliz que se le hace casi insoportable. Me ha pedido que le cuente alguna mala noticia para bajarla de la nube.

—James, ¿tienes algo que decirme? —dijo Queenie, que desde buen principio había percibido una cierta relajación en los modales de su cuñado.

—Pues sí. Siéntate, Queenie. He estado reflexionando sobre lo que dijiste ayer.

—¿Sobre qué?

—Sobre Danjo.

Queenie asintió con la cabeza.

—Las cosas no mejoraron anoche, ¿verdad?

Queenie se paró a pensar el asunto un momento.

—Detesto decirlo, James, pero creo que me estoy acostumbrando a que Carl haya vuelto. Quiero decir, ya no sale por ahí a armar camorra y no creo que se dedique a robar. Mientras se quede en una habitación por la noche y yo esté en otra, todo va bien. O iría bien si no fuera por Danjo.

—De eso quería hablarte. Estaba pensando que tal vez deberías deshacerte de Danjo.

—¡Es mi ojito derecho!

—Ya lo sé, Queenie, ¡pero no quieres que se contamine! Esa es la palabra que usaste ayer.

—No, claro, pero ¿qué quieres que haga con él?

—Déjamelo a mí.

—¿A ti? No quieres tanto enredo...

—¿Por qué dices eso? ¡Pues claro que quiero!

—¡Pero es tan pequeño! ¿Qué harías tú con un niño de cinco años, James?

—Criarlo bien. Tengo experiencia. Crie a Grace, y como bien sabes, lo hice casi a solas. Genevieve estaba casi siempre contigo, en Nashville.

—Sí, todo eso ya lo sé. Lo que quiero decir es, ¿qué pasa con todas tus cosas bonitas?

—No me preocupa. Danjo es cuidadoso, ya ha estado en mi casa. Y si rompe alguna cosa, no pasa nada. Puedo comprar más, no soy pobre. Puedo ponerlas en estantes más altos. Danjo estará bien. Así que, ¿por qué no me lo dejas a mí? Queenie, me siento tan solo sin Grace que apenas puedo soportarlo. Anoche estaba deprimido y se me ocurrió que lo que mejor me vendría sería un niño que me hiciera compañía.

—¿Y crees que Danjo puede ser ese niño?

—¡No se me ocurre ninguno mejor que Danjo, Queenie!

—No me gustaría nada renunciar a él.

—A ver, Queenie, ni que me lo fuera a llevar a otra ciudad: podrías venir a verlo siempre que quisieras. Míralo de esta manera: no lo alejaría de ti, solo lo alejaría de Carl.

—Eso estaría muy bien —admitió Queenie—. Carl montará un cisco.

—¿Qué va a hacer?

—Venir y llevarse a Danjo, eso es lo que va a hacer.

—Le pegaré un tiro —prometió James con toda tranquilidad.

Queenie golpeó en el suelo con el tacón.

—Déjame que lo piense, James.

Queenie se levantó y volvió a su despacho, pero en apenas cinco minutos estaba de vuelta.

—¿Y bien? —preguntó James.

—No quiero renunciar a él, de veras que no. Pero me parece tan egoísta, cuando yo tengo tres hijos y tú acabas de perder a la única que tenías...

—Así es, Queenie. Sería muy egoísta por tu parte quedarte con Danjo para ti sola. Así que, ¿por qué no me lo dejas a mí?

—Muy bien. Si así podemos alejarlo de Carl...

—Hablaré con él.

—¿Vas a ofrecerle dinero?

—No lo sé. Tal vez. ¿Por cuánto crees que vendería a Danjo? ¿Cien dólares al mes?

Queenie lo pensó un momento y finalmente dijo:

—¿Qué tal un coche nuevo?

Queenie estaba en lo cierto: a cambio de un automóvil nuevo (que eligió el propio Carl y que costó mil doscientos dólares), Danjo quedó bajo la custodia de James Caskey. En teoría se trataba de un intercambio temporal, pero todo el mundo sabía que no era así. Nadie consultó al pequeño, pero Danjo era un niño tan obediente que habría aceptado cualquier propuesta que le hicieran. Lo instalaron en la antigua habitación infantil de la casa de James, que cambió el papel pintado y compró muebles nuevos. El niño parecía perplejo ante la idea de no tener que compartirla con nadie. Cuando se separó de su madre se le saltaron las lágrimas, pero dejó de llorar cuando esta le aseguró que lo vería cada día. Había creído que lo alejaban de ella para siempre, y ni aun así se había atrevido a protestar con verdadero fervor.

El primer fin de semana que Danjo pasó en su nuevo hogar no se

atrevió ni a salir de su habitación, y cada vez que James se asomaba, veía a su sobrino sentado muy quieto en el borde de la cama. El chico parecía tan cohibido y alicaído que James, dejando de lado su habitual reticencia a entrometerse, entró en la habitación. Apoyado en un chiflón junto a la puerta, miró a Danjo y dijo: —¿Voy a tener que enviarte de vuelta con tu mamá y tu papá, Danjo?

El niño levantó la vista, con los ojos llenos de lágrimas.

—Yo quiero que te quedes, Danjo, pero me parece que no eres feliz aquí.

—¡Sí lo soy!

James Caskey no entendía.

—¿No quieres volver a casa con tu mamá y tu papá?

Danjo lo pensó un momento.

—Echo de menos a mamá... —aventuró por fin.

—¿Pero a tu papá no?

Danjo negó con fuerza con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué no eres más feliz aquí, conmigo? ¿Por qué no corres y juegas? Antes jugabas todo el tiempo. ¿Echas de menos a Lucille y a Malcolm?

Danjo negó con la cabeza.

—No quiero romper nada —murmuró.

—¿Romper? ¿Qué vas a romper?

—Sus cosas.

James se quedó mirando al chico.

—¿Quieres decir que no sales de esta habitación porque tienes miedo de tirar algo?

Danjo asintió con la cabeza. Parecía que estaba a punto de echarse a llorar de nuevo.

—¡Ay, Señor! —exclamó James Caskey—. ¡No te preocupes por eso, Danjo! Si rompes algo no me importa. ¿Cuántas cosas crees que rompió mi niña Grace de pequeña? ¿Y cuántas cosas crees que rompe Roxie cada vez que limpia la casa? ¿Crees que yo puedo caminar por una habitación sin que algo caiga al suelo y se rompa? No, no puedo. ¡Y tampoco espero que tú puedas! Danjo, quiero que seas feliz aquí. ¡Mira la de cosas que hay en esta casa! Si rompes algo no se va a notar. Tengo los armarios llenos de trastos y voy a seguir comprando. A ver, tampoco digo que salgas de aquí y empieces a tirar cosas contra las paredes...

A Danjo se le abrieron los ojos de par en par, horrorizado ante aquella sugerencia.

—... pero quiero que te lo pases bien. Quiero que estés a gusto.

—¿De verdad?

—Pues claro que sí. Danjo, ¿tú sabes lo que pagué por ti?

—¿Le compraste un coche a papá?

—Exacto. Me costó mil doscientos dólares. He hecho una gran inversión por ti, Danjo, y quiero que me ayudes a devolverla.

—¿Cómo?

—¡Pasándotelo bien! Demostrándome cómo te diviertes. Y haciéndome compañía para que no me sienta tan mal pensando que mi niña se ha ido. ¿Lo harás?

—¡Lo intentaré! —gritó Danjo, que cruzó la habitación corriendo y abrazó a su tío.

Perdido aseguraba que nunca había visto a una familia que igualara a los Caskey a la hora de entregar y acoger a su progenie, intercambiando hijos como si fueran bandejas de pavo extra u otros artículos domésticos que sobraban en una casa y faltaban en la casa contigua. Carl Strickland nunca ocultó los términos del acuerdo que le había permitido a James Caskey obtener la custodia de su Danjo. Se trataba de una compraventa que, a los ojos de Perdido, tenía toda la vigencia de un intercambio de tierras escriturado. En lo sucesivo, Danjo era propiedad de James Caskey, y todo Perdido consideraba que este era sumamente generoso permitiendo a la madre del niño que lo visitara siempre que quisiera.

Parecía la situación ideal. Carl Strickland tenía su automóvil nuevo, Queenie Strickland tenía asegurado el futuro moral y económico de su hijo y James Caskey tenía un hijo que ocupaba el lugar de la hija que ya había crecido y se había ido. Pero nadie estaba más feliz con la nueva situación que el propio Danjo.

En lugar de tomarse como una afrenta el hecho de que lo hubieran cambiado por un automóvil nuevo, a Danjo lo reconfortaba el aspecto vinculante de la transacción. De pronto era menos probable que lo agarraran y se lo llevaran a la otra punta del pueblo, de vuelta a aquella casa donde recibía agresiones, de diversos grados y de diversas formas, por parte de su hermano, su hermana y su padre, y donde su madre había sido su único —aunque insuficiente— consuelo. Quería a James Caskey. Nunca dejó de maravillarse ante el privilegio de tener una habitación para él solo, de vivir en una casa tranquila y llena de cosas bonitas, de que lo besaran y lo abrazaran en lugar de pellizcarlo y golpearlo. Lo único que angustiaba al niño (aunque se esforzaba por no revelarlo a nadie) era el temor a que un día su tío decidiera también cambiarlo por algo, un anillo de diamantes o tal vez una niña. ¿Dónde acabaría entonces Danjo?

Diez años antes, a ojos del resto de Perdido, los Caskey parecían una familia estéril. Solo tenían a la pequeña hija de James, Grace, una

cosita pálida y quejumbrosa que apenas merecía las atenciones que su afeminado padre le prestaba. Pero, desde entonces, entre Elinor y Queenie habían aportado cinco hijos, que habían quedado repartidos entre los varios hogares de los Caskey. Y luego era como si un día Mary-Love y James hubieran levantado la vista y hubieran exclamado: «¡Por el amor de Dios, Elinor! ¡Por favor, Queenie! Vosotras tenéis tantos y nosotros no tenemos ninguno, ¿por qué no nos dais un par de esos niños para que todos podamos disfrutarlos?». No era así, desde luego, sobre todo en la familia Caskey, donde un favor se toleraba igual de poco que un bofetón, pero el caso es que habían distribuido los niños de modo que cada hogar tenía por lo menos uno. En consecuencia, toda la textura de la familia se había visto alterada y, a pesar de las hostilidades individuales, los Caskey parecían ahora un clan más joven, más vigoroso y más feliz.

4

Desplazamientos

La bolsa se desplomó el 29 de octubre de 1929, pero de entrada nadie en Perdido se dio cuenta del efecto que aquel acontecimiento lejano —aquella extraña crisis monetaria y de confianza— tendría sobre todos ellos. Los Caskey, que tal vez podrían haber arrugado una o ambas cejas de preocupación por lo que aquello iba a entrañar para la familia y para el pueblo, estaban ocupados con un asunto más inmediato: el día en que se desplomó la bolsa, Carl Strickland intentó asesinar a Queenie.

Las agresiones no premeditadas rara vez se dan por la mañana. Las pasiones violentas suelen ser fruto del calor acumulado, del alcohol o del cansancio físico, elementos cuyos efectos suelen dejarse sentir con más fuerza al atardecer o a última hora de la noche. Pero Queenie Strickland provocó las iras de su marido en la mesa del desayuno cuando se negó a darle quince dólares para que pudiera ir al hipódromo. A ojos de Perdido, la reacción de Carl, imprevisiblemente violenta, no hizo más que demostrar lo cerca del precipicio que había estado siempre aquel hombre, por mucho que pareciera haberse adaptado de forma bastante tranquila al pueblo.

—¡Sé que tienes el dinero, Queenie! —gritó a su mujer a través de la mesa de la cocina.

—¡Claro que lo tengo, pero lo necesito para comprar comida! ¿Cuánto crees que gano?

—¡Pues supongo que mucho, ese viejo te paga bien!

—¡Pues no! ¡Gano lo justo para alimentar a esta familia, y nada más! ¿Tú me ves con vestidos nuevos? ¿Dónde están los zapatos nuevos de Malcolm? ¿Está Lucille tomando clases de piano? ¿Oyes un piano por la tarde, cuando vuelves de las carreras? Si tanto necesitas el dinero, ¿por qué no te buscas un trabajo?

—Dame el dinero, Queenie. ¡Lo tienes!

—Que no —insistió Queenie. Entonces se levantó de la mesa y les indicó a Lucille y a Malcolm que salieran de la cocina. Los pequeños obedecieron, haciendo muecas a la espalda de su padre. Al cabo de un momento, Queenie oyó aliviada el portazo que dieron al salir a la calle.

—El dinero es mío —dijo Carl, que se levantó de la mesa y la apartó a un lado, de modo que los platos traquetearon y una taza salió

rodando y se estrelló contra el linóleo—. Todo lo que tienes es mío. ¿Dónde está?

—¡Carl, ni te me acerques!

La empujó contra el fregadero, agarró varios puñados de carne alrededor de su gruesa cintura y estrujó hasta que Queenie gritó de dolor. Intentó zafarse, pero él apretó con más fuerza. Entonces la soltó un momento y con la mano derecha le arrancó el bolsillo de la parte delantera del vestido, dejando caer las dos monedas reservadas para sus ojos muertos.

Al verlas, Carl dio un paso atrás. Queenie jadeó y se quedó mirando a su marido. Tuvo la sensación de que se había vuelto loco de repente, como si hubiera perdido la razón y el control en un segundo. Carl se revolvió como un salvaje, levantó la mesa por una esquina y la volcó de lado. La vajilla se hizo añicos contra el suelo y Queenie, a quien le quedaron las piernas salpicadas y quemadas por el café caliente, soltó un grito y corrió hacia la puerta trasera.

Pero Carl salió tras ella y le pegó un puñetazo en los riñones, con todas sus fuerzas. Queenie se quedó sin aliento y cayó boca abajo sobre la vajilla rota. Cuando se dio la vuelta e intentó levantarse, Carl le propinó tres patadas en el vientre: cortas, afiladas y potentes. Queenie se quedó tumbada y soltó un largo gemido.

Carl puso una bota sobre la cabeza de su mujer, pisó con fuerza y le hundió la cara en los fragmentos rotos de una taza de porcelana blanca. El linóleo amarillo se llenó de sangre bajo el cuerpo postrado de Queenie. Cuando la presión de la bota disminuyó, Queenie intentó levantar la cabeza. Tenía un ojo lleno de sangre. Malcolm y Lucille se quedaron horrorizados frente a la puerta de la cocina, mirando a través de la mosquitera. Lucille soltó un grito y salió corriendo. Malcolm la siguió al cabo de un momento.

Carl cogió una silla y la estrelló contra la espalda de su mujer.

Los gritos de Lucille hicieron que Florida Benquith se asomara a la ventana de la cocina de la casa de al lado. Al ver también a Malcolm, salió y se acercó corriendo a la casa de los Strickland. Cuando se asomó a la puerta trasera vio a Carl Strickland, como un demonio desbocado, sentado sobre el trasero de su mujer y desgarrándole la parte trasera del vestido con un pelador de verduras que blandía con ambas manos.

—¡Queenie! ¡Queenie! —gritó Florida.

La sangre brotaba de los cortes que recorrían la espalda de Queenie, allí donde el pelador había cortado la tela y le había desollado la piel.

Florida regresó corriendo a su casa y, sin decirle una sola palabra a su asombrado marido, cogió la escopeta cargada que guardaba en un rincón del comedor y volvió a salir por la puerta. Cuando aún estaba a más de cinco metros de la casa, y antes incluso de poder ver a través de la puerta trasera de los Strickland, disparó el arma una vez e hizo un boquete en la mampara.

—¡Carl Strickland, te voy a pegar un tiro! —gritó, mientras se acercaba a la puerta y entraba en la casa.

Sobresaltado por el disparo, Carl se levantó de encima de su mujer y salió corriendo. Atravesó la puerta principal y se alejó por el patio delantero. Florida dejó a Queenie tendida en un charco de sangre en el suelo de la cocina y siguió a Carl. Al llegar al porche delantero, este estaba ya montado en su automóvil. Florida volvió a disparar y reventó una ventanilla lateral del coche. Carl arrancó el motor y salió disparado.

Florida Benquith dejó caer la escopeta sobre la hierba y miró a su alrededor, asombrada. Al otro lado de la calle, la señora Daughtry la observaba en camisón desde los escalones de su casa. Los niños de los Moye estaban en la acera, con la boca abierta.

—¡Llame a Elinor Caskey! —gritó Florida a la señora Daughtry, y volvió a entrar corriendo en la casa. El doctor Benquith ya estaba allí.

—Todavía está viva... —se limitó a decir.

Nadie tenía ni idea de dónde se había metido Carl Strickland. Oscar fue a ver al sheriffy, con voz fría, le dijo:

—Si Carl vuelve por aquí, señor Key, y lo ve por casualidad, haga el favor de avisarnos para que podamos llevar a Queenie a lugar seguro. Puede que la próxima vez no tenga tanta suerte.

—¿Cómo está la señora Strickland, Oscar? —preguntó Charley Key, avergonzado.

—Tiene tres costillas rotas y la mandíbula dislocada. Y ha perdido casi toda la visión del ojo derecho. Aparte de eso, tiene varios cortes y magulladuras.

—Vaya, lamento oírlo —dijo el sheriff—. He avisado a la policía del estado. Y también a la de Florida. Les he dicho que el señor Strickland solía pasar mucho tiempo en Cantonment. Lo están buscando allí.

—Me trae sin cuidado dónde esté, mientras no sea en Perdido.

—Me aseguraré de que no le haga daño a nadie más —dijo Charley con firmeza.

—Podría haber evitado que ocurriera esta vez —espetó Oscar y salió del despacho.

Queenie pasó diez días en el Hospital del Sagrado Corazón de Pensacola. Durante ese tiempo, Malcolm y Lucille se quedaron en casa de Elinor, donde les asignaron el dormitorio para invitados de la parte delantera de la casa, una habitación que se usaba tan poco que ni siquiera le habían dado un nombre, aunque más tarde la llamarían «la habitación de los niños». Elinor y Oscar habían previsto algunas dificultades con Malcolm y Lucille, que no tenían precisamente fama de ser niños modelo, pero los hermanos estaban apagados y parecían preocupados de verdad por el estado de su madre. Todos los días, Bray llevaba a Elinor, a Mary-Love o a James a visitar a Queenie, y todos los días iba también uno u otro de sus hijos. La actitud de Queenie durante el período de recuperación era casi de alivio: «Si este es el precio para librarme de Carl de una vez por todas, me alegro de haberlo pagado. Ahora solo me queda esperar que no quiera volver a por más...».

Llevaron a Queenie de vuelta a Perdido el 8 de noviembre. La instalaron en casa de Elinor, pues consideraron que, hasta que encontraran a Carl, no era seguro que se quedara en la suya; este ya la había sorprendido allí dos veces y era muy posible que volviera a intentarlo. Para que se recuperara, Elinor le asignó a Queenie la habitación de Frances, que tenía baño propio.

Ese día, cuando volvió de la escuela, Frances entró corriendo en la casa, subió las escaleras y entró en su dormitorio. Quiso abrazar a Queenie, pero esta exclamó:

—¡No, niña, por Dios! No puedes tocarme, ¡mírame la cara! Y si tú supieras cómo tengo los brazos y la espalda debajo de las sábanas... Ni los hombres ni los ángeles querrían verme. Pero dame la mano —dijo, extendiendo los dedos para que la tímida niña los agarrara.

—Queenie, me alegro mucho de que hayas vuelto del hospital —dijo Frances.

—No lo creo —dijo Queenie.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Elinor, asomándose a la habitación a través de la ventana que daba al porche.

—Hola, mamá —dijo Frances—. Le decía que me alegro de que haya vuelto, en serio.

—No, no es verdad —repuso Queenie—, porque te he quitado la habitación.

—Ah, no pasa nada —dijo Frances—. Tú estás enferma y yo no.

—No estoy enferma, solo estoy tan dolorida que apenas puedo moverme sin que me den ganas de sentarme a escribir mi testamento, eso es todo.

Frances dejó a Queenie sola y salió con su madre al porche.

—Mamá, si Queenie se instala aquí, ¿dónde voy a dormir yo? —preguntó.

—Te voy a poner en la habitación delantera, cariño —respondió Elinor.

Frances se quedó boquiabierta. La habitación delantera y la puertecita de aquel armario situado a la derecha de la chimenea seguían produciéndole un miedo atroz. Todavía no era capaz de quedarse nunca sola en la casa, ni siquiera en los días más luminosos; y todas las noches, desde su cama, seguía aguzando el oído por si oía la puerta del armario de la habitación contigua abrirse furtivamente y lo que estuviera dentro emergía con sigilo en medio de la oscuridad.

Paralizada por el terror que le había provocado la relevación de su madre, Frances fue incapaz de decir otra palabra y se marchó, aturdida. En sus peores pesadillas, Frances nunca había imaginado que iba a tener que pasar una noche entera en aquella habitación. Era una idea demasiado horrible para imaginarla: verse obligada a acostarse en esa cama a solas, por la noche, con la mirada fija en la extraña puertecita, esperando a que lo que estuviera ahí dentro girara lentamente el pomo y saliera del armario. Daba igual que Queenie estuviera en la habitación contigua, accesible a través del corredor donde guardaban la ropa de cama; o que Lucille, Malcolm y sus propios padres durmieran en el otro extremo del pasillo, o que Zaddie estuviera en el piso de abajo. Todos los habitantes de Perdido podrían haberse apretujado en la casa, durmiendo pegados a las paredes: nada cambiaba si Frances tenía que dormir sola en la habitación delantera. Estaba convencida de que se iba a morir.

De pronto, sin darse cuenta de adónde la llevaban sus distraídos pasos, vio que estaba ante la puerta de la habitación. Giró suavemente el pomo y se asomó al interior. Como siempre, la habitación estaba fría y en penumbra. Ni siquiera el aire se movía ahí dentro. Olía a viejo; era imposible que ninguna otra habitación de Perdido oliera más a viejo que aquella. Frances tenía la sensación de que olía como si generaciones enteras de Caskey hubieran muerto ahí dentro: como si, década tras década, las madres Caskey hubieran dado a luz a niños muertos en esa cama; como si una línea ininterrumpida de maridos Caskey hubieran asesinado a sus esposas adúlteras y las hubieran metido en ese chifonier; como si un centenar de esqueletos, con la carne descompuesta y la ropa hecha jirones, aguardaran amontonados en aquel pequeño armario, escondidos entre todas las pieles y las plumas. Por primera vez desde que tenía memoria, Frances se dio cuenta de que el reloj de la chimenea funcionaba y hacía tictac. Ya

estaba a punto de volver a cerrar la puerta cuando el reloj marcó el cuarto de hora, como si la llamara. Frances se resistió a su llamada, cerró la puerta con gran ansiedad y huyó por el pasillo sin atreverse a volver la vista. Regresó corriendo al porche y enterró la cabeza en el regazo de su madre.

—Cariño, ¿qué pasa? —dijo Elinor.

—¡No quiero dormir en la habitación delantera! —exclamó Frances.

—¿Por qué no?

—Me da miedo.

—¿Qué es lo que te da miedo?

Frances se detuvo un instante y se preguntó cuál era la mejor forma de plantear su respuesta.

—El armarito.

—¿El armario? —se rio Elinor—. En ese armario no hay nada, solo mi ropa, mis zapatos y mis sombreros. Ya lo has visto por dentro.

—Déjame dormir en la habitación donde están Lucille y Malcolm. Que duerman ellos en la habitación delantera.

—Ya se han instalado y están bien donde están. No voy a obligarlos a moverse.

—¡Pues que duerma Queenie ahí! ¡Déjame volver a mi habitación, mamá!

—Queenie necesita tener su propio baño. Y yo quiero tenerla cerca, cariño, para poder oírla si llama.

—Pues déjame ir a casa de James.

—James está muy ocupado con Danjo.

Elinor ya no hablaba con voz tan dulce como cuando Frances había hecho su primera petición.

—¿Tienes alguna otra sugerencia?

—Incluso me quedaría con la abuela.

—No quiero ni imaginar lo pesada que se pondría la señora Mary-Love si se me ocurriera enviarte allí cuando tengo una cama vacía en esta casa. Ni una palabra más: dormirás en la habitación delantera hasta que Queenie esté lo bastante bien como para volver a su casa y hasta que estemos seguros de que Carl no la va a molestar más. ¿Me oyes?

—¡Elinor! —la llamó Queenie a través de la ventana.

Elinor se acercó y se asomó a la ventana.

—Queenie, ¿puedo hacer algo por ti?

—Sí, ya lo creo. No he podido evitar escuchar vuestra conversación y quiero que me instales en la habitación delantera y que Frances pueda disponer de la suya.

—Queenie, espero que no te hayas tomado en serio las tonterías de Frances.

—La niña no me quiere en su cama, y lo entiendo perfectamente. Quiere recuperar su habitación. Si fuera la mía, yo tampoco querría renunciar a ella.

—Queenie, no voy a permitir que te traslades. Escúchame bien: necesitas tu propio baño y además, si estás ahí, puedo sentarme en este lado del porche y hablar contigo a través de la ventana. Por eso estás donde estás y no hay ninguna razón por la que Frances no pueda dormir en la habitación delantera. Está a dos metros de distancia, no en el fin del mundo.

Al oír aquella conversación, Frances empezó a temblar.

—Frances —dijo su madre con severidad—, ven conmigo.

Frances siguió a su madre por el pasillo hasta la habitación delantera. Elinor se acercó con paso decidido al armario y abrió la puerta.

—Aquí dentro no hay nada, ¿lo ves? Tengo tantas cosas que no cabría nada más...

La niña no respondió y se limitó a agachar la cabeza.

—Frances, ¿has estado hablando con Ivey Sapp? ¿Te ha estado contando historias sobre cosas que se comen a las niñas?

—¡No!

—¿Seguro?

—¡Seguro!

—Bueno, si Ivey intenta llenarte la cabeza con tonterías de esas, no quiero que la escuches. Ivey no siempre sabe de lo que habla. Se equivoca en muchas cosas.

—Pero, entonces ¿hay cosas que se te comen?

—En este armario no —respondió su madre recurriendo a una inquietante evasiva.

—¿Y dónde están?

—Nada se te va a comer, cariño —dijo Elinor mientras cerraba la puerta del armario y se sentaba en el borde de la cama—. Ven aquí, Frances

La niña se acercó tímidamente a su madre y Elinor la sentó junto a ella.

—¿Qué, mamá?

—A veces salimos juntas por el río en el bote de Bray, ¿verdad?

—Sí.

—¿Tienes miedo, entonces?

—No.

—¿Por qué no? Otras niñas tendrían miedo. Lucille Strickland

nunca saldría en bote por el Perdido.

—Porque tú estás ahí, mamá, por eso no tengo miedo.

Elinor la abrazó.

—Así es —dijo—, eres mi niña y nunca te va a pasar nada. Además, nadie debe temer ese río menos que tú. Entonces, ¿por qué tienes miedo de quedarte en esta habitación, cuando sabes que estoy al otro lado del pasillo?

—No lo sé —dijo Frances, preocupada—. Porque puede atraparme antes de que tú puedas venir a salvarme.

—¿Qué es lo que puede atraparte?

—No lo sé.

—Pero, entonces, ¿cómo sabes que hay algo?

—¡Porque lo noto, mamá!

Elinor apartó los brazos de su hija de su propia cintura, se separó de ella y la miró a los ojos.

—Escúchame bien, Frances —insistió, con voz paciente pero decidida—. No hay nada en esta habitación que pueda hacerte daño, ¿me oyes? Si ves algo, es solo tu imaginación. Son sombras, la luz atrapada en las motas de polvo. Si oyes algo, es solo tu imaginación. Es el ruido de los cimientos de la casa, o el crujido de los muebles. Si sientes que algo te toca, son tus nervios cuando estás a punto de dormirte, o un mosquito que se te ha posado sobre el brazo; nada más. Estás soñando. Estás soñando que oyes algo, soñando que ves algo, soñando que algo intenta sacarte de la cama. ¿Entiendes? No te pasará nada en esta habitación porque yo no voy a permitirlo.

Su madre le enseñó que ya habían llevado algunas de sus prendas allí y las habían colgado en el armario. Entonces abrió los cajones y le pidió a su hija que admitiera lo dulce que olía la bolsita perfumada que había puesto dentro. A continuación descorrió las cortinas y le mostró a Frances que la vista del dique y de la casa de la señora Mary-Love era casi la misma desde allí que desde su propia habitación. Finalmente, Elinor hizo girar la llave en la cerradura de la puerta del armarito y dijo:

—Mira, Frances, voy a cerrar la puerta, así no tendrás por qué preocuparte. Si hay algo ahí dentro, no podrá salir. Estarás totalmente a salvo. Y recuerda: si oyes algo, ves algo o sientes algo, no le hagas caso. Es solo tu imaginación. Eres mi niña y no te puede pasar nada.

5

Cerrada o abierta

Aquella primera noche después de que Queenie regresara a Perdido, Frances puso en práctica todo su repertorio de estrategias de dilación, pero, a pesar de su astucia, al final la despertaron del regazo de su padre en el porche y le dijeron que tenía que irse a la cama sin falta.

—¿Se puede saber qué te pasa hoy? —le preguntó su padre.

—Tiene miedo de irse a la cama —explicó Elinor.

—¡Pero si duermes sola desde que eras una niña! —exclamó Oscar, sorprendido.

—No tiene miedo de estar sola —añadió Elinor—, tiene miedo de la habitación delantera.

—¿Qué hay en la habitación delantera? —preguntó Oscar—. Apenas me acuerdo de la última vez que estuve allí. Recuerdo echarles un vistazo a las cortinas nuevas, pero eso fue hace años. Elinor, ¿has acogido a un huésped y yo no me he enterado?

Pero Frances no se rio y se aferró a su padre con más fuerza aún.

—Elinor —dijo Oscar, viendo lo asustada que estaba su hija—, ¿no podemos dejar que duerma con nosotros?

—No —dijo Elinor—; entonces querría dormir con nosotros para siempre.

—¡No es verdad! —protestó Frances—. ¡Solo por esta noche!

—Y luego será solo mañana por la noche, y luego la noche siguiente...

—Mamá quiere que duermas en la habitación delantera —dijo Oscar—, así que supongo que tendré que llevarte allí.

Oscar lo hizo, la acostó en la cama y la cubrió con las sábanas. Apartó las cortinas para demostrarle que no había nadie escondido detrás, se arrodilló teatralmente en el suelo y miró debajo de la cama, abrió la puerta del corredor que llevaba a la habitación de Frances, donde Queenie estaba ya dormida, y tiró del pomo del armario para demostrarle que seguía cerrado. Finalmente le dio un beso de buenas noches y salió de la habitación. Entonces volvió a meter la mano por la puerta entreabierta y pulsó el interruptor que apagaba la luz del techo.

En cuanto su padre cerró la puerta, Frances ya no podía asegurar que la habitación delantera siguiera conectada al resto de la casa. De repente se sentía aislada de la protección de sus padres, que nunca la oirían si los llamaba. La habitación era real, sí, pero aquellas puertas

ya no se comunicaban con la casa donde vivían Elinor y Oscar Caskey; aquellas ventanas ya no se asomaban a la escena familiar habitual. Frances tembló al pensar qué espacio inimaginable podía abrirse detrás de aquellas puertas, qué inesperado y lúgubre paisaje podría discernirse a través de aquellas ventanas. Se quedó rígida en la cama, la vista clavada en la inquietante oscuridad, escuchando con estupor por si algo empezaba a moverse dentro del armario. Poco a poco, sus ojos se fueron acostumbrando a la penumbra y empezó a distinguir los objetos de la habitación como sombras de tinta sobre negro. La araña de hierro fundido situada sobre los pies de la cama era su punto de referencia, y la miró con gran concentración. La lámpara parecía oscilar, pero en el dormitorio no había aire en movimiento. Frances se acurrucó hecha un ovillo y se metió bajo las sábanas almidonadas; su respiración sofocada era caliente y húmeda.

De vez en cuando se oía un crujido. En un momento dado se asustó ante lo que sonó como una canica que hubiera caído al suelo y hubiera rodado una corta distancia.

Finalmente se quedó dormida. Debió de hacerlo, porque cuando Zaddie la despertó y apartó las cortinas, afuera había luz y hacía un día nublado. Frances sintió el alivio que siente un hombre al eludir por poco una muerte terrible, cuando el animal que lo perseguía se distrae un instante y se aleja, olvidándose de su presa.

—Esta mañana vais a desayunar en el porche, Frances —dijo Zaddie, que se arrodilló junto a la cama y empezó a ponerle los calcetines.

—¡Zaddie, tengo mucha hambre! ¿Puedo comer tres tostadas hoy?

—¡Claro que sí! Te diré algo: si terminas de vestirte tú sola, bajo ahora mismo y meto el pan en el horno.

—Sí, puedo vestirme sola —dijo Frances—. No tienes que ayudarme.

—¡Así me gusta! ¡Esa es mi niña!

Frances abrazó a Zaddie.

—Zaddie —susurró—, me alegro mucho de que no te fueras a esa universidad para gente de color.

—Bueno, ¿quién cuidaría de mi niña si me hubiera ido? No hay nadie en el pueblo que te quiera tanto como yo, ¡eso seguro!

Zaddie se rio y dejó a Frances sola una vez más.

Frances hizo una pequeña demostración de valentía matutina, de la que ella misma fue la única testigo. Sin aparente vacilación, abrió la puerta del chifonier y colocó su pijama doblado en el rincón más oscuro del estante inferior. Entonces se dirigió sola al corredor, cerró la puerta y se tomó su tiempo para elegir una toalla limpia. Al volver

a la habitación, dejó caer un alfiler al suelo para poder agacharse y, como si tal cosa, mirar debajo de la cama. Tal vez, después de todo, el peligro que percibía en aquella habitación no era más que un producto de su imaginación. Tal vez, después de todo, no había nada que temer. Zaddie la llamó desde el pasillo.

—¡Frances, las tostadas están listas!

Frances sonrió para sí misma y echó un vistazo a la habitación. Cuando ya estaba a punto de salir, resplandeciente de confianza, decidió deshacerse del último retazo de miedo: iba a tirar del pomo de la puerta cerrada del armario.

—¡Ya voy! —le contestó a Zaddie y, pensando solo en la comida que la estaba esperando, cruzó la habitación y accionó el pomo de la puerta del armario, esperando aquel reconfortante traqueteo que dejaría claro que, fuera lo que fuera que hubiera dentro (aunque no había nada) no podía salir ni hacerle daño.

Pero el pomo no traqueteó, sino que giró con suavidad; la puerta se abrió y dejó a la vista todas aquellas pieles y plumas abarrotadas, mostrándole a Frances que durante toda la noche el peligro había sido infinitamente mayor de lo que había imaginado.

De alguna manera, durante la noche, la puerta del armario se había abierto.

Frances fue corriendo a buscar su madre y —con toda la firmeza que fue capaz de reunir— le dijo que no iba a dormir más en la habitación delantera.

—¡Pero bueno! —dijo Elinor—. ¿Aún sigues con lo de la habitación?

Frances asintió cabizbaja.

—¿Ha pasado algo durante la noche?

—No —respondió Frances con un susurro frenético, arrodillándose en el columpio y hundiendo la cara en el cuello de su madre—. Pero esta mañana, al levantarme, la puerta del armario estaba abierta.

Elinor no respondió.

—¡La cerraste con llave ayer por la tarde, mamá! —protestó Frances, a la defensiva—. ¡Yo te vi! Y anoche papá tiró del pomo y seguía cerrada. Pero esta mañana, cuando me he levantado, estaba abierta. Por favor, déjame dormir contigo y con papá esta noche.

Elinor se llevó a su hija a la habitación delantera, tiró del pomo de la puerta del armario y constató que, efectivamente, seguía cerrada.

—¿Quién la ha vuelto a cerrar? —exclamó Frances mirando la puerta, paralizada una vez más por el terror.

—¡Nadie! —exclamó Elinor—. No ha estado abierta en ningún momento. Lo habrás soñado, querida.

—¡Que no!

—Nos estás preocupando mucho a Oscar y a mí con este asunto, Frances. No quiero oír nada más al respecto. Quiero que te metas en la cabeza que te vas a quedar en esta habitación hasta que Queenie esté lo bastante recuperada como para volver a su casa, ¿estamos?

—Sí, mamá —respondió Frances, desconsolada.

Esa noche, metieron a Frances sumariamente bajo las sábanas, le dieron un apresurado beso de buenas noches y la abandonaron sin más contemplaciones a la oscuridad de la habitación y a aquel armario traidor.

Durante las varias semanas que duró la convalecencia de Queenie, a Frances no le quedó más remedio que soportar su agonía nocturna en la habitación delantera. Alguna noche su terror disminuía un poco, y entonces pensaba: «Me estoy acostumbrando. En realidad nunca ha pasado nada». Pero a la noche siguiente volvía a atenazarla el miedo, y entonces se decía: «Solo está esperando a que baje la guardia». Elinor no quiso repetir el experimento de probar el pomo, y se limitaba a decirle: «Es una tontería, Frances, una completa tontería. Además, sabes que en ese armario no hay nada más que mi ropa, mis sombreros y mis zapatos». Durante el día la puerta permanecía siempre cerrada, el armario solo hacía de las suyas por la noche. Entonces, la puerta estaba unas veces cerrada y otras, abierta. Todas las noches, después de pasar un rato acostada sin hacerse ningún tipo de esperanza de poder conciliar el sueño, Frances se levantaba sin hacer ruido e iba a probar el pomo. Fuera cual fuera su predicción, cerrado o abierto, siempre se equivocaba. Con el paso de las semanas lo transformó en un juego: se plantaba delante de la puerta y trataba de adivinar si el pomo estaría cerrado o abierto, si giraría con suavidad o traquetearía entre sus dedos. No acertó ni una vez.

Se acostumbró incluso a aquel patrón desesperante y, en su mente, su valentía cuando intentaba abrir la puerta siempre parecía desactivar el peligro real del armario. Una vez demostrado su valor, podía dormir tranquilamente durante el resto de la noche.

Pero una noche se despertó de pronto, desvelada por el presentimiento de que pasaba algo horrible. La habitación estaba a oscuras y en la casa reinaba el silencio. Frances supo que todos los habitantes de la casa estaban durmiendo, todos menos ella. Sin pensarlo dos veces, se incorporó en la cama, apartó las almohadas y abrió las cortinas de la ventana principal. La habitación se volvió

menos oscura. De repente podía distinguir el contorno negro de la puerta del armario y vio el pomo de latón, que desprendía un tenue destello dorado. Ella misma había cerrado con llave la puerta del armario y estaba segura de que nadie había entrado en la habitación para arruinar su gesto de valentía. Pero si intentaba abrir la puerta, ¿seguiría cerrada?

Iba a tirar del pomo. Si la puerta permanecía cerrada, estaría a salvo y podría volver a dormir; si se abría, lo que hubiera ahí dentro saldría de un salto y la mataría.

Frances rezó su habitual —e ineficaz— plegaria y empezó a bajar de la cama.

Un rectángulo de luz, blanca azulada y fría, barrió de repente la puerta del armario. La luz era lo bastante brillante como para revelar los colores de los flecos de la alfombra. El lado izquierdo del rectángulo de luz empezó a ensancharse, mientras los otros tres costados seguían siendo unas franjas estrechas. Tras observar un instante aquel fenómeno como si se tratara de una simple progresión geométrica, Frances se dio cuenta de que lo que sucedía en realidad era que la puerta del armario se estaba abriendo lentamente.

El pasillo que dividía la planta superior de la casa de los Caskey era amplio, con una larga alfombra azul oscuro que cubría el suelo de parqué. En un extremo estaba la puerta con vidrieras que daba al estrecho porche sin mamparas de la parte delantera de la casa, y en el otro, el rellano y un ventanal a medio camino entre la planta baja y el primer piso, con vistas al patio trasero y al dique. Frances huyó corriendo por el pasillo; se moría de ganas de gritar. Las puertas de los demás dormitorios estaban cerradas y la niña apenas podía creer que sus padres estuvieran detrás de una de ellas y Queenie detrás de otra, y que Lucille y Malcolm durmieran tranquilamente detrás de la tercera. Agarró la bola de la barandilla en lo alto de la escalera y se giró para mirar hacia el pasillo. Una luz blanca que no se parecía en nada a la luz del sol, ni a la de una lámpara, ni a la de la luna, proyectaba ahora un rectángulo —muy parecido al que había iluminado la puerta del armario— alrededor de la puerta de la habitación delantera, que Frances había cerrado a sus espaldas. Para que brillara con tanta fuerza, aquella luz blanca azulada tan poco natural tenía que inundar la habitación. Frances estaba segura de que la puerta del armario estaba abierta de par en par y de que lo que fuera que había dentro del armario se había apoderado de la habitación delantera. Tal vez la estaba buscando debajo de la cama, tal como ella siempre hacía. Mientras Frances observaba, paralizada,

esperando a que la puerta del dormitorio se abriera igual que la del armario, la luz empezó a expandirse por el pasillo como una niebla. Ahora el brillo permitía a Frances distinguir los motivos del papel pintado y ver las líneas del parqué paralelas a las paredes.

Frances no se atrevió a molestar a sus padres. Estaba segura de que, en cuanto salieran al pasillo, aquel resplandor se disiparía y la mandarían de vuelta a la habitación delantera, como escarmiento por sus gritos y su miedo. Así pues, decidió bajar con Zaddie, que dormía en un cuartito junto a la cocina. Zaddie le daría una manta y Frances se enrollaría con ella y dormiría en el suelo, perfectamente satisfecha. Y entonces la luz del armario podría hacer lo que quisiera.

A Frances ni siquiera se le ocurrió pensar que lo que había en la habitación delantera pudiera representar un peligro para otra persona. Lo que se ocultaba en el armario, lo que hacía que la puerta se cerrara y se abriera, lo que producía aquella luz brumosa y que en aquel momento vagaba por la habitación delantera, no estaba interesado en nadie más que en Frances.

Bajó corriendo las escaleras y se detuvo en el rellano. Al otro lado del ventanal, la noche seguía siendo negra. Las encinas no eran más que enormes sombras amorfas, y Frances no alcanzaba a distinguir el dique. Se giró otra vez para mirar hacia atrás. La puerta de la habitación delantera se había abierto de par en par y la luz se derramaba por el pasillo, extinguiendo todos los colores. La cristalera de la puerta del porche filtraba la luz con tonos desvaídos.

Frances cerró los ojos y se agarró con fuerza a la barandilla, petrificada, y justo en ese momento el ventanal de la escalera que tenía a sus espaldas se hizo añicos con una gran explosión. Miles de fragmentos de cristal y astillas de madera estallaron sobre ella, y Frances ya no pudo contener los gritos.

6

El saco de arpillera

Elinor y Oscar se despertaron de inmediato por el ruido de la explosión y los gritos tanto de Frances como de Queenie. Elinor se incorporó en la cama y oyó un disparo; la ventana de su dormitorio se hizo añicos y un cuadro de la pared opuesta se estrelló contra el suelo. Alguien estaba disparando contra la casa desde el dique.

—¡Por el amor de Dios, Elinor, agáchate! —exclamó Oscar.

Pero Elinor no le prestó atención. Bajó de la cama de un salto y salió corriendo de la habitación, gritando:

—¡Frances! ¡Frances!

Sonaron más disparos. Elinor oyó cómo estallaban varias ventanas del primer piso. Cada vez que una bala impactaba en el lateral de la casa se oía un golpe sordo. Una ventana pareció romperse en algún lugar del interior de la casa y Elinor oyó el grito de Zaddie.

Queenie estaba en la puerta de su habitación, sujetándose débilmente al marco de la puerta. Tenía ya el pulgar sobre el interruptor y estaba a punto para encender la luz del pasillo.

—¡No! —gritó Elinor—. ¡No! ¡Es mejor que no vean dentro de la casa!

—¡Seguro que es Carl! —gritó Queenie, fuera de sí.

Una bala entró por la ventana rota de la escalera, pasó zumbando por el pasillo e hizo estallar tres cristales de la puerta del extremo opuesto.

—¿Mamá? —dijo Malcolm con tono vacilante. Él y Lucille estaban de pie en la puerta abierta de la habitación infantil, mirando los cristales rotos a sus pies.

—Meteos en vuestro cuarto —les indicó rápidamente Elinor—. Sentaos en el suelo y no os mováis.

Los niños dudaron un instante.

—¡Andando!

Lucille y Malcolm volvieron a su habitación y cerraron la puerta de golpe.

—Queenie, entra tú también y siéntate en la silla del rincón. No te levantes pase lo que pase.

—¡Es Carl! —repitió Queenie, gritando con desesperación—. ¡Quiere matarnos a todos!

Los disparos, que habían cesado brevemente, se reanudaron. Elinor se apoyó en el marco de la puerta de su dormitorio. Dos balas

se incrustaron en el techo del pasillo con un sonoro impacto.

—¡Frances! —llamó.

—¿Mamá?

La voz aterrorizada de la pequeña llegaba débilmente desde el piso de abajo.

—¿Dónde estás?

—¡Aquí, en las escaleras! ¡Me he cortado! ¡Me he cortado con el cristal!

—Frances, no enciendas ninguna luz. Y no intentes volver a subir.

—¡Señora Elinor!

—¿Zaddie?

—¡Sí, señora! —dijo Zaddie.

—Zaddie, no enciendas ninguna luz. ¿Puedes ver a Frances?

—Sí, señora.

—Zaddie, ven a buscarme —susurró Frances.

—Sube las escaleras y recógela —dijo Elinor—, y luego llévala al pasillo delantero. No te acerques a ninguna ventana.

—¿Quiere que llame a la policía, señora Elinor?

—No —respondió Elinor—, Oscar ya está llamando.

Oscar se acercó por detrás y puso su mano en el hombro de Elinor.

—No doy con el señor Key. ¿Estamos seguros de que es Carl?

—¿Quién más iba a disparar contra nuestra casa, Oscar?

—No lo sé, supongo que nadie. ¿Están todos lejos de las ventanas, Elinor? —susurró Oscar, como si Carl Strickland pudiera seguir el sonido de su voz a esa distancia.

—Lucille y Malcolm están en la habitación infantil. Están a salvo, al menos por ahora, porque están en la parte delantera de la casa. Queenie está sentada en la silla del rincón de la habitación de Frances. Algunos de los disparos han atravesado las mamparas y la ventana interior está rota, pero si se queda quieta no le pasará nada.

—¿Y dónde está Frances?

—Abajo, con Zaddie. Les he dicho que se sentaran en el pasillo. Frances se ha cortado cuando ha estallado el ventanal de la escalera.

—¿Se ha cortado mucho?

—No lo sé.

—Voy a llamar al doctor Benquith.

Oscar volvió a la sala, que no tenía ninguna ventana que diera a la parte trasera de la casa —desde donde estaba disparando aquel loco—, y llamó por teléfono a Leo Benquith. Al rato regresó a la puerta.

—Viene enseguida —dijo—. Le he dicho que tuviera cuidado y que...

Pero Elinor ya no estaba allí. Oscar la llamó con voz frenética.

—¡Shhh! —le chistó ella desde el rellano.

Avanzaba a gatas con cautela por el suelo cubierto de cristales rotos. En cuanto hubo dejado atrás el peligro del ventanal roto de la escalera, Elinor se levantó y bajó las escaleras. Los cristales crujieron bajo sus pies.

—Voy a ver cómo está Frances, Oscar.Tú quédate ahí arriba y asegúrate de que Queenie y los niños no se muevan de donde están.

—¡Elinor, no te vayas!

—¡Mamá! —exclamó Frances. A pesar de las astillas y los fragmentos de cristal, Elinor se sentó en el último escalón y tendió los brazos hacia su hija, que se abalanzó hacia ella.

—Frances, ¿te ha entrado algo en los ojos? ¿Me ves?

Resonaron más disparos y crujidos de madera astillándose.

—Está apuntando a la celosía —dijo Zaddie en voz baja.

—¡Mamá, estoy sangrando!

—Vale, pero ¿me ves bien? ¿Por ambos ojos?

—Sí, mamá.

—Muy bien —dijo Elinor, que le dio un beso y la apartó—. Abrázate a Zaddie, ¿me oyes? No la sueltes. Y tú, Zaddie, quédate aquí abajo. Quien sea que está disparando sigue en el dique, pero ha roto todas las ventanas de la parte trasera y en cualquier momento puede empezar a rodear la casa por un lado o por el otro. Si lo hace, quiero que tú y Frances os metáis en la despensa y cerréis la puerta, ¿me oyes?

Hubo otro disparo, pero esta vez sonó dentro de la casa.

—¡Mamá!

—¡Shhh! Es tu padre disparando a Carl por la ventana. El problema es que no creo que papá le diera a alguien ni aunque lo tuviera justo delante sujetando el cañón...

Elinor se levantó y se dirigió rápidamente a la puerta principal, pero en cuanto puso la mano sobre el pomo, Frances le preguntó con voz angustiada:

—¿Adónde vas, mamá?

—¡Shhh! —chistó Zaddie, agarrándola por la cintura para evitar que fuera tras su madre—. Señora Elinor, ¿va a encargarse usted?

—Lo voy a intentar, Zaddie —dijo Elinor, y salió. La puerta se cerró tras ella, y Zaddie y Frances se quedaron abrazadas en medio de los cristales rotos, la oscuridad, la confusión y el miedo.

Carl Strickland estaba tranquilamente sentado en el caminito que bordeaba la parte superior del dique, detrás de la casa de Oscar

Caskey. Llevaba dos rifles, una escopeta de dos cañones, una caja de munición del calibre 22 y una caja de cartuchos para la escopeta. En un momento dado lo había sobresaltado una luz blanca azulada que inundaba los pasillos del piso superior de la casa de los Caskey, pero la luz en cuestión le había permitido hacer añicos el ventanal de la escalera en la parte trasera. La luz se había extinguido de inmediato y Carl se había llevado una decepción al ver que no se encendía ninguna otra. Pero había oído gritos y lo complacía pensar que por lo menos había asustado a la familia, aunque no hubiera tenido la suerte de matar a nadie. Carl esperaba que el sheriffllegara en cualquier momento, pero de momento no había ido nadie. No había previsto disponer de tanto tiempo y, en vista de la pasividad de los habitantes de la casa para defenderse, empezó a preguntarse si no debería bajar del dique, bordear la casa y disparar a través de las ventanas laterales. Sabía en qué habitación estaba Queenie por sus característicos gritos y, por si acaso, había disparado otra vez a través del porche del primer piso y había esbozado una sonrisa al oír más cristales romperse en el interior. Esa era la habitación de Queenie. Imaginó la bala enterrándose entre en los pliegues de las abundantes carnes de su esposa.

Había visto una ráfaga de fuego procedente de otra de las ventanas del primer piso, pero la bala ni siquiera lo había rozado. Debía de ser Oscar Caskey, pensó Carl, que devolvió los disparos con mucha más precisión.

Pero en la casa también tenían armas, consideró Carl, de modo que tal vez era el momento de salir de allí. Ya tendría otras oportunidades.

Disparó dos veces más contra la casa, para vaciar las armas cargadas. Entonces metió las armas en un saco de arpillera junto con la munición, se levantó, se sacudió el polvo y se escabulló por el otro lado del dique, aprovechando el peso del saco para frenar y mantener el equilibrio.

Oyó un coche a lo lejos. «La policía», pensó, y metió el saco en la barca con la que había cruzado desde la orilla opuesta. Empujó el bote hacia el agua hasta que este flotó, y entonces se subió procurando mantener la embarcación estable.

Al levantar los remos le sobresaltó un leve chapoteo río arriba, aunque podría tratarse de cualquier cosa. Escrutó la oscuridad, pero no vio nada. Empezó a remar rápidamente río a través, pero a pesar de su empeño no logró evitar que la corriente arrastrara la barca en un ángulo pronunciado río abajo. La orilla norte del Perdido, que no estaba protegida por ningún dique, era blanda y pantanosa. Más allá

había una vasta arboleda de robles centenarios donde había escondido el automóvil que había recibido de James Caskey a cambio de su hijo menor.

No había luna y el cielo estaba nublado. El Perdido fluía silencioso, rápido e implacable en dirección al remolino de la confluencia, varios cientos de metros corriente abajo.

Carl salió del bote con cuidado. Al poner el pie izquierdo en la orilla, este se le hundió en el barro, que le cubrió el zapato. Lo levantó con una expresión de asco y se dirigió hacia un terreno más firme, arrastrando la barca tras de sí. Los robles siemprevivos de aquel soto eran algunos de los árboles más grandes de toda Alabama, y muy probablemente también de los más antiguos. En un área de entre una y dos hectáreas, varias decenas de aquellos árboles —que no perdían sus hojas coriáceas en todo el invierno— se erguían como cúpulas negras, con unas ramas inferiores tan macizas que sus extremos se arrastraban por el suelo. Cada árbol formaba un dosel cerrado, sombrillas vivientes engalanadas con musgo español bajo las cuales no crecía la hierba ni se refugiaba ningún animal y donde la oscuridad era cerrada aun durante las noches de luna. Incluso los niños que montaban en bicicleta sobre los túmulos indios sin ningún temor ni escrúpulo se negaban a jugar allí. Los robles y la arboleda eran majestuosos pero desagradables, parecían concebidos como un monumento a alguien que había estado allí mucho antes que los indios, los españoles, los franceses, los ingleses y los americanos, quienes, sucesivamente, habían considerado la arboleda como propia.

El plan de Carl era esconder la barca debajo de uno de aquellos doseles, donde estaba bastante seguro de que no la encontraría nadie. Todavía no había terminado ni con los Caskey ni con su mujer.

Descargó el saco de arpillera del bote y lo dejó cuidadosamente en el suelo, en un pequeño claro entre dos árboles cercanos a la orilla. Luego arrastró la barca hasta el roble más cercano, atravesó de espaldas la cortina de ramas y se adentró en aquel lóbrego espacio. No se veía nada. Cuando una hebra de musgo le tocó la cara se le escapó un gritó ahogado. Dejó caer la barca bruscamente cerca del enorme tronco del roble y, con los brazos extendidos, regresó a tientas sobre sus propios pasos. El viento susurraba entre las ramas y otra hebra de musgo le cubrió la cara, como una red que cayera sobre un animal acechador. Alargó la mano para apartarlo, pero los dedos se le enredaron en la fronda y la arrancó de la rama con gesto impaciente.

Sus manos se toparon con una rama que no había visto. En cuanto saliera de debajo de aquel dosel, la oscuridad de la noche le parecería luminosa en comparación con aquella negrura inescrutable.

Avanzaba con cautela, tratando de no golpearse la cabeza ni enzarzarse en las ramas de los árboles, cuando un crujido más allá del perímetro del árbol lo detuvo en seco. Supo al instante que alguien estaba recogiendo sus armas. Un sonido de maderas rotas y otro estrépito más prolongado le indicaron que alguien había abierto su caja de municiones y había dispersado su contenido.

—¡Eh! —exclamó Carl, aunque su voz no sonó ni tan potente ni tan agresiva como habría querido. Atravesó rápidamente la cortina de ramas y salió de nuevo a cielo abierto.

En el claro donde había dejado el saco de arpillera había una mujer vestida con un camisón blanco que relucía, empapado con el agua del río. De espaldas a Carl, recogió uno de los rifles y lo arrojó sin esfuerzo al Perdido. Carl echó a correr hacia ella, pero la mujer recogió las otras dos armas y, sin prisa alguna, las arrojó también al agua. Entonces se volvió y se situó frente a Carl.

Era Elinor Caskey.

—Queenie sabía que eras tú quien estaba disparando desde el dique.

Carl se abalanzó hacia ella con una mano levantada para golpearla, pero ella se lo quitó de encima con el brazo, como si nada.

La fuerza de aquel golpe lo hizo caer al suelo.

Carl se quedó mirando a Elinor con incredulidad. Apenas podía distinguir los rasgos de su rostro en la oscuridad, pero su ceñido camisón seguía brillando.

—Mis armas… —balbució Carl.

—Necesitaba el saco de arpillera —dijo Elinor.

Carl se levantó de inmediato y la rodeó, inseguro. ¿De verdad lo había golpeado con tanta fuerza como para tirarlo al suelo, o simplemente había perdido el equilibrio y se había caído solo? Se detuvo detrás de ella.

—¿Para qué? —preguntó.

La mujer se giró y en su fugaz perfil él creyó percibir una pequeña sonrisa.

—Ah —dijo Elinor—, para ti, Carl.

La golpeó en el vientre con todas sus fuerzas, pero lo que se encontró no era carne, sino algo más dúctil y resistente. Elinor pareció erguirse aún más tras el golpe. Levantó un brazo y algo (que no era una mano) agarró el hombro de Carl.

Una presión súbita e implacable empujó a Carl hacia el suelo. Toda la fuerza cayó sobre un hombro, de modo que ese lado del cuerpo de Carl se comprimió al instante. La clavícula fue lo primero que cedió, y a continuación las costillas se astillaron por la presión.

Los fragmentos de hueso le perforaron el pulmón y le seccionaron una arteria. El fémur se le clavó en la pelvis y la rótula se hizo añicos contra el suelo. La presión le destrozó la espinilla y el pie.

Carl soltó un grito, pero este quedó ahogado por la sangre que le llenó el pulmón.

Un lado de su cuerpo seguía entero, pero el otro había quedado comprimido a un tercio del espacio que ocupaba antes.

Con un gesto similar, Elinor puso aquella extremidad que no era un brazo sobre el otro hombro de Carl y lo aplastó sin contemplaciones contra el suelo.

Carl la miraba con la cara desorbitada. Tenía el cuerpo destrozado, casi todos los huesos dislocados, los ligamentos rotos y los órganos desplazados. La columna vertebral seguía intacta, pero eso solo sirvió para que el cuerpo se le curvara como si fuera una bola. Era la mitad de alto que antes. Intentó enderezarse instintivamente y ponerse de pie, pero su cuerpo, por supuesto, no le obedeció. Apenas logró estirar un poco el cuello hacia arriba y levantar el maltrecho mentón en el aire nocturno.

De repente Elinor se dejó caer ante él, pero sus movimientos no fueron los de una mujer poniéndose en cuclillas o de rodillas, sino los de otro tipo de criatura. Carl oyó cómo el vestido de Elinor se rasgaba por una decena de sitios, como si de repente no pudiera contener el cuerpo que cubría. Tenía la cara de la mujer a medio metro de la suya, y en la oscuridad vio que su rostro se había vuelto más ancho, plano y redondeado; tenía unos ojos enormes y saltones, y una boca monstruosa y sin labios de la que salía un siseo húmedo, con una sonrisa que no tenía nada de humana.

La mujer volvió a levantar los brazos, y Carl jadeó y se estremeció ante el golpe que estaba seguro de que iba a matarlo. Pero el golpe no llegó, solo la oscuridad y un olor abrumador a arpillera.

Le estaba cubriendo el cuerpo con el saco.

Carl rezó para que llegara la muerte, pero esta no llegó. Y tampoco perdió la conciencia. Aunque su cuerpo de cuello para abajo era una explosión de dolor continua, su cabeza conservaba una claridad inmisericorde.

El dolor, se dijo, no habría sido peor ni en mil muertes, ni en mil años de infierno.

Pero Carl se equivocaba. El dolor empeoró de pronto cuando Elinor lo levantó en el aire, dentro del saco de arpillera, y lo empezó a trasladar boca abajo a otro sitio. El saco no se arrastraba por el suelo ni golpeaba contra las rodillas de Elinor, de modo que esta debía de estar cargando con él con una sola mano y a bastante distancia de su

cuerpo. Pero ¿qué mujer (o qué hombre) tenía tanta fuerza? El cerebro de Carl se llenó de sangre. Sus miembros rotos se amontonaron alrededor de su cabeza dentro del saco de arpillera hasta sofocarlo. Los fragmentos de su brazo izquierdo lo asfixiaban. Carl Strickland había sido un hombre corpulento, pero ahora estaba metido en un saco en el que no habría cabido ni su propia hija.

Y, sin embargo, aquella confusión de miembros rotos que lo embozaban no lo asfixió lo bastante rápido, y mantuvo la conciencia el tiempo suficiente como para darse cuenta de que lo llevaban al río. Elinor se adentró en el agua. Carl percibió en la parte superior de la cabeza cómo el agua del río iba impregnando la arpillera. Luego sintió con más fuerza cómo la corriente del río le apretaba la tela contra el oído. El olor a humedad, cada vez más intenso, fue invadiendo los confines del saco, y Carl notó el sabor a barro del Perdido cuando el agua empezó a llenar el saco y a metérsele en la boca.

No fueron las arterias seccionadas, ni los pulmones perforados, ni los órganos aplastados, ni los huesos quebrantados lo que mató al marido de Queenie. Carl Strickland murió ahogado en el agua del Perdido.

7

La conciencia de los Caskey

La noche en que Carl Strickland disparó indiscriminadamente contra la casa de Oscar Caskey, el sheriffde Perdido estaba tomando una copa con unos amigos al otro lado de la frontera del estado, en Florida. Para cuando Charley Key regresó a Perdido y se enteró del arrebato de Carl Strickland, los Caskey habían empezado ya a evaluar los daños. Key entró en la casa, silbó y se volvió hacia Oscar:

—¿El señor Strickland hizo todo esto? —preguntó—. ¿Está seguro?

—Sí —respondió Oscar en tono sombrío.

—¿Sigue ahí fuera?

—No, se ha ido.

—¿Cómo lo sabe con seguridad?

Zaddie estaba en las escaleras barriendo los cristales y las astillas, peldaño a peldaño. Elinor salió de la cocina con su hija en brazos. Frances, pálida y ausente, llevaba las manos vendadas y se aferraba con fuerza al cuello de su madre.

—Lo sé con seguridad porque Elinor ha salido por la puerta delantera y se ha acercado a hurtadillas hasta el dique —dijo Oscar.

—He visto cómo cogía todas sus armas, trepaba por el dique y se subía a una barca —añadió Elinor en un tono que revelaba sus pocas simpatías hacia el sheriff—. Pero debía de estar borracho, porque la barca ha volcado.

—¡Señorita Caskey, ha sido una temeridad salir ahí fuera! ¡Después de lo que el señor Strickland ha hecho aquí! ¡Podría haberle disparado! —exclamó el sheriffKey.

—Me he llevado una pistola —dijo Elinor con frialdad—. Además, no hemos visto que la autoridad tuviera mucha prisa por venir a protegernos. Oscar estaba disparando a Carl desde la ventana de nuestro dormitorio y yo he salido para sorprenderlo por la espalda.

—¿Y ha llegado a dispararle?

—No ha sido necesario, el río ya se ha encargado de él. Sheriff—añadió Elinor, enfatizando irónicamente el cargo—, Oscar y yo le agradecemos que se haya pasado por aquí, y celebramos que haya esperado a que se terminara el jaleo, antes no habríamos tenido mucha ocasión de hablar, pero ahora ¿podría disculparnos, por favor? Tengo que terminar de vendar a mi pequeña.

—Vamos a dragar el río —aseguró Charley Key con tono grave—.

¡Vamos a encargarnos de Carl Strickland!

—Charley, eso es exactamente lo que te pedí que hicieras hace unas semanas —le recordó Oscar—, pero preferiste ignorarme; no querías hacerme ningún favor. Pues bien, ahora mismo Queenie Strickland está arriba llorando en su dormitorio, aún magullada y amoratada, mi pequeña está llena de heridas por culpa de los cristales, nuestra casa tiene todas las ventanas hechas añicos y Carl Strickland está dando vueltas en la confluencia. ¿Por qué no te vas a tu casa y duermes un poco?

Zaddie barrió un montón de astillas de madera y cristales rotos entre los balaustres, y los restos cayeron al pasillo del piso de abajo con un tintineo y una nube de polvo.

Esa noche Frances se negó a volver a la habitación delantera. Elinor ya iba a insistir cuando Zaddie intercedió por la niña.

—Señora Elinor, todavía está asustada. Déjela dormir conmigo.

—¡Pero si duermes en un catre estrechísimo, Zaddie!

—¡No me importa, mamá! —gritó Frances, desesperada, y su madre accedió a regañadientes a que pasara la noche en el cuartito adyacente a la cocina, aunque insistió en que aquella indulgencia se debía únicamente al ataque de Carl Strickland.

Hacia el amanecer, cuando la casa ya había recuperado el silencio y los niños dormían, Elinor y Oscar seguían despiertos en la cama. Una brisa procedente del río (con olor a agua y a la arcilla roja del dique) entraba por las ventanas que habían quedado destrozadas por los disparos de Carl Strickland.

—¿No puedes dormir, Oscar?

—No, no puedo.

—¿Por las emociones?

—Sí, en parte. Pero estaba pensando, Elinor.

—¿En qué pensabas?

—En que lo que le has dicho al bobo de Charley Key era mentira.

—Pues claro que era mentira —respondió Elinor sin pensarlo—. ¿Crees que voy a malgastar la verdad con ese papanatas?

—¿Qué ha pasado ahí fuera contigo y con Carl?

Elinor no respondió de forma inmediata. Se dio la vuelta en la cama y puso un brazo sobre el pecho de Oscar.

—¿Tú qué crees que ha pasado, Oscar?

Este se quedó en silencio unos segundos. El amanecer iluminaba tenuemente la habitación.

—No lo sé —dijo finalmente Oscar—. Pero lo que le has contado a Charley Key ha sido una mentira: no te has llevado ninguna pistola.

Has vuelto a casa con el camisón empapado de agua del río y los pies cubiertos de barro del Perdido. Me he dado cuenta de que habías estado en el agua, porque al entrar en la casa has traído el olor a río. No sé cómo podrás volver a ponerte ese camisón...

Elinor se acurrucó junto a Oscar, lo rodeó con el brazo y colocó un pie encima de los de él.

—Carl está muerto —dijo en voz baja—. Lo vi ahogarse.

—Te creo —respondió Oscar, que se quedó mirando el techo. Tenía los brazos cruzados en la nuca, sobre la almohada—. Ojalá le hubiera volado la tapa de los sesos cuando le he disparado desde esa ventana —añadió—. Eso es lo que me habría gustado. Estaba disparando contra nuestra casa, podría haberle dado a Frances, a ti, a Queenie, a cualquiera de nosotros. Si hubiera podido acercarme lo suficiente le habría arrancado la cabeza. ¿Elinor?

—¿Qué?

—¿Has sido tú quien ha provocado la muerte de Carl Strickland?

Elinor le pasó el pulgar por el cuello.

—Sí.

—Ya me lo imaginaba —dijo Oscar, con voz grave y triste—. ¿Cómo lo has hecho? ¿Cómo has logrado acercarte a él sin que te disparara?

Elinor pasó una pierna por encima de las de Oscar y metió el pie bajo los tobillos de él, enroscándose con fuerza alrededor de su cuerpo.

—¿Te vas a enfadar si te lo cuento? —preguntó ella.

—No, qué va —dijo él en voz baja—. Ya te he dicho que lo habría hecho yo mismo si hubiera podido.

—Estaba oscuro —dijo Elinor. Tenía la cabeza junto a la de él, sobre la almohada, y le hablaba suavemente al oído—. No me ha visto. Me he acercado nadando bajo el agua y he volcado su bote cuando iba a cruzar.

—¿Se ha enfrentado contigo?

—No, ni siquiera se ha dado cuenta de que había sido yo —dijo Elinor.

—¿Querías matarlo?

—En realidad no —dijo Elinor—. Solo quería que se le mojaran las armas para que se estropearan. Pero en cuanto se ha visto en el agua le ha entrado el pánico. Lo he visto bracear y luego he visto cómo se ahogaba.

—¿Has intentado salvarlo?

—No —dijo Elinor—. No puedo decir que lo haya hecho. ¿Estás disgustado? ¿Crees que debería haberlo intentado?

—No, no —suspiró Oscar—. Creo que has actuado bien. Solo desearía que no te hubieras visto en esa situación. ¿Va a pesar en tu conciencia?

—No lo creo —respondió Elinor.

—Bien —dijo Oscar—, porque no debería. Carl se lo ha buscado. Si no lo hubieras hecho, tarde o temprano Carl habría vuelto y habría matado a alguien; a Queenie, probablemente. Su verdadero objetivo era ella. Nunca entenderé cómo hay gente que se empareja tan mal. Pobre Queenie, seguramente se alegre de saber que Carl ya no está, aunque no creo que debamos decirle que lo has matado tú.

—Oscar, ¿te he decepcionado? A algunos maridos les parecería mal que sus esposas salieron por la noche y se dedicaran a matar a gente...

Oscar soltó una pequeña carcajada.

—No es mi caso. A menos que se convierta en un hábito, claro.

—Pero te veo un poco molesto.

—Lo estoy —admitió Oscar—. Debería haber sido yo quien saliera a matarlo, no tú. Eso debería pesar sobre mi conciencia.

—¿Y cómo lo habrías hecho? —se rio Elinor—. Oscar, sabes tan bien como yo que no le darías al dique con el rifle aunque estuvieras a cinco metros de distancia. Y sabes también que jamás te habrías metido en el Perdido en plena la noche. Tenía que hacerlo yo.

—Supongo. Pero escucha, Elinor: si tiene que haber más asesinatos en esta familia, deja que a partir de ahora sea yo quien se encargue, ¿me oyes? Y ahora, ¿estás lista para intentar dormir un poco?

—Aún no —susurró ella.

Elinor se había bañado y se había puesto un camisón limpio, pero aquel amanecer que siguió a la muerte de Carl Strickland, Oscar descubrió que el olor del río seguía impregnando el pelo de su mujer y sus miembros enroscados alrededor de su cuerpo.

A la mañana siguiente, bien temprano, Bray y Oscar llevaron a Queenie Strickland en una silla plegable hasta la cima del dique. Elinor la acompañó con una sombrilla para protegerla del sol, y la familia al completo, incluidos Zaddie, Frances y los hijos de Queenie, se prepararon para asistir a las operaciones de dragado.

Durante la primera media hora la policía estatal recuperó los tres rifles, que fueron identificados por Queenie y por Malcolm, pero los restos de Carl no aparecieron.

—Lo siento mucho, Queenie —dijo James, que se había unido al grupo en el dique y se había colocado junto a su cuñada, con actitud

compasiva.

—¿Por qué? ¿Por qué, James? —gritó Queenie—. ¿Tú has visto lo que me hizo ese hombre? ¿Sabes que es posible que cojee durante el resto de mi vida? ¿Que tal vez me quede ciega de un ojo? Carl Strickland rompió todas las ventanas de la casa de Elinor y Oscar. Fue un milagro que no muriera nadie. ¿Tú has visto los cortes que tiene Frances en la cara?

Queenie, que sostenía el paraguas sobre su cabeza, lo hizo girar por la agitación.

A lo largo de la mañana, casi todos los habitantes de Perdido subieron al dique y se acercaron hasta donde Queenie estaba sentada para observar a la patrulla de tráfico y al sheriffKey en sus botes, en el agua. Todos sabían que dragar el río sería una operación inútil: la corriente era demasiado rápida y la confluencia, un torbellino inexorable del que casi nunca se recuperaban los cuerpos. Pero Carl Strickland era un criminal y las autoridades habían decidido que lo más sensato era tratar de probar su muerte.

MaryLove hizo una breve aparición, con Miriam de la mano.

—Queenie —dijo—, ¿por qué trajiste a ese hombre al pueblo? ¿Por qué no lo dejaste en Nashville? ¡Mira que dedicarse a pegar tiros por la noche! Podía haber fallado y darle a mi preciosa Miriam, en la casa de al lado.

—¡Los tiros me han despertado! —protestó Miriam en un paréntesis petulante.

—MaryLove, te prometo que no era mi intención que viniera aquí...

—Espero que lo encuentren, así podremos estar seguros de que nunca más volverá a molestarnos. ¡Después de que tu marido empezara a disparar, Miriam y yo no hemos podido pegar ojo! El eco aún me retumbaba en los oídos.

—Yo también espero que lo encuentren —dijo Queenie, que se metió la mano en el bolsillo del vestido y sacó las dos monedas de plata—. MaryLove, quiero ver a ese hombre tendido en la orilla del río. Entonces bajaré por la ladera del dique. Mira, tengo estas dos monedas, una para cada ojo de Carl Strickland...

Nunca recuperaron el cuerpo de Carl Strickland y nadie dudó de que se había ahogado. Encontraron su automóvil aparcado en el robledal y sus armas en el lecho del río, y varios fragmentos de su bote aparecieron en la ladera del dique más allá de la confluencia, arrastrados por la corriente. En la escuela, Malcolm contó con orgullo cómo su padre había intentado asesinarlos a todos.

—¡Me apuntó a la cabeza, pero me agaché! No iba a dejar que me

disparara...

Lucille fingió estar muy triste para así no tener que participar en actividades que no le interesaban.

El tercer día, las tareas de dragado quedaron reducidas a la mínima expresión: un único policía con un gancho metálico al que Bray guiaba lentamente por el río en su bote.

—¿Qué crees que debo hacer con estas monedas, Ivey? —le dijo Queenie desde lo alto del dique a Ivey Sapp, que le había llevado una jarra de té helado—. ¿Debería guardarlos?

—El señor Carl no va a volver, señora Queenie.

—¿Seguro?

—Nunca van a encontrarlo.

—¡Ojalá pudiera estar segura!

—Señora Queenie, levántese y tire esas monedas al río. Así sus huesos no saldrán nunca a flote.

Con la ayuda de Ivey, Queenie se levantó de la silla y arrojó las monedas al agua, roja y turbia.

8

La prueba

A ojos de los habitantes de Perdido, los dos intentos de Carl Strickland de asesinar a su esposa eclipsaron la acumulación de catástrofes en Wall Street. El mercado de valores se había desplomado, pero, aparte de los dueños de los aserraderos, ¿quién tenía dinero en Perdido para esas cosas? Así pues, nadie en el pueblo prestaba demasiada atención a la bolsa, pero en cambio todo el mundo contuvo el aliento para ver qué sería de Queenie Strickland. Pero esta volvió a su trabajo en el aserradero y abrió de par en par las puertas de su casa, que ya nunca cerraba con llave; llevaba a su Malcolm y a Lucille al Ritz cada vez que cambiaban la cartelera, y parecía divertirse como una niña a la que hubieran dado vacaciones una semana antes de la cuenta.

La recuperación de Queenie fue rápida. Al día siguiente de certificar la muerte de su marido arrojando las dos monedas al agua, regresó a su propia casa. Fue un cambio de lo más oportuno, pues cuando Frances despertó en la cama de Zaddie al día siguiente de que Carl hubiera disparado contra la casa, resultó que sufría una especie de parálisis en las manos y en los pies (poco común en una niña de siete años) que el doctor Benquith diagnosticó como artritis incipiente. Frances no fue a la escuela en un mes, durante el cual su madre la cuidó día y noche sin protestar. Queenie estaba segura de que aquella dolencia era consecuencia del ataque de Carl. La mayoría de los habitantes de Perdido coincidían con ella, a pesar de que el doctor Benquith aseguraba que la artritis no aparecía simplemente por una experiencia traumática.

Pasado más de un año, la felicidad de Queenie era tan evidente para los residentes de Perdido como antes lo habían sido sus preocupaciones. Pero la crisis monetaria y de confianza en Nueva York había empezado ya a tener repercusiones en Perdido. Nadie, ni siquiera los Caskey, siempre tan previsores, había anticipado el alcance y la gravedad de las consecuencias.

El banco cerró durante la semana de Navidad de 1930. Todos los hombres y mujeres blancos del pueblo perdieron dinero.

Aunque la demanda de madera y de sus productos derivados había disminuido, los aserraderos seguían operativos. No hubo despidos, pero algunos días no había suficiente trabajo para repartir entre los operarios, y a menudo el negocio maderero aparentaba poco

más que un acto de caridad por parte de los Turk y los Caskey.

Perdido parecía menos afectado que muchas partes del país, aunque tal vez solo fuera una apariencia; al fin y al cabo, Perdido era un pueblo acostumbrado a las penurias. La prosperidad de los años veinte apenas se había dejado sentir en la Alabama rural, y cuando esta dio media vuelta y se esfumó del resto del país con un agitar de faldas, Perdido había disfrutado tan poco de su compañía que apenas la echó de menos. Las privaciones de la guerra civil parecían recientes, y en Baptist Bottom vivían aún hombres y mujeres negros que habían nacido esclavos. Tanto MaryLove Caskey como Manda Turk habían nacido durante la humillante época de privaciones de la Reconstrucción. Pero lo cierto era que, de repente, había menos para todos. La tienda de artículos de fantasía de Grady Henderson quedó reducida a una simple tienda de comestibles, y Leo Benquith canjeaba sus servicios como médico a cambio de pollos, lomos de cerdo y sacos de guisantes desgranados. La escuela registró una mayor incidencia de tiña y raquitismo. El precio de la comida pasable se disparó por encima de las posibilidades de las familias más pobres. Varias tiendas del centro del pueblo cerraron, y el Hotel Osceola habría cerrado también si Henry y Oscar no hubieran prestado a los Moye el dinero suficiente para mantenerlo en funcionamiento. Los aserraderos necesitaban el Osceola para poder alojar a los pocos compradores que llegaban del Norte, todavía más castigado. Las colectas de las iglesias fueron más escasas que en años anteriores, aunque la asistencia de feligreses aumentó. Tal vez por esa misma razón, el Ritz se llenaba casi cada noche, el balcón de la gente de color incluido.

A pesar de todo, los Caskey seguían siendo solventes. La diversificación productiva impulsada por Oscar aseguró que una parte de la empresa siguiera siendo rentable. Casualmente, el dinero de MaryLove se había invertido en valores que no se vieron tan afectados por la Depresión. Eso sí, los viajes a Mobile y Birmingham para comprar manteles y vestidos nuevos se terminaron. MaryLove usaba vestidos viejos o encargaba a la estirada señora Daughtry que le hiciera nuevos. Y Oscar se pasaba todo el día en el aserradero, donde de todos modos no tenía gran cosa que hacer.

James Caskey corrió peor suerte que MaryLove. La mayoría de sus acciones habían perdido gran parte del valor, cuando no su valor al completo, y la empresa apenas le daba rendimiento. Y, sin embargo, a pesar de las desacostumbradas penurias económicas, volvía a ser feliz. A sus sesenta años, aquel ritmo más lento del aserradero, que funcionaba sin apenas intervención por su parte, le resultaba francamente placentero. Él y Queenie se habían hecho amigos de

verdad: almorzaban juntos todos los días en casa de él y pasaban las tardes charlando en la oficina. Por las noches, ya en casa, James se sentaba tranquilamente a escuchar la radio. A menudo Danjo se sentaba junto a él en el sofá, donde miraba libros y le pedía ayuda con las palabras difíciles. A James le bastaba con bien poco y le encantaba dispensar atenciones a quienes las necesitaban. Cuando Roxie iba a por comida, James se aseguraba de que comprara lo suficiente no solo para él y Danjo, sino también para el marido de la propia Roxie y sus cuatro hijos. Queenie recibía un aumento de sueldo casi todos los meses, que James abonaba en efectivo de su propio bolsillo. Cada semana, en Vanderbilt, las compañeras de Grace jadeaban de asombro cuando le llegaba otro fajo de billetes de cinco dólares en un sencillo sobre. James no hacía casi nada para sí mismo, y apenas era posible convencerlo para que se comprara un traje nuevo en Pascua. No adquirió más figuritas de porcelana ni espátulas de plata de ley, pues afirmaba —y no le faltaba razón— que su casa estaba ya llena de cosas.

Los únicos que tuvieron verdaderas dificultades fueron Oscar y Elinor. Oscar seguía endeudado por las tierras que le había comprado a Tom DeBordenave, y la reducción de la tala había provocado una disminución drástica de sus ingresos. El banco de Pensacola se quedaba con sus escasos beneficios, y Oscar y Elinor seguían viviendo ambos del sueldo de este.

Un día de la primavera de 1931, el banco reclamó el préstamo de Oscar. Esa tarde, sin decir una palabra a nadie, Oscar se dirigió a Pensacola y logró una reunión con el presidente del banco. Este le confesó que el banco también pasaba por un momento delicado, y que habían decidido reclamar el préstamo como medida para evitar una ejecución hipotecaria involuntaria. Sin embargo, teniendo en cuenta los numerosos negocios que los Caskey habían hecho con la institución a lo largo de los años, y tras una apresurada reunión, los administradores decidieron que bastaba con que Oscar aportara la mitad de la deuda pendiente.

Esa noche Oscar fue a visitar a su madre. En el dormitorio de MaryLove, y tras la puerta cerrada, Oscar le pidió que le prestara ciento once mil dólares para preservar su inversión, su bienestar económico, el honor del apellido Caskey y el futuro del aserradero. Pero su madre le negó la ayuda.

—Oscar, ya te dije que no compraras esas tierras.

—No es verdad, mamá —respondió Oscar sin alterarse—. Ni siquiera te enteraste hasta más tarde.

—Si hubieras tenido la cortesía de hablar conmigo de antemano,

te habría dicho que no lo hicieras. Me alegro de que el banco haya tomado esta decisión; no tienes por qué cargar con todas esas tierras.

—Mamá, las tierras tienen árboles. Hemos plantado cada hectárea con pino amarillo.

—Oscar —dijo MaryLove—, James y yo somos dueños de ochenta mil hectáreas de tierra en los condados de Escambia, Monroe y también en este. Cada una de esas ochenta mil hectáreas está plantada con pino amarillo, pino de hoja larga y pino avellano. ¿Y cuándo fue la última vez que recibimos un pedido de diez pies tablares de madera? ¿Fue anteayer o hace tres semanas? Por Dios, Oscar, ¡pero si no podemos ni talar lo que ya tenemos!

—Mamá, ¿me estás malinterpretando a propósito? —preguntó Oscar. Miró por la ventana de la habitación de su madre hacia su propia casa y vio a su mujer y a su hija en el columpio del porche dormitorio. Estaban sentadas bajo una lámpara con flecos rojos, y Elinor le estaba leyendo a Frances con una voz suave que Oscar oía como un murmullo.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que te estoy pidiendo que me prestes el dinero porque lo necesito yo, no por el bien del negocio. Esas tierras son lo único que tengo. Si las pierdo, no tendré nada.

—Tienes tu casa.

—No, mamá, la casa es tuya. Nunca me has entregado las escrituras —respondió Oscar con tristeza.

—Tienes tu trabajo en el aserradero.

—Sí, ya lo sé —dijo Oscar—. Me he matado trabajando allí, y cada centavo que he ganado ha terminado en tu bolsillo o en el de James... No me quejo, que conste: lo he hecho con gusto. Es el aserradero de los Caskey y yo soy un Caskey. Pero, mamá, me parece que podrías tener un gesto y compensarme por haberte hecho la vida tan fácil en estos tiempos tan difíciles.

—Yo no diría que ciento once mil dólares sean «un gesto».

—Mamá, tienes el dinero; sé que lo tienes. Lo sé porque soy yo quien lo ha ganado para ti. Yo escribí los cheques y lo deposité en tu cuenta de Mobile.

—No voy a malgastar mi dinero en un negocio fallido. Oscar, no necesitas esas tierras. Deshazte de ellas, deja que se las quede el banco. ¡Es que ni siquiera deberían haberte prestado el dinero! Me gustaría saber qué usaste como aval. ¿Les prometiste que les darías a Frances? ¿Como me diste a Miriam a mí a cambio de tu casa?

La crueldad de las palabras de su madre avergonzó a Oscar.

—Está bien, mamá —dijo con voz y rostro impasibles, y se

levantó.

—Deshazte de las tierras, no tienes por qué tener propiedades.

—Lo que tú digas, mamá.

Se quedó un momento mirándola, sentada en una mecedora junto a la ventana. Por encima del hombro de su madre podía ver a Elinor y a Frances bajo la tenue luz de la lámpara. Oía la voz de Elinor junto a la de su hija, mientras leían juntas el poema de un libro. El viento de la tarde era húmedo y fresco. Las ramas del enorme roble acuático crujieron. La mirada de su hijo inquietó a MaryLove Caskey.

—La única razón por la que haces esto es por Elinor —dijo ella—. Si no fuera por ella serías perfectamente feliz haciendo lo que siempre has hecho. Fue ella quien se empeñó en que te endeudaras con unas tierras que nunca te van a servir de nada.

—Mamá, ¿es eso lo que realmente piensas?

—Pues sí. Y es la verdad.

—¿Realmente odias tanto a Elinor?

—¡Shhh, que te va a oír!

—¿Odias a Elinor, mamá? ¿La odias tanto que me mandarías a mí a la quiebra con tal de herirla?

—No seas dramático, Oscar. ¿Crees que te dejaría morir de hambre?

—No —dijo Oscar—. Pero sí creo que te gustaría vernos a Elinor, a Frances y a mí arrodillados en tu escalera trasera, esperando a que Miriam nos trajese un plato de comida.

MaryLove se quedó en silencio durante un momento. Su hijo nunca le había hablado de aquella forma y, sin embargo, en su voz no había ni ira ni emoción.

—Oscar —añadió como si este no hubiera dicho nada—, todo esto te servirá como lección.

—¿La quiebra?

—Te va a enseñar que es mejor que no te metas en cosas que no entiendes.

Oscar soltó una breve carcajada desprovista de humor.

—Mamá, no voy a ir a la quiebra. Me voy a quedar con esas tierras.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que si tú no me ayudas, lo hará James.

—¡No, ni hablar!

—Mamá, James también firmó como avalista del préstamo. Si yo no puedo pagar, el banco le exigirá el dinero a él. Y sabes perfectamente que, si eso ocurre, James venderá todo lo que tiene para pagar. Será duro para él, y detesto hacerle pasar por eso, pero él

se encargará de abonar el préstamo. Y entonces le deberé el dinero a él en lugar de debérselo al banco.

—Por Dios, Oscar, si esto es verdad, ¿por qué demonios has acudido a mí?

—Porque eres mi madre y eres rica, y porque llevo toda la vida trabajando para ti. Eres rica gracias a mí, y ya era hora de que hicieras algo para ayudarme.

—Te ayudaré, Oscar. Te ayudaría con lo que hiciera falta.

—No, mamá —respondió él. Se acercó a la puerta, apoyó la espalda en ella e hizo girar el pomo—. No lo harías. Acabas de decir que no lo harías. Acabas de decir que preferirías mandarme a la quiebra antes que ayudarme, aunque con ello perjudicaras al aserradero, a James y a ti misma. Harías todo eso solo para fastidiar a Elinor y para fastidiarme a mí por haberme casado con ella.

—¡Todo esto era solo para ponerme a prueba, Oscar! No tenías ninguna intención de pedirme dinero, solo querías ver si cedía, ¡eso es todo! Qué bajeza por tu parte, qué poca...

—No, mamá —la interrumpió Oscar sacudiendo la cabeza, con voz mesurada a pesar de la expresión de enfado de su madre—. Esta vez te necesitaba de verdad. James ya me ayudó en su día y ahora quería que me ayudaras tú, pero no lo has hecho. Y eso me pone muy triste, mamá...

—¿Qué vas a hacer, Oscar? —preguntó MaryLove en voz baja y con desconfianza; era posible que la prueba no hubiera terminado todavía.

—Voy a pedirle el dinero prestado a James, ya te lo he dicho.

—¿Estás seguro de que lo tiene? ¿Estás seguro de que te lo dará?

—Sí —dijo Oscar—. Estoy seguro de que lo hará. Nadie ha ido a la quiebra. Saldré adelante y algún día le devolveré el dinero. El aserradero Caskey también saldrá adelante, y mamá, tú serás cada vez más rica. Y cuando te mueras, llenaremos tu ataúd con billetes de cien dólares, y te pondremos en el cementerio junto a Genevieve. Supongo que te lo pasarás como nunca, con Genevieve como compañía y todo ese dinero para mantenerte caliente.

Cuando su hijo se fue a casa, MaryLove se sentó en su habitación a oscuras y miró por la ventana. Vio a Oscar aparecer en el porche de la casa de al lado, lo vio besar a Elinor y coger a Frances en brazos. Y oyó el murmullo de su voz mientras le leía un cuento a su hija.

Al día siguiente, Luvadia Sapp llamó a la puerta de Elinor.

—Buenos días, Luvadia —dijo Elinor a modo de saludo—. ¿Necesitas algo?

—La señora MaryLove me ha dicho que le traiga esto —contestó Luvadia y le extendió un documento doblado con un sello rojo. Aquella mañana, en el despacho del secretario judicial, MaryLove había firmado el traspaso de la casa a Oscar y Elinor.

9

El nacimiento del río

Cuando su hijo había ido a pedirle un préstamo, MaryLove no había comprendido que algunos actos son imperdonables. Oscar tenía razón a medias cuando le había dicho que quería que se arruinara solo para fastidiar a Elinor; en realidad MaryLove también quería asegurarse de que su hijo siguiera dependiendo de ella para siempre. Si se hubiera dado cuenta de que James iba a prestarle el dinero a Oscar de todos modos —y debería haberlo hecho—, MaryLove no habría dudado ni un instante en ayudar a su hijo, una decisión que, de paso (y de eso también se dio cuenta más tarde), le habría permitido conservar su posición como cornucopia de los Caskey.

Pero cuando ella lo rechazó, Oscar acudió a James, que vendió una serie de bonos y le dio el dinero a Oscar sin una sola queja ni un reproche. La mitad de la deuda que Oscar tenía con el banco quedó saldada de inmediato, lo cual redujo de forma considerable su hipoteca mensual a cuenta del resto. De pronto Oscar y Elinor disponían de más recursos que hasta entonces. Era cierto que a la deuda del banco Oscar había sumado ahora la deuda con su tío, pero James se habría ido a la quiebra antes que incomodar a su sobrino exigiéndole la devolución de esa suma.

Oscar tenía la sensación de haber sido más astuto que su madre, pero aquella victoria no hizo que se mostrara más indulgente con ella. No le había contado a nadie que MaryLove se había negado a ayudarlo, pero ahora apenas le dirigía la palabra. Si ella lo esperaba en el porche de su casa y le hacía señas para que bajara del coche, él se limitaba a saludarla. «Hola, mamá; lo siento, pero ahora no puedo —le decía sin inmutarse—. Tengo que ir a casa, Elinor me reclama.» Si lo llamaba por teléfono, él respondía a sus preguntas con amabilidad, pero no añadía nada más, y siempre se despedía lo antes posible con alguna excusa claramente inventada. En la iglesia seguían sentándose en el mismo banco —los Caskey siempre se habían sentado juntos—, pero Oscar había dejado de asistir a la comida de los domingos por la tarde en casa de MaryLove. Después del servicio, él, Elinor y Frances adquirieron el hábito de ir a cenar al Hotel Palafox de Pensacola.

A MaryLove, el rechazo de Oscar le resultaba especialmente doloroso porque no era de dominio público, lo cual le impedía presentarse a sí misma como una mártir, víctima de la crueldad de su hijo. MaryLove sabía que este nunca había dicho una palabra contra

ella; le hablaba siempre con suma educación, pero la verdad era que no quería saber nada de su madre. Al final, MaryLove se dijo que tenía que hablar con Elinor. Una mañana, una hora antes de que Oscar volviera para comer, llamó a la puerta de la gran casa de al lado.

—No voy a quedarme —le aseguró MaryLove a su nuera—. Ni siquiera quiero entrar. Pero, Elinor, ¿puedes sentarte aquí afuera en el porche conmigo un minuto?

—Por supuesto —dijo Elinor, y las dos mujeres se sentaron frente a frente en sendas mecedoras. Al otro lado de la calle, frente a las casas de los Caskey, había una gran plantación de nogales pecanos cercada con una valla. Entre los árboles pastaban varias novillas Holstein, pero ninguna de esas vacas tenía un aspecto tan flemático e imperturbable como el de MaryLove Caskey y su nuera, sentadas en el porche y preparadas para la batalla.

—Elinor, tienes que hablar con Oscar.

—¿Sobre qué?

—Sobre cómo me trata.

Elinor le dirigió una mirada inexpresiva a su suegra.

—No entiendo —dijo.

—Sabes perfectamente de qué hablo —replicó MaryLove, molesta porque su sinceridad no se viera correspondida.

—No va a visitarla tan a menudo como antes —admitió Elinor—. En eso sí me he fijado.

—Pero te ha contado por qué, ¿no?

—No —respondió Elinor—. No me ha dicho ni una palabra.

—Bueno, ¿y tú no se lo has preguntado?

—Sea lo que sea, es un asunto entre usted y Oscar. No me parece que sea de mi incumbencia.

—Elinor, he venido a pedirte que me ayudes a arreglar las cosas. Me duele cómo me trata mi hijo; me avergüenza, por él. Y creo que deberías hablar con él al respecto.

—¿Qué quiere que le diga?

—Dile que la gente se ha dado cuenta de cómo me trata. Y que han empezado a criticarlo por ello. Dile que, si no tiene cuidado, el pueblo se le va a volver en contra por comportarse como lo hace conmigo. Y que debería esforzarse por que las cosas vuelvan a ser como antes.

—¿Y por qué iba a hacer eso? —preguntó Elinor en tono inocente —. Quiero decir, ¿qué razón debo darle?

—Porque, como ya he dicho, el pueblo está empezando a hablar.

—Entonces, ¿está diciendo que quiere que Oscar arregle las cosas por su propio bien, no por usted? Es decir, ¿que a usted no le importa

lo que haga o deje de hacer?

—¡No, no es eso lo que he dicho! —exclamó MaryLove—. ¡Sí me importa! Oscar me hace daño, me duele ver cómo me trata. Antes éramos tan felices... —suspiró.

—¡Yo no sé si diría tanto, señora MaryLove! Pero hablaré con Oscar, le transmitiré sus palabras y le diré que su forma de tratarla está perjudicando su reputación en el pueblo.

—¿Tú qué piensas de todo esto, Elinor?

—Creo que es un asunto entre usted y Oscar, y que no es asunto mío. Hablaré con él solo para hacerle un favor.

MaryLove Caskey detestaba que le hicieran favores y se devanó los sesos buscando una fórmula que hiciera que Elinor viera las cosas de otra manera, de modo que ella quedara libre de cualquier posible obligación para con su nuera.

—Sí, pero ¿a ti no te gustaría que Oscar y yo volviéramos a estar de buenas? Las cosas serían mucho más fáciles también para ti...

—Señora MaryLove, lo que ocurra entre usted y su hijo me trae sin cuidado. Oscar es un hombre adulto y puede hacer lo que quiera. De hecho, sospecho que al final va a hacer exactamente eso: lo que quiera.

—Elinor —dijo MaryLove, deteniendo el balancín y mirando fijamente a su nuera—, ¿estás segura de que no sabes de qué va todo esto?

—No tengo la menor idea.

—Elinor, puedes repetir lo mismo tantas veces como quieras, pero no sé si te creo.

—No tengo ninguna razón para mentirle, señora MaryLove. Hablaré con Oscar.

Y con esta promesa tan insatisfactoria, MaryLove se marchó.

Cuando Oscar llegó a casa para comer, Elinor le informó con diligencia de la visita, y le trasladó las súplicas y exhortaciones de su madre. Oscar la miró desde el otro lado de la mesa.

—Elinor, mamá me hizo algo que no sé si podré perdonarle nunca. Lo que sí sé es que aún no la he perdonado. Y no es que no quiera, porque sí quiero, pero de verdad que no puedo. Respóndele eso.

—Oscar, no voy a ser vuestra correveidile. Preferiría que se lo dijeras tú mismo.

—De acuerdo, supongo que sí, que tendré que hacerlo. Elinor, ¿te ha dicho mi madre de qué iba todo esto?

—No, no lo ha hecho.

—¿Y no sientes curiosidad?

—Si quieres contármelo, adelante. Pero si no me lo quieres contar, yo no voy a hacer preguntas.

—Bueno —dijo Oscar, tras una pausa—, supongo que lo mejor será que te lo cuente.

Oscar le relató a su esposa la negativa de MaryLove a prestarle dinero y todo su enfrentamiento. Esta no hizo ningún comentario.

—¿Qué te parece? —le preguntó finalmente su marido.

—Me parece increíble que aún hables con ella. Una cosa es que me odie, pero que esté dispuesta a perjudicarse a sí misma y a toda la familia es muy distinto.

Su marido asintió con pesar.

—Tarde o temprano tendrá que recoger sus tempestades —dijo con tristeza.

—¿Qué quieres decir?

—Mi madre lleva mucho tiempo sembrando vientos —explicó Oscar.

MaryLove interceptó a su hijo media hora más tarde, cuando salía de casa para volver al trabajo. Estaba sentada en el porche de su casa y se le acercó a toda prisa antes de que este tuviera tiempo de subir al coche.

—Oscar, ¿has hablado con Elinor?

—Sí, madre.

—¿Y bien? ¿Te ha contado que todo el pueblo habla de lo mal que me tratas?

Oscar puso la mano sobre el capó del coche.

—Mamá —dijo en voz baja—, no vas a cambiar nunca.

—¿Qué quieres decir?

—Que si dijeras «Oscar, tu forma de actuar me duele», te daría un pasmo. En lugar de eso, lo que dices es: «Oscar, a mí me da igual, pero te estás perjudicando a ti mismo». Siempre tienes que ser tú quien les va haciendo favores a los demás. Pues vale, mamá: si a ti no te duele, entonces no pasa nada. Vuelve a tu casa y déjame en paz.

Durante aquella época infeliz para MaryLove y Oscar, James Caskey y Danjo Strickland se llevaban maravillosamente bien. A sus siete años, Danjo se sentía seguro en su nueva situación: su padre estaba muerto y era poco probable que fuera a reclamarlo. Su madre parecía contentarse solo con ir a visitarlo, aunque lo hacía casi a diario. Hacía poco que James había comprado un coche, y Danjo no se había visto involucrado en la transacción. Grace volvía de Vanderbilt durante los veranos y las vacaciones. Y, en dos ocasiones, James y Danjo habían ido a Nashville a visitarla.

Grace quería al niño porque sabía que le hacía bien a su padre, y lo primero que le preguntaba siempre que lo veía era:

—¿Estás cuidando de mi papá?

Danjo siempre asentía con ganas y respondía con gran orgullo:

—¡Dice que no sabría qué hacer sin mí!

—¡No creo que pudiera hacer nada de nada! —exclamaba entonces Grace, que abrazaba a su padre hasta casi dejarlo sin aliento.

Todo parecía haber salido bien. Grace se había separado de su padre, pero este no se cansaba de repetir: «Cuando Grace se marchó me sentía tan solo que fui a Ben Franklin y me compré un niño. Me costó un dólar cincuenta y nueve, pero vale cada centavo que pagué».

Grace era feliz en la universidad, James lo veía claramente cada vez que él y Danjo iban a Nashville a visitarla. Su habitación estaba repleta de los muebles que James le había comprado. Había banderolas en las paredes, unas sombrillas orientales abiertas y suspendidas del techo, con bombillas ocultas en el interior, varias capas de alfombra cubriendo el suelo, y dos palmeras y un fonógrafo en un rincón.

En cada una de esas ocasiones James constataba también lo popular que se había vuelto Grace. Cada vez que entraba en el dormitorio de su hija veía a un grupo de muchachas pasando el rato que se levantaban de un salto, le daban la mano, abrazaban a Danjo y exclamaban: «¿Qué le ha traído a Grace esta vez, señor Caskey?». Además de un fajo de billetes de cinco dólares en un sobre sin marcar, solía llevarle también un paquete enorme, envuelto con papel de estraza y atado con un cordel, que dejaba abajo, en el vestíbulo. Grace lo desenvolvía y a continuación pasaban una agradable media hora tratando de encontrar un lugar donde poner lo que su padre le hubiera regalado. Los viernes por la noche esta la sacaba invariablemente a cenar a solas, pero los sábados invitaba a casi toda la residencia a un restaurante. Nadie tenía la suerte de tener un padre más adorable que Grace Caskey; y no había una hija más amada por su padre que Grace Caskey.

—¿Has conocido ya al hombre de tus sueños? —le preguntaba James en cuanto se quedaban a solas.

—¡Uf! —resoplaba siempre Grace—. ¿Para qué iba a querer eso?

—Para poder sentar la cabeza y casarte, por ejemplo —contestaba James sin mucha convicción.

—No quiero casarme, papá. Me lo estoy pasando bien. No creo haber conocido a un solo hombre en este campus.

—Bueno, cariño —se reía James—, si no saben ni cómo te llamas, ¿cómo van a proponerte matrimonio?

—¡Es que no quiero que lo hagan! Como alguno lo intente le pienso pegar un mamporro en la cabeza.

No era una amenaza menor. En la universidad, Grace Caskey había descubierto los placeres de la calistenia y tenía un armario lleno de trajes blancos de tenis, prendas blancas de navegación, pantalones blancos de gimnasio y jerséis blancos de fútbol americano. De hecho, sus numerosos y elegantes conjuntos deportivos habían empezado a desplazar a su vestuario habitual. Su pasatiempo favorito era el remo, y en su penúltimo año de carrera sus compañeras la eligieron por unanimidad como capitana del equipo. También practicaba el atletismo y jugaba al baloncesto, deporte que le permitía sacarle todo el partido a la altura de los Caskey. En aquel entorno tan competitivo, Grace desarrolló una corpulencia y un vigor que sorprendieron a la gente de Perdido, que la recordaban como una niña liviana, algo tímida y quejumbrosa. De pronto Grace era lo bastante fuerte como para levantar a su padre del suelo, algo que hacía siempre que se veían.

Los veranos de la época universitaria de Grace fueron especialmente felices para James Caskey, pues Grace regresaba a principios de junio y no volvía a marcharse hasta principios de septiembre. James siempre le decía que se fuera por ahí y se divirtiera sin pensar en él, pero Grace respondía: «Papá, te echo tanto de menos cuando estoy en la universidad que a veces pienso que debería meterte en el baúl y llevarte conmigo. No esperarás que durante los veranos haga otra cosa que no sea sentarme en tu porche y mecerme, ¿verdad?

—¿Y no te sentirás sola? —decía él. Pero no, Grace nunca se sentía sola durante esos veranos, ya que mandaba invitaciones a todas sus amigas para que fueran a visitarla al pueblo más recóndito del mundo: Perdido, en Alabama. Estaba claro que la propia Grace era atracción suficiente, pues sus amigas iban y se quedaban allí durante días o incluso semanas. Entonces la casa de James se llenaba de chicas, de ropas, voces y risas femeninas. Y si en casa de James no quedaba sitio, las chicas se instalaban en casa de Elinor, o incluso en casa de Queenie. No así en casa de MaryLove, que estaba en contra de que los miembros de la familia Caskey cultivaran ninguna amistad. Las chicas remaban en el Perdido, recibían clases de cocina de Roxie, iban en grupo al Ritz, jugaban al pillapilla entre los robles acuáticos y visitaban una y otra vez el lago Pinchona, donde se bañaban, daban de comer al caimán e importunaban al mono. Organizaban excursiones a Mobile o a las playas de Pensacola, o a Brewton para recoger uvas muscadinias. Viajaban a Fort Mims para jugar al escondite entre las ruinas de la primera capital de Alabama, salían de pícnic a los verdes

campos a lo largo del río Alabama y se atrevían a navegar por el turbulento río Styx. A menudo cogían a Danjo y, entre los gritos del chiquillo, lo metían en la parte trasera del Pontiac de Grace. «¡Danjo —decían—, te vamos a secuestrar y no volverás a ver al señor Caskey!»

Las «chicas de Grace», como rápidamente se las conoció en el pueblo, eran un grupo de armas tomar, y eran a todas luces demasiado para los pocos hombres universitarios que generaba Perdido. Los jóvenes de Perdido tenían ocasión de gozar de la compañía de las chicas solo muy de vez en cuando, en la pista de baile del lago, pero por lo demás estas los ignoraban con un desdén nada disimulado. Las chicas agasajaban a James Caskey y a Danjo Strickland con sus atenciones, de modo que el muchacho y su tío —acostumbrados a la tranquilidad invernal de Perdido y a tenerse el uno al otro por única compañía— pasaban los veranos en un estado de desconcierto perenne ante la energía, la jovialidad y el alboroto que los rodeaba.

En la primavera de 1933, Grace Caskey se graduó de Vanderbilt con un título de Historia y cinco distinciones obtenidas con cinco equipos de atletismo femenino distintos. Su padre nunca le había preguntado qué pensaba hacer después de la graduación, pero una vez le dijo: «Grace, si alguna vez te decides por algo, házmelo saber, ¿de acuerdo?». Grace y una de sus mejores amigas solicitaron plaza en un colegio femenino de Spartanburg, en Carolina del Sur, y para su regocijo les ofrecieron trabajo a las dos. Su amiga enseñaría literatura inglesa, y Grace estaría al cargo del gimnasio. Ese verano las chicas de Grace acudieron una vez más a Perdido, pero su estancia se tiñó de melancolía. Algunas estaban ya comprometidas y todas ellas comprendían que esos meses felices, de risas y buena compañía, no volverían a repetirse. Aquel verano, las chicas de Grace prestaron especial atención a Frances, que después de su ataque de artritis dos años antes parecía más frágil que nunca. La actividad y las atenciones parecían levantar el ánimo de la niña, que tenía ya once años. Miriam intentaba mostrarse desdeñosa ante la intimidad que aquellas chicas mayores mostraban alrededor de Frances, pero en realidad le fastidiaba mucho que casi nunca la invitaran a acompañarlas a alguna de sus excursiones constantes.

Las épocas melancólicas terminan más deprisa que las felices, y las chicas de Grace se dispersaron para no volver a juntarse nunca más. Grace pasó una semana más a solas con su familia, y entonces James la acompañó a Spartanburg y la ayudó a instalarse.

El 2 de septiembre de 1933, en Perdido seguía haciendo un calor espantoso, pero James Caskey ya temía la llegada del otoño, cuando

su hija se marcharía para siempre.

—Papá —dijo Grace—, ¿por qué no salimos los dos en barca esta tarde? Deja que te lleve a dar un paseo por el Perdido.

—¿Y quién cuidará de Danjo?

—Roxie está aquí.

—No, quiero decir que quién cuidará de Danjo cuando tú y yo y esa barquita verde nos hundamos en la confluencia...

Grace soltó una carcajada.

—Papá, ¿no te das cuenta de que soy lo bastante fuerte como para cruzar la confluencia? Igual que Elinor. Además, ni siquiera pasaremos por ahí, iremos río arriba.

—Querida, ¿por qué no te llevas a Frances? Te va a echar mucho de menos y así podrás hablar con ella a solas un rato.

A Grace le pareció una buena idea. Sin dudarlo un instante, se acercó a la casa de al lado y llamó a Elinor desde debajo del porche cubierto.

—Mamá no está —dijo Frances mirando hacia abajo, apoyada en la barandilla.

—¿Adónde ha ido?

—A nadar, hacía mucho calor.

—¿En el Perdido? —preguntó Grace.

—Ajá.

—Bueno, en realidad no he venido por tu madre, Frances. Quería preguntarte si te apetece ir a dar un paseo en la barca. ¿Crees que a tu madre le importará que te lleve?

—¡Qué va! ¡Siempre me está insistiendo para que vaya al río!

—Pues baja. Veremos si podemos acercarnos discretamente y sorprenderla en el agua.

La barca de Grace estaba atada a un árbol, cerca del lugar donde el dique terminaba en una pendiente pronunciada unos cien metros río arriba. Grace metió media barca en el agua y dejó que Frances se subiera sin mojarse los pies. Entonces terminó de empujarla y se subió ella misma. La corriente las arrastró inmediatamente río abajo.

—¡Madre mía! —gritó Frances, nerviosa.

Grace remó con fuerza y al cabo de un momento ya estaba avanzando río arriba. El Perdido recibía agua de cientos de pequeños afluentes, la mayoría tan insustanciales y efímeros que apenas tenían el ímpetu necesario para dejar un surco sobre el suelo del bosque. La parte superior del río estaba deshabitada, y aquellos ramales corrían sobre el lecho de agujas de pino y hojas de roble en descomposición y se vertían en el Perdido con leves gorjeos furtivos. Aquellos sonidos eran lo único que se oía mientras Grace y Frances remontaban el río,

como las voces acuáticas de pequeñas criaturas con branquias, apostadas como guardianes a lo largo de las orillas del río cada vez más estrecho, advirtiendo del avance río arriba de la joven y la niña en su bote.

—No veo a mamá —dijo Frances—. A lo mejor se ha ido en la otra dirección.

A medida que iban avanzando y dejaban atrás los puntos de referencia con los que Grace y Frances estaban familiarizadas, el Perdido se iba volviendo cada vez menos profundo y más tranquilo. Los arroyos, como centinelas cuyo comandante hubiera recibido ya la noticia de la llegada de unos extraños, guardaban silencio. En una ocasión Grace levantó el remo y lo dejó caer con fuerza sobre un crótalo que se deslizaba hacia ellas. No lo hizo porque la serpiente representara ningún peligro, sino por fidelidad a su filosofía general de que a las cosas venenosas, al igual que a los hombres que tuvieran la osadía de proponerle matrimonio, había que golpearlas en la cabeza.

—Nunca había llegado tan arriba —comentó Frances con asombro ante la naturaleza silvestre del paraje por el que navegaban. Parecían estar muy lejos del pueblo.

—Mira —dijo Grace señalando un poco más adelante—, en las ramas de esos robles hay orquídeas silvestres. Qué silencio hay aquí...

—¿Alguna vez has llegado hasta el nacimiento del río?

—No, nunca. Y tampoco he oído hablar de nadie que haya ido tan lejos. Imagino que alguien lo habrá hecho, pero nunca he oído hablar de ello. Frances, ¿lo intentamos?

—¿Y si son treinta kilómetros, o algo así?

—No, no es tanto. Si estuviera tan lejos, la autopista 31 cruzaría el río, y sé que no lo hace. O sea que las fuentes no pueden estar a más de ocho, tal vez diez kilómetros.

—Pero ¿y si el río empieza a serpentear?

—No me importa remar. Lo único es que seguramente en algún momento tendremos que bajarnos y remontar el río a pie.

—No me importa —dijo Frances.

Así pues, Grace siguió remando. El río se fue estrechando hasta convertirse primero en poco más que un arroyo, y luego tan solo un ramal. Sin embargo, no perdía su color rojo fangoso. Y a pesar de que el remo de Grace levantaba a menudo guijarros y barro del lecho, nunca alcanzaron a ver el fondo. Los árboles que bordeaban el pequeño arroyo e impedían el paso a los rayos del sol eran casi todos de madera dura; no había casi ningún pino. El bosque era denso y el suelo esponjoso estaba cubierto de árboles caídos y hojas podridas.

—¿Sabes qué, Frances? No creo que nadie haya talado nunca estas tierras.

—¿En serio? ¿De quién son?

—He estado pensando en ello y ¿sabes qué creo?

—¿Qué?

—Creo que esto formaba parte de las propiedades de Tom DeBordenave y que, por lo tanto, le vendió estos terrenos a tu padre. Estoy casi segura.

Mientras hacía esta observación, Grace guio la barca por un pronunciado meandro que rodeaba un enorme roble caído que había desviado el curso del arroyo. Delante de ellas apareció una pequeña charca de agua rojiza. La superficie era trémula y estaba cubierta de pequeñas ondas. La charca estaba rodeada de robles acuáticos grises, macizos y altos, mucho más altos que los que Elinor había plantado hacía años en los arenosos patios traseros de los Caskey. Los esbeltos troncos se balanceaban solemnemente con la brisa y las hojas coriáceas temblaban en las copas, de treinta metros de altura. En el suelo se amontonaban las ramas caídas y medio descompuestas, sin más vegetación que el hongo verde y escamoso que parecía el parásito propio de aquella especie.

—Pues hemos llegado —murmuró Grace—. Aquí es donde nace el Perdido.

El lugar transmitía un aire imponente. Los altísimos árboles, como centinelas, resultaban casi ominosos; y aquel pequeño lago rojizo, que era la fuente del Perdido, tenía un aspecto amenazante, con su nerviosa y ondulante actividad. Incluso los pájaros parecían haber abandonado el lugar. Con el sol oculto al otro lado de los robles acuáticos, Grace colocó el remo en el punto donde se unían dos ramas del árbol caído y mantuvo la barca inmóvil. A Frances le pareció que temía avanzar hacia el estanque donde nacía el río.

—Grace —dijo Frances al rato—, ¿no crees que deberíamos volver? Mamá no querría que estuviéramos en el río después de oscurecer.

—No tardaremos nada en volver a casa. No tendré que remar más que para evitar los bancos de arena. Todo esto da un poco de miedo —añadió en voz baja—. Yo creía que Perdido era un lugar remoto, pero Perdido no es nada comparado con esto...

Grace y Frances siguieron observando en silencio. El lugar no se asemejaba en nada al paisaje al que estaban acostumbradas. Parecía absurdo hablar de que Oscar fuera el dueño de un lugar como ese, o pensar que aquel claro, aquella charca y aquel rodal de robles acuáticos pudieran figurar siquiera en un mapa. El nacimiento del

Perdido parecía ajeno a ese tipo de cosas, como si formara parte de algo que trascendía los arrendamientos madereros, las ventas de terrenos y los estudios geológicos. Parecía imposible que cerca de allí pudiera haber una carretera estatal, o un puente del condado, o la cabaña de un granjero, o el alambique de un cheroqui, y sin embargo tanto Grace como Frances sabían que era posible encontrar todo eso a no más de tres o cuatro kilómetros de distancia. Toda la civilización parecía estar separada de aquel extraño lugar tanto en el tiempo como en el espacio. De repente a Grace le dio un escalofrío; la atmósfera había cambiado de forma súbita. Empujó el árbol con el remo y la barca volvió al centro del arroyo. Al mismo tiempo pareció que las ondas que agitaban la superficie del agua crecían, como si de repente se hubiera liberado una mayor cantidad de agua, o tal vez un agua diferente.

Cuando Grace miró a Frances, vio que el terror se había apoderado del rostro de su prima. Frances temblaba febrilmente y se había agarrado con fuerza a los lados de la barca.

—Deprisa —susurró—. Por favor, Grace, date prisa.

Grace remó con brío y al momento dejaron atrás el pronunciado meandro que rodeaba el árbol caído. Frances se sintió un poco más tranquila y no pudo resistirse a echar un vistazo a la charca roja y fangosa que era la fuente del Perdido. Esta quedó pronto fuera de su vista, oculta tras otro recodo del río. Pero entonces Frances Caskey vio un rostro que rompía lentamente la superficie del agua, un rostro ancho y de color verde pálido, con ojos saltones y sin nariz. A pesar del horror, había algo en aquel rostro que le resultaba familiar.

—Mamá —susurró Frances, pero Grace no la oyó.

El piso de arriba

Frances no dijo nada durante todo el trayecto de vuelta por el Perdido. Iba sentada en la parte delantera de la barca, de espaldas a su prima, mientras la corriente del río, que se ensanchaba cada vez más, las arrastraba.

—Frances, ¿estás bien? —le preguntó Grace varias veces, inquieta.

Frances asintió débilmente con la cabeza, pero no se volvió.

Después de atar la barca al árbol que había cerca del extremo del dique, Grace descubrió que Frances no podía caminar y tuvo que llevarla en brazos hasta la casa.

Elinor aún no había regresado, pero Zaddie echó un vistazo a la niña que yacía en brazos de Grace y, con tono funesto, dijo: —Será la artritis, otra vez.

Llevaron a Frances arriba y la metieron en su cama. Grace se sentó a su lado hasta que Elinor regresó, media hora más tarde.

—¡Ha sido culpa mía, Elinor! —dijo Grace, al borde de las lágrimas.

—No seas boba —respondió Elinor con severidad—. El doctor Benquith ya nos dijo que podía recaer en cualquier momento.

La niña había sucumbido a un sueño febril. Cuando se despertó a última hora de la noche, la parálisis en sus piernas no había mejorado.

Grace Caskey pasó sus últimos días en Perdido convencida de que aquella excursión al nacimiento del Perdido había sido la única causa de la reaparición de la dolencia de Frances. Elinor, Oscar, James y la propia Frances hicieron lo posible para convencerla de que no era así. Grace se marchó a Spartanburg y, cuando volvió por Navidad, Frances aún no se había levantado de la cama. El doctor Benquith había querido enviar a la niña al Sagrado Corazón de Pensacola, o incluso a uno de los grandes hospitales de Cincinnati, pero Elinor no quiso ni oír hablar del asunto.

—Voy a seguir cuidando de mi hija hasta que mejore —sentenció.

Nada parecía aliviar tanto el dolor de Frances como los baños calientes. Durante dos horas cada mañana, dos horas cada tarde y una hora por la noche, después de la cena, Elinor se sentaba junto a la bañera y pasaba una esponja mojada sobre las extremidades exangües de Frances. La niña parecía estar siempre cansada. A veces los párpados se le movían a causa de algún dolor que había registrado en

el cerebro, pero nunca se quejaba. Elinor dejó de jugar al bridge y ya nunca iba a la iglesia. No le gustaba dejar a su hija a solas. Nunca actuó como una mártir ni transmitió la sensación de estar sacrificando algo por Frances. Si la niña tenía un día bueno, la sacaba al porche con mosquitera y la acostaba en un catre.

Pero Frances tenía muy pocos días buenos. A veces parecía estar totalmente ausente. Se quedaba tumbada en la cama sin quejarse, aquejada de violentos espasmos cuando le sobrevenía la parálisis, pero por lo demás completamente inmóvil. Oscar estaba convencido de que los puños apretados de su hija eran una manifestación de la tensión y amargura internas de Frances, pero Elinor aseguraba que aquellos dedos crispados y aquellas garras involuntarias solo eran fruto de la artritis, lo mismo que los pies torcidos y girados hacia dentro. De vez en cuando, cuando le hablaban directamente, la muchacha se esforzaba por responder, pero la mayoría de las veces no hacía ni eso. Nada retenía su interés ni lograba despertar su emoción: ni un calcetín de Navidad colgando en la chimenea de su habitación, ni una tarta con velas encendidas el día de su cumpleaños, ni los petardos del 4 de julio de Malcolm. Cuando llegaba la hora del baño, Elinor sacaba a su hija de la cama en brazos. Oscar detestaba aquel momento, el peor de la enfermedad. Veía que Frances se moría de ganas de abrazar a su madre, pero sus músculos atrofiados se negaban a responder y sus delgadas y lastimosas extremidades colgaban inertes sobre la espalda de Elinor.

Frances se perdió el sexto y el séptimo curso. Elinor pedía libros prestados a la escuela y seguía el ritmo de las lecciones de su hija, pero nadie podía estar seguro de hasta qué punto Frances comprendía lo que su madre le leía. El debilitamiento de Frances alteró por completo el hogar de Oscar y Elinor. Esta se retiró de la vida social de Perdido y se convirtió voluntariamente en una esclava al servicio del escaso consuelo de su hija. «Deja que Zaddie se encargue de parte del trabajo, Elinor —se atrevió a sugerirle Oscar—. Te comportas como si tuvieras la culpa de la recaída de Frances. No fue culpa de nadie.»

Pero Elinor no le hizo caso a su marido. Se levantaba cada día a las cinco, y en las mañanas de invierno prendía un fuego de carbón para Frances, que mantenía encendido durante todo el día. Cuando no estaba bañando a su hija, le leía o le daba de comer, o simplemente se sentaba junto a su cama y le frotaba las extremidades con alcohol. Antes de cada baño, Elinor cogía dos cubos, atravesaba el pinar que crecía al oeste de la casa y rodeaba el extremo del dique. Llenaba los cubos con agua del río y los llevaba a la casa, donde los calentaba en una gran olla sobre el horno y los subía al piso de arriba. Vertía uno

de los cubos directamente en el baño de Frances y usaba el otro para lavar las extremidades retorcidas de la niña con una esponja. Oscar y el doctor Benquith no entendían su empecinamiento en aquel tratamiento inútil, pero no hubo forma de convencer a Elinor para que lo abandonara. Cuando Mary-Love se enteró, comentó que a esas alturas, después de que vertieran toda esa agua de Perdido sobre ella, Frances debía de estar roja como un indio.

Para Frances, aquella fue una época borrosa, de confusión y debilidad. Su cerebro parecía afectado por la misma parálisis que sus extremidades. Dormía y se despertaba y comía y escuchaba a su madre leer, todo ello en un estado de conciencia parcial. En la bañera, aguardaba con la misma lasitud y escasa conciencia de la realidad. Parecía estar siempre sumida en un estado febril, siempre soñando. Desde aquella excursión con Grace hasta el nacimiento del río, nunca sabía de cierto si estaba despierta del todo. La única vez en que se acercaba a la conciencia plena era cuando Elinor la sacaba de la bañera. Entonces sentía cómo el agua turbia del Perdido se deslizaba sobre su cuerpo y goteaba en el interior de la bañera. Era lo único en toda su vida que Frances percibía con nitidez, eso y el dolor que le atormentaba las extremidades. Las horas se disipaban, los días se perdían, una estación se confundía con la siguiente, y Frances no sabía si acababa de pasar Acción de Gracias o si ya era verano. Todo lo que sentía era onírico y vago, excepto el dolor en las piernas y los brazos y el agua del Perdido deslizándose por su cuerpo.

Muy poco a poco, la salud de Frances Caskey empezó a mejorar. El doctor Benquith lo llamó remisión. Mary-Love afirmaba sentenciosamente que era gracias a sus oraciones. Ivey Sapp decía que era por el agua roja del Perdido.

Las manos de Frances ya no se parecían tanto a unas zarpas. Era capaz de volver a sostener un lápiz el tiempo suficiente para escribir una nota para Grace, que seguía en Spartanburg, y contarle lo bien que le iba. Podía levantar un vaso sin derramar el contenido. Podía usar un tenedor, aunque pasaría aún algún tiempo antes de que recuperara la fuerza y la agilidad necesarias para usar también los cuchillos. En el porche, se sentaba en una silla de ruedas. Ya en la primavera de 1936, casi tres años después de la recaída, era capaz de dar unos pasos agarrándose a los muebles y a los marcos de las puertas.

Frances se había perdido tres años de escuela, pero al fin y al cabo había seguido aprendiendo bajo la excelente tutela de su madre, de modo que cuando volvió al colegio tan solo la retrasaron un curso. Pero físicamente casi no había crecido durante su enfermedad. El

primer domingo en que volvió a ocupar su lugar junto a Elinor en el banco de los Caskey, Mary-Love comentó en tono mezquino: —Vaya, Frances, eres casi igual de menuda que la última vez que te vi.

En los tres años de enfermedad, Mary-Love Caskey no había visitado ni una sola vez a su nieta, aunque durante las noches de verano oía a la niña gimiendo de dolor en la casa de al lado. Mary-Love aseguraba que aquel desinterés se debía únicamente a su reticencia a entrometerse. No quería que Frances se sintiera abrumada por un exceso de visitas, aseguraba, pero sus excusas no convencían a nadie. Si Oscar había sentido en algún momento el deseo de arreglar las cosas con su madre, ese sentimiento había desaparecido por completo. El trato que esta le había dispensado a Frances le había parecido un acto flagrante de crueldad hacia la niña.

—La abuela dijo que seguramente lo que tenías era contagioso —dijo Miriam, que había crecido y había adelgazado, a su hermana—, por eso nunca fui a verte. ¿Cómo vas a ponerte al día, después de tres años sin ir a la escuela? Dudo mucho que puedas recuperar el tiempo perdido, la verdad...

Pero más allá de la altura de su hermana, Frances detectó otros cambios. Perdido parecía estar hundiéndose en la decadencia. Una Nochevieja habían ardido quince casas de Baptist Bottom y nadie se había molestado aún en retirar los escombros. En el centro había toda una fila de tiendas tapiadas y con los escaparates destrozados. Las cortinas raídas de las ventanas abiertas del Hotel Osceola ondeaban al viento. Cada vez que se sentaba en la cocina con Zaddie, Frances se asombraba ante la cantidad de niños negros que se acercaban a la puerta enrejada y llamaban suavemente. Zaddie siempre sacaba un plato con pan de maíz, un poco de jamón o un trozo de tocino para que se lo llevaran a casa. Al día siguiente, el niño volvía con el plato y unas palabras de agradecimiento de parte de su madre.

Frances se lo comentó a su madre.

—Nadie tiene nada, cariño. Ojalá pudiéramos hacer más, pero ni siquiera nosotros tenemos lo que teníamos antes.

Frances sacudió la cabeza: no entendía nada de dinero.

—Todo acabará saliendo bien —le aseguró Elinor—. Pero mientras estabas ahí arriba —Elinor siempre usaba aquel eufemismo para referirse a la enfermedad de su hija— tu padre tuvo momentos difíciles en el aserradero. Tuvo que despedir a gente.

—¿Pero las cosas vuelven a ir bien?

—No lo sé. Tendremos que esperar a ver qué pasa. Parece que Henry Turk va a irse a pique. Tendrá que vender.

—¿A quién?

Elinor meneó la cabeza.

—Pues a nosotros, me gustaría pensar. No le quedan más que las tierras. Cerró el aserradero el año pasado. Me gustaría hacerme con esas tierras, pero tu abuela es la única que tiene el dinero necesario y no creo que lo ponga.

—¿Por qué no?

Elinor se rio.

—¿Por qué te estoy contando todo esto? ¿Te interesa?

—Sí, mamá.

—No, no te interesa, cariño. No sabes nada de todo este asunto y no hay razón para que te preocupes ni un poquito.

Elinor volvió a reírse y abrazó a su hija.

Cuando Sister Haskew se marchó de Perdido en 1926 y se instaló primero en Natchez y luego en Chattanooga, insistió en presentarse a sus nuevos conocidos como Elvennia, su verdadero nombre de pila. Para entonces tenía ya treinta y cinco años, dos más que su marido, y sentía que había llegado el momento de que la llamaran por un nombre que fuera solo suyo y que —a diferencia de lo que sucedía con el apodo «Sister»— no sugiriera que su identidad estaba supeditada a una relación familiar. Eso sí, en sus visitas ocasionales a Perdido no había forma de convencer a Mary-Love Caskey de que llamara a su hija de ninguna forma que no fuera Sister.

Pero aquella era una molestia menor, en la línea de lo que cabía esperar de Mary-Love. Sister (o, mejor dicho, El) era feliz con su nueva vida y después de tantos años estrechamente vinculada a Perdido, a la casa en la que había nacido y a su madre, disfrutaba de aquella sensación de desarraigo. Le gustaba hacer amigos nuevos, que no conocían a la persona que había sido antes de casarse con Early, que no sabían nada de aserraderos ni de pies tablares y a quienes no les importaba su historia familiar. Escribía a su madre dos veces por semana, como esta le había ordenado, y a James y a Elinor en semanas alternas. A veces, cuando Early tenía que pasar una o dos semanas fuera de casa por un trabajo, Sister hacía la maleta y cogía el tren de vuelta a Perdido. En aquellas ocasiones, empezaba a discutir con su madre en cuanto entraba por la puerta.

—¡Hola, Sister! —exclamaba Mary-Love—. ¡No sabes cuánto te hemos echado de menos!

—Mamá, ahora todo el mundo me llama El.

—Ay, Sister, no puedes esperar que después de todos estos años empiece a llamar a mi niña de otra forma...

La niña de Mary-Love era ya una mujer de mediana edad, y la

propia Mary-Love se acercaba cada vez más a la vejez, aunque nunca lo habría admitido.

—Sister —le preguntaba siempre Mary-Love—, ¿ya te has establecido? ¿Tienes una buena cocinera?

—Mamá —respondía Sister—, no tengo cocinera, me encargo yo misma de hacer toda la comida.

—Ay, Sister, ¿ese hombre te hace trabajar todo el día? ¡Estarás agotada!

—Mamá, Early y yo no podemos permitirnos una cocinera, o sea que cocino yo misma.

—Si vivieras aquí, Ivey y yo cuidaríamos de ti. No tendrías que mover un dedo.

Por lo general era en este punto cuando Sister, cansada de repetir siempre los mismos argumentos, sentenciaba con rotundidad: —Mamá, Early y yo nunca volveremos aquí. Y no lo haremos porque no queremos vivir contigo, porque nos vuelves locos a los dos.

—No creo que tú y Early seáis muy felices en Chattanooga.

—¡Nos encanta vivir allí!

—No creo que tú y Early fuerais felices en ningún lugar.

—¿Qué quieres decir?

—Si tú y Early hubierais sido tan felices todos estos años lejos de mí, habríais tenido hijos. Ahora ya eres demasiado vieja para eso. Y alguna razón habrá para que cada tres meses dejes a tu marido y vengas a verme, Sister.

—Vengo a verte, mamá, porque cada semana te pasas media hora al teléfono diciéndome: «Ay, Sister, ¿por qué no vienes nunca a verme?».

—Si tanto quisieras a tu marido, no lo dejarías tan a menudo.

Mary-Love no aprobaba la independencia con la que actuaba su hija desde su matrimonio con Early Haskew, y de ahí a rechazar al hombre responsable de su liberación solo había un paso. Como él no estaba, atacarlo resultaba de lo más conveniente; y como era su esposa, Sister tenía que estar siempre a la defensiva.

—Todavía no estoy segura de que Early Haskew fuera el hombre adecuado para ti, Sister —dijo Mary-Love poco después de que esta llegara de visita a finales del invierno de 1936.

—¿Y quién lo habría sido?

—Pues otro hombre. Alguien con un poco de educación. Un poco más refinado.

—Early estudió en Auburn. Y ha estado en Europa. Yo nunca pude ir a la universidad, y nadie me llevó a Europa.

—¿Todavía se come los guisantes con la hoja del cuchillo?

—¡Pues sí! ¡Y me prometió que un día va a enseñarme!

—¿También come así en los restaurantes?

—Mamá, no podemos permitirnos salir mucho.

Mary-Love sacudió la cabeza y suspiró.

—Odio verte tan angustiada por el dinero, cariño, más aún cuando yo tengo tanto.

—Pues dame un poco y no lo estaré.

—Eso no puedo hacerlo.

—¿Por qué no, mamá? No te costaría nada enviarme algo de vez en cuando.

—Early pensaría que me estoy metiendo donde no me llaman, y tendría razón.

—Pues yo creo que Early firmaría los cheques en cuanto llegaran. Mamá, Early no gana mucho dinero, pero nos apañamos. No tengo todos los vestidos que quiero y a veces no llevo ni dos dólares en el bolso.

—¡No crie a mi niña para que viviera así!

—Por eso digo que nos envíes algo de dinero, mamá.

—He estado pensando —dijo Mary-Love.

—¿Qué?

—He estado pensando que tendríamos que ir de vacaciones a algún sitio. Hace mucho que no salimos de viaje.

—Si quieres gastar parte de tu dinero en mí de esa forma, a mí también me parece bien. ¿Adónde quieres que vayamos? Y cuando dices «tendríamos», ¿a quién te refieres?

—A ti, a Miriam y a mí.

—¿Y a Early no?

—Early estará trabajando, imagino...

—Tal vez no —dijo Sister para chincharla.

—He estado pensando en ir a visitar Chicago en verano.

—¿Para qué?

—Hace tiempo que me ronda por la cabeza. Me gustaría ver Chicago antes de morirme.

Néctar

Sister sabía que su marido tenía trabajo contratado para todo el verano de 1936, pero por picardía no le dijo nada a su madre hasta que esta se avino a pagar el viaje de Early a Chicago. El día después de que regresar a Chattanooga, llamó a su madre y le dijo:

—Mamá, al final Early no puede venir con nosotras.Tiene un trabajo con la Tennessee Valley Authority en Sheffield, o sea que voy a estar libre todo el verano. Cuando quieras ir a Chicago me parecerá bien.

—¡Ay, Sister, qué feliz me haces!

—Así pues, adelante: haz las reservas y saca un montón de billetes de tren. Oye, ¿por qué no ves si hay alguien más que quiera acompañarnos?

—¿A quién quieres que nos llevemos, cariño?

—No sé, a James, tal vez. Y a Danjo. Y ya que te vas a llevar a Miriam, a lo mejor deberías invitar también a Frances... —añadió Sister.

—¡Ni hablar, Sister! No puedo permitirme llevarme todo el mundo. Si Frances viniera tendría que cubrir yo todos sus gastos, Oscar y Elinor no pueden permitírselo. Además, Frances podría enfermar de nuevo y entonces tendríamos que cancelar el viaje. Supongo que Danjo sí podría venir: es un niño bastante bueno y James puede hacerse cargo de sus gastos. Y también estaría bien poder contar con James, siempre y cuando dispongamos de un vagón de equipaje extra para el trayecto de vuelta donde meter todas las cosas que seguramente comprará...

James aceptó ir, pero insistió en llevarse no solo a Danjo, sino también a Queenie y a sus hijos. MaryLove refunfuñó de entrada, pero terminó accediendo; eso sí, lo hizo de mala gana para que James se sintiera culpable por su insistencia. Las reticencias de MaryLove no eran por Queenie, sino por Malcolm y Lucille, aunque hasta cierto punto le reconfortaba poder augurar por lo menos tres veces al día que ese par de maleducados les iban a dar el viaje. Frances se vio excluida de todos estos planes. James se ofreció a hacerse cargo del billete y los gastos de la niña.

—Por Dios —les dijo a Oscar y a Elinor—, ya tengo que encargarme de Danjo, Malcolm y Lucille: una más no se va a notar.

Voy a ponerles correas de colores distintos y...

Pero Oscar no estaba seguro de querer aceptar la oferta de su tío.

—Si mamá se lleva a Miriam, debería llevarse también a Frances —dijo—. Además, James, tú ya estás cubriendo los gastos de un montón de personas. ¡No habréis llegado ni a medio camino de Chicago y te habrás gastado ya una fortuna!

—No me importa lo más mínimo —dijo James. Iba a ser el primer gran viaje familiar desde el inicio de la Depresión y James quería que incluyera el mayor número de Caskeys posible.

Oscar seguía siendo reacio a dejar que su hija se uniera al viaje, pero finalmente Elinor intervino y señaló que a Frances le resultaría más difícil soportar el hecho de que la dejaran atrás de forma tan evidente que todos los desaires y los malos tratos a los que probablemente MaryLove y Miriam la someterían durante el viaje. Además, después de tanto tiempo encerrada en casa seguramente le vendría muy bien un cambio radical de aires. Frances tenía catorce años y su madre creía que ya era hora de que viera un poco de mundo.

Así pues, el grupo contaría con diez integrantes: MaryLove, Sister, Miriam, James, Danjo, Frances, Queenie, Malcolm, Lucille e Ivey Sapp. A esta última se la llevaban como encargada de los niños o como bestia de carga, según conviniera. Reservaron habitaciones de hotel, compraron billetes de la L&N en la estación de Atmore, sacaron grandes cantidades de dinero en efectivo en billetes nuevos del recién inaugurado banco de Perdido, renovaron los respectivos vestuarios en Mobile y Montgomery, compraron maletas nuevas, contrataron un seguro, cargaron las cámaras con película y escribieron a los amigos que vivían a lo largo del camino. Aquel frenesí de actividad asombró a Perdido. Con tanta planificación, uno podría haber pensado que los Caskey estaban organizando una expedición al Polo Sur. Saldrían bien temprano, la mañana del primero de julio, y llegarían a Chicago a última hora de la noche siguiente, pasarían diez días en la ciudad y regresarían a Perdido después de cinco días en Saint Louis y cinco en Nueva Orleans.

A finales de junio los niños estaban como locos, hasta el punto de que a veces había que calmar incluso a la siempre prudente Frances y al tímido Danjo. Sister pasó varias semanas en Perdido para ayudar a su madre en los preparativos, que habrían supuesto una gran carga para MaryLove si su hija no hubiera estado allí para echarle una mano y avenirse a discutir acerca de cada detalle.

La víspera de la fecha de partida, MaryLove anunció su intención de visitar la casa de al lado para inspeccionar la ropa y otros

productos de primera necesidad que habían incluido en la maleta de Frances.

—No voy a permitir que la hija de Elinor nos avergüence con su mísero vestuario —le dijo a Sister.

—Pero, mamá —señaló Sister—, aunque Elinor le haya preparado una maleta llena de harapos, ya no hay tiempo de hacer nada al respecto...

MaryLove acudió a la casa de al lado de todos modos. Era la primera vez que lo hacía en más de cinco años, desde el día en que le había pedido a Elinor que intercediera por ella ante su hijo, sin éxito.

—Señora MaryLove, ¿cómo está? —dijo Elinor en la puerta, sin mostrar mayor sorpresa que si su suegra la hubiera visitado el día anterior.

—Estoy muerta, Elinor.

—Asegurándose de que todo el mundo esté listo, supongo...

—Así es. De hecho, he venido para asegurarme de que Frances esté a punto.

—Pues ahora mismo le estaba haciendo las maletas. Creo que esta noche tendré que pegarle un martillazo en la cabeza para que se duerma.

—Todos los niños están muy exaltados —respondió MaryLove.

—Suba —dijo Elinor—, eche un vistazo al equipaje que he preparado para ella y a ver si se le ocurre algo que se me haya olvidado.

—Vaya, me encantaría —dijo MaryLove, preguntándose por qué estaría Elinor poniéndole las cosas tan fáciles para su inspección. Mientras seguía a su nuera al interior de la casa, echó un vistazo al oscuro salón principal—. Veo que has cambiado las cosas —comentó.

—Un poco —respondió Elinor—. Ay, señora MaryLove, afuera hace mucho calor. Le voy a traer un poco de néctar.

—¡Cómo me alegro de que lo hayas sugerido, Elinor! La semana pasada Manda Turk me dio un vaso de tu néctar y es lo mejor que he probado nunca. ¿Quién te recoge las moras?

—Envío a Luvadia y a Frances. Suba y prepararé uno para cada una; yo también tengo un poco de sed. La habitación de Frances está junto al porche dormitorio. Encontrará las maletas abiertas encima de la cama.

—¿Y dónde está Frances?

—James se la ha llevado a ella y también a Danjo al lago Pinchona. ¡A Frances le encanta darle de comer al caimán!

—Un día se caerá al agua y ese caimán se la comerá —dijo MaryLove sin inmutarse, mientras subía las escaleras.

Elinor fue a la cocina y le dijo a Zaddie:

—Sube a ver si la señora MaryLove necesita ayuda. Va a querer deshacer todo lo que he hecho. Voy a prepararle un poco de néctar.

Entonces sacó el picahielo y se puso manos a la obra.

—Ay, ojalá Frances tuviera cosas más bonitas —dijo MaryLove.

Había revisado el equipaje de Frances soltando graznidos de desaprobación por lo que Elinor había metido en las maletas, por cómo lo había distribuido e incluso por que solo hubiera preparado dos maletas pequeñas. Ahora estaba sentada en el banco del porche dormitorio, bebiendo néctar de mora. Elinor se mecía suavemente en el columpio y revolvía con gesto pensativo el néctar empalagoso, diluido con agua y hielo.

—Me gustaría que tú y Oscar me dejarais comprarle algunas cosas a Frances —siguió diciendo MaryLove—. Pero entre los dos ya ni siquiera me dejáis ver a mi nieta.

—Eso no es verdad, señora MaryLove —dijo Elinor sin perder la calma—. Frances la quiere mucho... Frances quiere a todo el mundo... Es usted quien no deja que se le acerque.

—¡Elinor! ¡Cómo puedes decir eso!

—Puedo decirlo porque es la verdad. Oscar y yo no pasamos mucho tiempo en su casa y usted tampoco pasa mucho tiempo por aquí, pero nunca hemos intentado disuadir a Frances de que vaya a verla. Es su abuela, pero es que nunca quiere saber nada de ella. Usted y Miriam tratan a Frances como si fuera la tierra que pisan. Pasó tres años enferma en esa habitación y no vino a visitarla ni una sola vez. Cada vez que alguien me preguntaba me daba vergüenza admitirlo. Me cuesta mucho creer que una abuela pueda ser tan deliberadamente cruel con su propia nieta.

No había rencor en la voz de Elinor, que hablaba como si expresara verdades incontestables. Pero la franqueza de las afirmaciones de Elinor hirió a MaryLove, que nunca abordaba las cosas de frente y que no tenía ni idea de cómo enfrentarse a la inesperada sinceridad de su nuera.

—¡Me dejas atónita, Elinor! ¿Acaso no vamos a llevarnos a Frances con nosotros a Chicago mañana? ¿Y no se divertirán como nunca ella y Miriam?

—Puede ser —dijo Elinor—. Siempre y cuando Miriam le dirija la palabra, algo de lo que no estoy nada convencida.

MaryLove cada vez sabía menos cómo responder a su nuera. Los comentarios de Elinor tenían la sustancia de un ataque, pero transmitían una sensación muy distinta. MaryLove contemporizó y,

echando un vistazo al porche, comentó distraídamente:

—Hacía tanto tiempo que no venía por aquí...

—Eso es culpa suya, señora MaryLove —dijo Elinor, volviendo al tema con astucia—. Oscar y yo nunca la habríamos rechazado si hubiera llamado a la puerta.

—No me sentía bienvenida —dijo MaryLove, avergonzada de que su inocente táctica de despiste se le hubiera vuelto en contra tan rápidamente—. Esta ya no es mi casa, ¿sabes?

Elinor no respondió y esbozó una sonrisa vaga.

—Un día envié a Luvadia Sapp con la escritura de la casa —siguió diciendo MaryLove—. La firmé, para ti y para Oscar. ¿Os la trajo o la perdió por el camino?

—No, la trajo. Estará por ahí dentro, en alguna parte.

—Tengo que decir que esperaba un agradecimiento.

—Señora MaryLove, Oscar y yo compramos esta casa.

—¡Os la regalé!

—No, se equivoca —repuso Elinor con aparente amabilidad—. Se suponía que era un regalo de bodas, pero luego tuvimos que pagar por él. Tuvimos que entregarle a Miriam a cambio. Miriam cumplió los ocho años antes de que nos entregara la escritura; un retraso así no merece ningún agradecimiento.

Aunque Elinor siguió hablando con un tono suave y cordial, ahora MaryLove estaba segura de que llevaba mucho tiempo planeando aquel ataque. Pero en los últimos meses ella misma había dedicado todos sus pensamientos al inminente viaje, por lo que no estaba preparada para plantar cara.

—¡No tengo por qué aguantar todo esto! —exclamó MaryLove—. ¿Cómo puedes ser tan dura conmigo? ¡No me extraña que Frances haya salido como ha salido! ¡No me extraña que Miriam no quiera jugar con ella!

—Por si no se ha dado cuenta, Frances es un encanto de niña. Quiere a todo el mundo y todo el mundo la quiere. Ojalá pudiera decir lo mismo de Miriam. Viendo la forma de actuar de esa niña, me alegro de que viva con usted y no conmigo.

—¡Miriam vale por diez Frances!

—Puede que piense eso, pero aun así sigue sin ser una razón válida para que trate a Frances como lo hace —dijo Elinor con una frialdad irritante.

MaryLove, que estaba a punto de perder los estribos, trató de cambiar de estrategia.

—Elinor, ¿por qué me tratas así?

Elinor pareció reflexionar un instante y entonces respondió:

—Por la forma en que usted trata a Oscar. Y por la forma en que trata a toda su familia; por la forma en que siempre los ha tratado.

—¡Los quiero a todos! ¡Los quiero hasta la muerte! Lo único que quiero en este mundo es que mi familia me quiera.

—Sí, ya lo sé —dijo Elinor—. Quiere que la quieran a usted y a nadie más. Quiere dárselo todo a todos. No quiso que Oscar se casara conmigo porque no quería tener que repartirse su amor. Y lo mismo con la pobre Sister. Nos quitó a Miriam...

—¡La abandonasteis!

—... y la crio para que la amara a usted y no pensara ni por casualidad en sus propios padres. Recuerdo que cuando Grace era pequeña estaba muy unida a Zaddie, y también intentó separarlas.

—¡No recuerdo nada de eso!

—Pero lo hizo. Son el tipo de cosas que hace sin pensar, señora MaryLove; le salen de forma natural. Si por usted fuera, James habría echado a Queenie Strickland y a sus hijos del pueblo el día que aparecieron.

—Queenie era un engorro...

—Le dijo a James que estaba cometiendo un grave error acogiendo a Danjo, pero Danjo lo ha hecho muy feliz.

—Un día ese chico se va a convertir en...

Pero, una vez más, Elinor no le prestó ninguna atención a MaryLove.

—Y cuando el banco le reclamó el préstamo a Oscar, no quiso dejarle el dinero para salvarlo de la quiebra. Quería que Oscar y yo nos hundiéramos. Quería que fuéramos pobres y que tuviéramos que ir a mendigar a su puerta.

—Oscar no se hundió. James le prestó el dinero —protestó MaryLove.

—Oscar nunca se lo ha perdonado. Y no creo que lo haga nunca.

—Tú tampoco lo has hecho, ¿verdad, Elinor?

—Señora MaryLove, sé que no le gusto porque le quité a Oscar. No le gusté desde el día en que aparecí en Perdido. Que yo la perdone o deje de perdonarla no va a cambiar nada.

—Tienes razón —dijo MaryLove con un repentino ataque de franqueza, casi sin darse cuenta, dejando traslucir toda su ira y diciendo lo que pensaba—, no va a cambiar nada. Nunca he esperado nada de ti salvo amargura y reproches, Elinor, y eso es todo lo que he recibido. Y supongo que así es como has decidido despedirte cariñosamente de todo el mundo justo antes de que nos vayamos a Chicago a pasarlo bien.

—Pues sí —respondió Elinor, imperturbable—. Aunque todavía

no está allí.

—Has estado esperando el momento, ¿verdad? Has estado acumulando toda tu rabia, haciendo acopio durante cinco años, ¡desde que Oscar me pidió que le prestara un dinero que ni siquiera necesitaba!

—He estado esperando, sí... —admitió Elinor.

—Me preguntaba cuándo ibas a mostrar tu verdadero rostro —le espetó MaryLove—. Desde que apareciste en el pueblo durante la inundación, repantigada en el Osceola y esperando que mi chico viniera a rescatarte, te cortejara y se casara contigo. Acechándolo como un lagarto a una mosca verde. Y lo conseguiste, no logré detenerte. Pero sí impedí que consiguieras algo más, ¿no es cierto? A pesar de todas tus correrías y tus planes y maquinaciones y dentelladas, has terminado sin nada.

—¿Sin nada? —repitió Elinor.

—Nada de nada. ¿Qué tienes? Tienes esta casa porque te la di yo. Tienes un cajón lleno de pagarés a nombre de James, el único hombre en el mundo que le prestaría dinero a Oscar, que nunca ha tenido nada que no le haya dado yo y nunca lo tendrá.Tienes una escritura de cuatro pequeños terrenos esparcidos por aquí y por allá, todos ellos terrenos inundables y sin caminos, y de los cuales Tom DeBordenave, cuando era su propietario, no logró sacar ni un maldito centavo. Y tienes una hija, sí, pero es una cosita insignificante, ni punto de comparación con la niña a la que renunciaste hace quince años. Tienes algunas amigas en el pueblo, pero todas son las que me robaste, las que yo ya no quería. Y tienes un marido que insiste en vivir al lado de su madre para siempre. Eso es lo que tienes, Elinor, y déjame decirte que no es mucho. Por lo menos no según mis estándares.

—Me parece que tú también has mostrado tu verdadero rostro —dijo Elinor.

—¡No! No soy yo la que está buscando riña, ni tampoco soy yo la que anda siempre con jueguecitos. Porque voy ganando. Pretendes echarme las culpas por haberte arrebatado lo que te correspondía de forma legítima, pero nadie te ha arrebatado nada, Elinor. Simplemente no has tenido el valor de perseguir lo que querías.

—Me he estado conteniendo —respondió Elinor, y MaryLove soltó una carcajada burlona.

—Me gustaría ver cómo intentas hacer algo, Elinor. ¿Con qué cartas crees que cuentas para vengarte por todas las cosas que, según tú, te he hecho? ¿Qué arremetida insignificante se te ocurrirá esta vez?

—Señora MaryLove, a pesar de su forma de actuar y de todos sus

intentos por someter a Oscar, tengo la intención de convertirlo en un hombre rico, más rico de lo que usted haya soñado jamás. Eso es lo que pretendo hacer.

MaryLove volvió a reírse.

—¿Y cómo piensas hacerlo? La última vez que lo convenciste para hacer algo solo lograste que se endeudara, y nunca ha vuelto a salir del hoyo. ¿Vas a persuadirlo para que compre más tierras?

—Pues sí. Henry Turk va a vender sus tierras; es lo único que le queda, al pobre. Tiene una extensión de unas veinte mil hectáreas en el condado de Escambia. Vino a hablar con Oscar el otro día.

—¿Cuánto quiere por ellas?

—Cinco dólares por hectárea.

—¡Pero eso son cien mil dólares! ¿De dónde va a sacar Oscar tanto dinero?

Elinor sonrió.

—He pensado que esta era una buena ocasión para pedirle que se lo prestara.

A MaryLove se le abrió la boca de asombro.

—Elinor, ¿me estás pidiendo que te preste cien mil dólares para que Oscar pueda comprar un lote de terrenos inútiles?

—No son inútiles, están cubiertos de pino.

—Por Dios, ¿para qué necesitamos más pino? No lo compra nadie, Elinor. ¿O es que no te has enterado de que estamos en plena depresión?

—Necesitamos esos terrenos, señora MaryLove. ¿Nos prestará el dinero?

—¡No! ¡Por supuesto que no voy a prestaros el dinero! Tú lo que quieres es llevarme al asilo de los pobres, eso es lo que quieres, Elinor. Pues que sepas que no me van a llevar a ninguna parte, no le voy a prestar a Oscar ni un centavo. ¿Qué ha hecho con las tierras que le compró a Tom DeBordenave? Ni siquiera pudo mantenerse al día con los pagos al banco.

—Entonces ¿su respuesta es que no?

—¡Claro que es que no! ¿En serio esperabas que dijera que sí?

—No —admitió Elinor—. Solo quería darle otra oportunidad.

—¿Otra oportunidad de qué?

Elinor no respondió. Se terminó su néctar y dejó el vaso sobre la mesa que había junto al columpio.

—Señora MaryLove —dijo finalmente, todavía impasible—, piense lo que quiera de mí. Lo único que le he dicho hoy es que sé lo que está tramando. Siempre lo he sabido. Cuando llegue el momento y tenga tiempo libre para meditar sobre las cosas que ha hecho,

recuerde que le di una última oportunidad.

MaryLove se levantó del columpio y se alisó el vestido.

—Te diré otra cosa, Elinor...

—Adelante.

—Tu néctar es el peor que haya probado en mi vida. Sabe como si lo hubieras hecho con agua sacada directamente de ese río apestoso. Si he bebido más de un sorbo ha sido tan solo por pura cortesía.

A la mañana siguiente, una caravana de automóviles cargados de gente y equipaje se dirigió a la estación de tren de Atmore. Florida Benquith llevaba a Queenie, a los hijos de esta y a Ivey; Bray llevaba a MaryLove, a Sister y a Miriam; y Oscar llevaba a James, a Danjo y a Frances. Estaban todos apiñados y ansiosos por partir. Sister, que había asumido la responsabilidad de encargarse de la logística del viaje, llevaba un montón de billetes en el bolso.

En la estación, los Caskey y todas sus maletas formaban una larga hilera en el andén. Mientras esperaban el Humming Bird que los llevaría hasta Montgomery, donde harían transbordo y cogerían el tren de Chicago, MaryLove trató de sonsacarle una pequeña muestra de afecto a su hijo:

—¿Nos vas a echar de menos?

—Te llevas a medio pueblo, mamá...

—¡Despídete de mí, Oscar!

—Que lo paséis bien, mamá —dijo Oscar y le dio un beso frío en la mejilla. Ella no se había atrevido a esperar más. Entonces se volvió para darle las gracias a Florida Benquith por su ayuda, pero de repente se mareó y tuvo que agarrarse al respaldo de un banco para no desfallecer.

—¿Estás bien, MaryLove? —preguntó Queenie.

MaryLove levantó la mirada con una mueca de sorpresa y dolor.

—De repente me ha dado el peor dolor de cabeza que haya tenido en toda mi vida.

—¿Estás enferma? —le preguntó Miriam con aprensión; había estado esperando aquel viaje y no quería que nada le impidiera disfrutarlo.

—No, solo me duele la cabeza. Sister, ¿estáis todos a punto para partir?

—Sí, mamá...

Pero antes de que Sister pudiera continuar, MaryLove se dejó caer en el banco y se llevó la mano al rostro, súbitamente pálido.

—No sé qué me pasa —jadeó.

Los adultos se reunieron a su alrededor. Malcolm y Lucille se

hicieron a un lado con expresión huraña, preparados para llevarse una gran decepción. Frances y Miriam miraron a su abuela con cierta preocupación. Parecía muy enferma.

Ivey se acercó y puso una mano sobre la frente de MaryLove. Tenía el pelo húmedo y el cuero cabelludo erizado.

—Señora MaryLove, ¿tiene fiebre?

—Ivey —susurró ella—, ¡estoy ardiendo!

—Tiene mucha fiebre —les dijo Ivey a los demás—. Debería estar en casa, en la cama. Apártense todos un poco. —Sacó un pañuelo del bolso y se lo dio a Miriam—. Ve a mojarlo con agua fría.

Miriam fue corriendo al baño de mujeres. Los demás hablaban en voz baja, mirando de reojo a MaryLove. Mientras Ivey, sentada a su lado, le desabrochaba la blusa y le secaba el sudor de la frente, la cabeza le cayó lacia sobre los hombros.

—Está muy enferma —dijo Florida. Como esposa de un médico, su opinión tenía cierto peso.

—Ya lo veo —dijo James—, ¿pero es grave?

—Imagino que se recuperará una vez que llegue a casa —respondió Florida—. Leo debería echarle un vistazo. Nunca vi a nadie enfermar de forma tan repentina.

Hubo un silencio incómodo, seguido por el chascar de dientes de Sister.

—De acuerdo —dijo esta por fin—, lo preguntaré yo.

—¿Qué es lo que vas a preguntar? —dijo James en voz baja.

—¿Qué hacemos? ¿Volvemos a Perdido y esperamos sentados cinco años más antes de poder volver a salir del pueblo?

—¡MaryLove tiene muy mal aspecto! —comentó James.

—Florida y yo cuidaremos de mamá —dijo Oscar—. Los demás subid al tren.Tenemos que pensar en los niños: si ahora dais media vuelta se llevarán una buena decepción.

—Sí, tienes razón —respondió James con un suspiro—. Pero no me hace ninguna gracia marcharme así.

—Seguramente ella querría que siguierais adelante y os divirtierais —sugirió Florida—. Dudo que quisiera arruinaros esta experiencia.

Sister se echó a reír.

—Florida, parece que no conozcas a mamá. Nada la ayudaría tanto a recuperarse como saber que hemos cancelado el viaje por ella.

—¡Sister! —gritó James.

—Lo siento, pero es la pura verdad —insistió Sister—. Pero llevamos meses planeando esto y es la primera oportunidad real que tengo de ir a alguna parte o de hacer algo desde que me casé. No

pienso renunciar a ello solo porque mamá haya pescado un resfriado de verano.

—Parece peor que eso —dijo Queenie—. Pero estoy de acuerdo con Sister, James. Los niños están entusiasmados, todos estamos entusiasmados. Los billetes están pagados, las reservas de hotel están hechas... ¿Y qué íbamos a decir en Perdido? ¿Que hemos decidido dar media vuelta y volvernos los diez cuando no nos habíamos alejado ni cien kilómetros del pueblo solo porque a MaryLove le ha dado fiebre y un poco de dolor de cabeza?

—Supongo que tenéis razón —admitió James.

—Pues claro que tienen razón —dijo Oscar con vehemencia—. Meteremos a mamá en el asiento trasero del Packard y estará en cama antes de que lleguéis a Greenville. En cuanto esté recuperada, os la mandaremos para que se reúna con vosotros.

—Pues está decidido —se apresuró a decir Sister. Aquella era la solución que menos afectaba a sus planes originales, y Sister se aseguró de dar el asunto por cerrado antes de que James, con su actitud hacia MaryLove, hiciera cambiar de opinión a alguien—. Hay que ir a hablar con los niños y contarles lo que hemos decidido.

Sentada en el duro banco de madera de la sofocante estación de Atmore, MaryLove Caskey gemía y sudaba con profusión. No podía ni siquiera articular palabra. A su lado, Ivey Sapp le secó la frente, le apretó las manos y le susurró:

—Señora MaryLove, señora MaryLove, ¿qué ha comido? ¿Qué ha bebido? ¿Tomó algo que no le sentó bien? ¿No habrá bebido agua en mal estado?

La puerta del armario se abre

Elinor estaba sentada en el porche de su casa cuando vio llegar a Bray. Como si supiera ya que MaryLove yacía febril en el asiento trasero del coche, se levantó, salió a la calle y metió la cabeza por la ventanilla.

—Bray, ya le he preparado la habitación delantera —dijo.

—Pero señora Elinor... —dijo Bray, desconcertado—. ¿La ha llamado el señor Oscar para avisarla de que veníamos?

Elinor parecía absorta y no respondió. Oscar, que iba justo detrás de Bray, había oído todo lo que su esposa acababa de decir.

—Elinor —dijo—, ¿seguro que quieres esta responsabilidad? Estaba pensando que tal vez deberíamos llevarla al hospital.

—¿La ha visto Ivey?

Bray asintió.

—Ha dicho que debe guardar reposo en casa, en su propia cama.

—Eso no es el hospital —señaló Elinor—. Zaddie y yo nos encargaremos de ella.

Bray sacó a MaryLove del coche y la metió rápidamente en casa de Elinor, subió las escaleras, cruzó el pasillo y la dejó en la cama de la habitación delantera.

Elinor les siguió, llamando a Zaddie.

—Ahora marchaos todos —dijo Elinor, cerrando la puerta—. Zaddie y yo la cambiaremos de ropa y le daremos un baño con esponja. Así estará más fresca y cómoda. Oscar, será mejor que llames a Leo Benquith y le pidas que venga.

Todos hicieron lo que se les había pedido. El doctor Benquith llegó y encontró a MaryLove muy débil y enferma, recostada sobre las almohadas de la habitación delantera. Aunque ahora parecía tener cierta conciencia de dónde estaba, parecía tan ida que ni siquiera se opuso a que la dejaran al cuidado de su nuera. Elinor y Zaddie aguardaron a los pies de la cama mientras Leo Benquith la examinaba.

—Es una fiebre —concluyó encogiéndose de hombros—, como ha dicho todo el mundo. Y, Elinor, has hecho exactamente lo que tenías que hacer. Señora Caskey —añadió, dirigiéndose a MaryLove en voz alta, como si la sordera formara parte también de su dolencia—, Elinor va a cuidar de usted hasta que se recupere.

MaryLove cerró los ojos y suspiró.

Aquella noche, durante la cena, Oscar le dijo a Elinor:

—¿Seguro que no deberíamos ingresar a mamá en el hospital?

—Ya has oído lo que ha dicho Leo Benquith —respondió Elinor—. Sé lo que me hago y Leo se pasará por aquí todas las tardes. La señora MaryLove detestaría el hospital, con todos esos extraños. Y, Oscar, cuando empiecen a llamar desde Chicago, diles que está bien, pero que no quiere ponerse al teléfono. Como crean que sigue enferma, harán las maletas y volverán a casa. Tu mamá tiene a la familia bien entrenada.

—¿Pero no crees que deberían estar aquí?

—No, no lo creo. Creo que solo serían una molestia. Yo voy a ahuyentar a todas las visitas hasta que logre recuperarse. Para cuando vuelvan todos, tu madre estará ya fuera de la cama y no hará más que quejarse porque la han dejado tirada. Se lo va a recordar hasta el fin de los tiempos.

Así pues, MaryLove quedó al cuidado de su nuera. Elinor pasaba el día entero sentada con ella en el dormitorio principal, mientras la insobornable Zaddie echaba con actitud implacable a todas las visitas que llamaban a la puerta de casa. El único que podía entrar era Leo Benquith, que acudía una vez al día, justo después de la comida. Examinaba a MaryLove en presencia de Elinor y entonces regresaba al piso de abajo, donde aceptaba sin falta el vaso de té helado con el que Zaddie lo estaba esperando. En una de esas ocasiones se sentó en el porche delantero y le dijo a Oscar lo que pensaba.

Y lo que pensaba no era muy alentador.

—Oscar, no sé qué le pasa a tu madre —dijo Leo—. Tiene una especie de fiebre y no parece que logre deshacerse de ella. Va a tener que pasar una buena temporada ahí arriba, haciendo reposo de verdad.

—Tal vez deberíamos llevarla al Sagrado Corazón de Pensacola... —sugirió Oscar tímidamente.

—Bueno, yo no os lo recomendaría —respondió Leo—. Yo la dejaría en su cama y que Elinor se quede con ella todo el tiempo. Aquí tiene toda la comida y la bebida a la que está acostumbrada. Eso es lo que haría yo.

—Leo, pero ¿qué tiene, concretamente?

—Como te digo, es una especie de fiebre. Una fiebre del pantano, o algo así. Se parece a la malaria, aunque no es malaria, claro. La verdad, Oscar, no sé qué es. ¿Tu madre ha salido a pescar últimamente?

—Me cuesta mucho imaginar a mamá pescando. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque hace muchos años un anciano de color, ni siquiera

recuerdo su nombre, enfermó de lo mismo, o de algo muy, muy parecido, según creo recordar. Fue uno de los casos de papá, yo aún era joven, pero me acuerdo porque en aquella época solía acompañarlo en sus visitas. El anciano era pescador y solía pescar en el Perdido, unos kilómetros más arriba de aquí, supongo.

—Sería antes de que yo naciera, porque no lo recuerdo. ¿Pero tenía lo mismo?

—Creo que sí. Dijo que se cayó de la barca, que tragó un poco de agua y que casi se ahoga. Volvió a casa y se metió en la cama.

—¡Pero por el amor de Dios, Leo! Si uno pudiera pescar una enfermedad así en el agua del Perdido, ¿no crees que ya estaríamos todos muertos? Empezando por Elinor; mi mujer nada en el río todo el tiempo. Siempre lo ha hecho y no ha estado enferma ni un día desde que nos casamos en el salón de James. ¿Qué pasó con ese anciano?

—¡Ay, Oscar, eso fue hace tanto tiempo! El hombre lleva muerto veinticinco años.

—¿Pero de qué murió?

Leo Benquith se quedó mirando a Oscar pero no le respondió.

—Murió de la fiebre que cogió en el agua de Perdido, ¿no es así? —dijo Oscar, y sacudió la cabeza con pesar—. Perdona, Leo, no es que no crea que eres el mejor médico del condado y todos los condados a la redonda. Es que últimamente mamá y yo no nos llevamos muy bien...

—Me lo comentó Florida.

—¡Y si le pasara algo justamente ahora creo que me moriría! Escúchame, Leo, ¿tú crees que si fuera ahí arriba y me disculpara, mamá me oiría y entendería lo que le digo?

—Es posible.

—¿Y estaría bien que lo hiciera?

—Siempre y cuando no le insistas para que te responda, porque no estoy seguro de que pueda. Oscar, te diré qué vamos a hacer: espera un rato, deja que se recupere de las emociones de mi visita y entonces sube y pregúntale a Elinor si está preparada. Ella lo sabrá.

—¡Elinor es una excelente enfermera para mi madre! —exclamó Oscar con orgullo.

—Desde luego —coincidió Leo—. Creo que Elinor sabe tanto sobre la enfermedad de MaryLove como yo mismo.

Así pues, una hora más tarde, después de haberse tomado dos vasos más de té helado, de haber dado un par de vueltas a la casa, de haber rebuscado con un palo en el arrurruz de la base del dique por si aparecía alguna serpiente extraviada y de haber llamado a Zaddie para que lo dejara entrar por la parte de atrás, Oscar subió y llamó a

la puerta del dormitorio.

Elinor abrió con delicadeza y salió al pasillo.

—¿Cómo está mamá?

—Igual.

—Elinor, ¿puedo hablar con ella?

—¿Sobre qué?

—Sobre... cosas —dijo de forma vaga e incómoda.

—¿Vas a gritarle?

—¡No, claro que no! Le voy a pedir que me perdone.

—¿Que te perdone por qué?

—Por no haber ido a verla en los últimos cinco años.

—Oscar, eso fue culpa de MaryLove, no tuya.

—Ya lo sé, pero debería haber ido de todos modos. Mamá siempre ha sido así y yo lo sabía. Tal vez si le digo «Mamá, ¿me perdonas?» se sienta mejor. ¿Tú qué crees?

Elinor reflexionó un instante y finalmente se apartó de la puerta.

—Está bien, Oscar. Entra. Pero habla en voz baja. Y no insistas en que te diga que sí ni que no, que asienta o niegue con la cabeza, ni en que te dé un beso.

—No lo haré. ¿Pero tú crees que me va a oír? ¿Que entenderá lo que le diga?

—No lo sé, Oscar. Me bajo a hablar con Zaddie, pero luego volveré a subir y te echaré, o sea que más te vale ir al grano.

Elinor se alejó en silencio por el pasillo, hacia las escaleras, y Oscar entró en el dormitorio con paso vacilante.

La habitación estaba oscura y poco ventilada, aunque fuera brillaba el sol y una brisa constante procedente del Golfo mantenía el calor de la tarde a raya. Las ventanas tenían los batientes cerrados, las persianas bajadas y las gruesas cortinas corridas. Una delgada línea de luz recorría tenuemente el zócalo bajo las ventanas, el único indicio de que en el exterior no era noche cerrada. En la habitación flotaba un inconfundible olor a enfermedad, como si esta hubiera impregnado la ropa de cama, los muebles e incluso las paredes y el suelo. Sobre una mesa llena de medicamentos había un ventilador oscilante. Giraba con esfuerzo, fruto de un fallo mecánico, pero Oscar casi tenía la impresión de que sus dificultades podían deberse también a la densidad del aire que tenía que desplazar. Había una alfombra adicional en el suelo y habían puesto cojines en todas las sillas y paños sobre todas las superficies para evitar ruidos molestos. Una débil bombilla brillaba detrás de una pantalla de seda carmesí. Oscar miró a su alrededor y no le extrañó en absoluto que su hija tuviera miedo de

dormir en aquella habitación. Las paredes eran de color verde, pero parecían tan oscuras como la araña negra de hierro fundido que pendía en el centro del techo. Había estado muy pocas veces en aquella habitación. Con la puerta cerrada, la luz apagada y el sonido exterior amortiguado, no parecía que formara parte de la casa.

Asimismo, su madre, echada en la cama, ya no parecía que formara parte de su vida. Ya no era la mujer que conservaba en sus recuerdos y pensamientos. MaryLove yacía inmóvil, respirando entre estertores. Iba vestida con un grueso camisón de lino y estaba recostada en las almohadas. Las sábanas, la colcha y el edredón, impecablemente colocados, la cubrían casi hasta el cuello. Sus manos, blancas y frágiles, reposaban sobre la sábana doblada.

MaryLove tenía los ojos abiertos, pero estos no miraban a su hijo. Para asegurarse, Oscar se movió unos metros hacia la izquierda, sin que los ojos de su madre reaccionaran. Entonces volvió a colocarse en su línea de visión.

—¿Mamá? —dijo.

Aguzó el oído y se preguntó si no había detectado una ligera alteración momentánea en su respiración; no era fácil saberlo con el ruido del ventilador.

—Mamá, he venido a verte un momento.

Se acercó a la mesa y apagó el ventilador. De pronto se percató de la inquietante aspereza de la respiración de su madre.

—Lo volveré a encender enseguida —le aseguró de vuelta a la cabecera de la cama—. Pero quiero asegurarme de que oyes lo que te voy a decir.

Hizo una pausa, esperando algún indicio de que ella lo había oído o de que estaba de acuerdo con que continuara. No recibió ninguno, pero sintió que debía seguir hablando.

—Mamá, siento mucho que estés enferma. Lo único bueno de todo esto es que así Elinor y yo podemos cuidarte. Sabes qué significa eso, ¿verdad? Significa que ya nadie está molesto. Elinor no haría todo lo que está haciendo si siguiera enfadada contigo, ¿verdad? No se pasaría el día entero aquí arriba, todos los días de la semana, ni tampoco dormiría aquí todas las noches. Mamá, solo quiero que sepas que yo tampoco estoy enfadado. Ni siquiera pienso ya en las cosas que me ofendieron. Solo quiero que te pongas bien. Para cuando regresen todos de Chicago, quiero que vuelvas a tu casa y sigas quejándote por todo. Y que te enfades con ellos por haberse marchado y haberte dejado aquí sola. Pero te diré algo: me alegro de que lo hayan hecho, porque así Elinor y yo tenemos la oportunidad de demostrarte lo mucho que te queremos. Quería asegurarme de que oyeras eso: que no

sea tu enfermero no significa que no me importes, porque sí me importas. Es solo que no sabría qué hacer, aquí. Te miro y ni siquiera sé si estás oyendo lo que te digo. No sabría ni qué medicinas darte, por eso es Elinor quien se está encargando de todo esto y no yo. Elinor se está comportando mejor de lo que esperaba, mamá. Si piensas que no os habéis llevado bien en todos estos años, ¿no te dan ganas de llorar? ¿Sabes que hace ya diecisiete años que Elinor y yo estamos casados? Es increíble, ¿no te parece? Aún recuerdo la primera vez que...

Justo en ese momento Elinor abrió la puerta de la habitación.

—Oscar, ya basta por ahora —dijo—. Es hora de que tu madre se tome la medicina. Vuelve a encender el ventilador.

Oscar lo hizo.

—¿Tú crees que me ha oído? —preguntó—. Querría asegurarme de que ha oído lo que le he dicho...

Elinor se volvió hacia su suegra, en la cama.

—Estoy segura de que ha oído cada palabra.

Entonces cogió una botella con un líquido rojizo que había en una bandeja junto al ventilador, desenroscó el tapón y midió la dosis con una vieja cuchara sopera de plata.

—¿De verdad estás segura? —insistió Oscar con angustia.

—De verdad. Oscar, es hora de que vuelvas al aserradero. Puedes volver a hablar con MaryLove más tarde —dijo Elinor, que rodeó la cama con la medicina.

—¿Es la receta de Leo?

Con una mano, Elinor apretó las mejillas de MaryLove hasta que esta abrió la boca involuntariamente. Oscar vio cómo Elinor vertía el líquido y acto seguido le levantaba la barbilla hasta que la mandíbula se le cerraba con un chasquido de dientes.

—No —respondió Elinor, enderezándose—, es mía.

Oscar se detuvo en la puerta y la abrió despacio.

—Volveré a las cinco, Elinor. —Miró una vez más a su madre en la cama. De pronto esta parecía estar mirándolo fijamente. En sus ojos Oscar vio lo que le pareció miedo—. Mamá —añadió—, Elinor te va a cuidar bien.

Salió y cerró la puerta tras de sí; no vio cómo los labios de su madre se afanaban para pronunciar tres sílabas.

—Per... di... do —susurró MaryLove.

Elinor miró a su suegra y subió la potencia del ventilador, que acalló la respiración áspera de MaryLove.

Elinor se sentó en la mecedora, a los pies de la cama, y abrió una revista sobre su regazo.

Los dedos de MaryLove retorcieron débilmente el dobladillo de la sábana y de sus labios salieron dos palabras:

—Me ahogo...

Debilidad, incoherencia, inmovilidad, dependencia... Había muchas cosas que MaryLove Caskey no había experimentado nunca pero que de pronto se agolpaban sobre ella. Recordaba cuando había caído enferma en la estación de Atmore y también el momento en el que había abierto los ojos por primera vez en la habitación delantera. La había reconocido por las flores pintadas a mano a los pies de la cama, que formaba parte de un conjunto que había elegido ella misma en Mobile, los primeros muebles que había comprado para la casa de su hijo.

Tenía las extremidades insensibles y al mismo tiempo muy frías. Le ardía la cabeza. Tenía la sensación de estar despertándose continuamente, aunque sin abrir los ojos. Nunca recordaba haberse dormido. Le habría gustado soñar; pero lo único que lograba retener en la mente eran sus frías extremidades, el ardor de su frente y el perfil de Elinor Caskey, que se mecía en una silla a los pies de la cama. A veces aparecía Zaddie, pero la voz de la muchacha sonaba distante cuando hablaba con Elinor, como si MaryLove la oyera desde la casa de al lado, como si fuera una voz atrapada en su sueño.

La voz de Elinor, en cambio, sonaba siempre clara y cercana, como si susurrara al oído de MaryLove en la oscuridad.

Nunca tenía hambre, ni recordaba haber comido nada. Lo único que recordaba era cómo los dedos de Elinor le presionaban las mejillas para que el líquido rojo de aquel frasco de medicamento sin etiqueta se colara entre sus labios abiertos. Horas más tarde todavía sentía, entre las encías y los dientes, el regusto de la arenilla.

Le extrañaba que aquel líquido fuera una receta de Leo Benquith; después de tomárselo siempre se sentía peor y más débil.

Con el paso de los días (MaryLove suponía que eran días, aunque no podía más que aventurarlo por los diferentes atuendos que llevaba Zaddie cuando entraba en la habitación con las bandejas cargadas de la comida de Elinor), MaryLove fue perdiendo la sensibilidad en todo el cuerpo. Ya no sentía el frío en las extremidades, pero las sábanas, la colcha y el edredón le pesaban como si fueran de plomo. Tenía las manos libres, pero el aire de la habitación también parecía pesado y sentía que la aplastaba hasta que no podía ni moverse. El sudor se le acumulaba en la frente, y de vez en cuando se le metía en los ojos y le escocía. Agradecía aquel escozor, pues era la única sensación que le quedaba.

Por lo demás, le abrumaba la sensación de estarse llenando de líquido, como si su cuerpo no fuera más que una piel que se iba dando de sí a medida que Elinor vertía aquel nocivo líquido rojo. No era exactamente dulce, pero le recordaba al néctar de moras que su nuera le había servido el día antes de caer enferma. Las piernas y el vientre le pesaban ya tanto que parecían hundirse en la cama y MaryLove estaba segura de que no volvería a moverlos nunca más. ¡Una sola cucharada de aquella medicina parecía llenarle el cuerpo con litros de líquido! Cada día se sentía más y más pesada. El líquido le llenaba los pulmones y le dejaba cada vez menos espacio para tomar aire. Su respiración se volvió superficial y agitada, y sintió que empezaba a ahogarse. En su cerebro se formó una imagen involuntaria: flotaba lentamente Perdido abajo, con tan solo la boca, los ojos y la nariz sobresaliendo del agua. El resto del cuerpo estaba sumergido en el río. Estaba segura de que si braceaba iba a ahogarse en aquel dormitorio seco y mal aireado, en casa de Oscar. Aunque las cortinas hubieran estado descorridas, las persianas subidas y los batientes abiertos, MaryLove solo habría podido ver el dique, no el Perdido que había detrás, el Perdido que su nuera le administraba diariamente a cucharadas entre los labios.

MaryLove estaba segura de que aquella botella sin etiqueta contenía agua del río; ahora reconocía el sabor y la textura de los gránulos de arcilla roja que le quedaban en la lengua al tragar. La olía cada vez que Elinor desenroscaba la botella. Pero cuando esta le apretaba las mejillas no podía impedir que sus labios se separaran, del mismo modo que no podía evitar tragar cuando esta le volvía a cerrar la boca.

Elinor era incansable. Elinor nunca se apartaba de su lado.

En sus plegarias, MaryLove pedía estar a solas. Pedía morir en paz. Pedía poder dormir sin sueños, para siempre. Pedía una muerte distinta a la que su nuera le estaba preparando. Y cuando comprendió que no se le iba a conceder ninguno de aquellos deseos, le suplicó a Dios que no prolongara su condena.

Elinor se sentaba a los pies de la cama de MaryLove y se mecía en la silla. Hojeaba tranquilamente pilas y pilas de revistas e iba hasta la puerta para coger las bandejas que le llevaba Zaddie. Le pasaba el parte a Leo Benquith desde su lugar junto a la cama y, cuando este se iba, vertía corrientes enteras de agua del río Perdido en el gaznate de su suegra.

En una sola ocasión, MaryLove Caskey volvió en sí y se dio cuenta de que su nuera se había ausentado de la habitación. Como de

costumbre, tenía ya los ojos abiertos. No había tenido la sensación de despertar, simplemente se había dado cuenta de que llevaba tiempo dormida. No podía mover los ojos en las cuencas, tan solo podía mirar al frente. Pero Elinor no estaba en su silla. De alguna forma sutil que no habría podido explicarse con precisión, MaryLove supo que Elinor no estaba en la habitación y también que era de noche.

Inspiró una vez más —una bocanada mínima, que no habría percibido ni siquiera alguien que hubiera estado inclinado sobre ella— para comprobar hasta qué punto sus pulmones se habían llenado de agua.

A MaryLove se le encogió el corazón: le quedaba poco más de un centímetro de espacio en los pulmones, apenas una gota de aliento para sostenerla. Se sentía pesada y llena de agua del Perdido, y esta no paraba de subir.

«Los pulmones no funcionan así —dijo una voz severa, la voz de la antigua MaryLove—. Los cuerpos no se llenan de agua como pieles cauterizadas. Y las mujeres no se ahogan en sus camas.»

MaryLove no quería que le entrara el pánico. Si le entraba el pánico, le faltaría el aire. Y si jadeaba, el agua se movería y chapotearía, y ella moriría entre balbuceos agónicos. No tenía otra esperanza más que aferrarse a la vida. Quería aplazar aquella muerte por la que tanto había rezado.

Se obligó a seguir con aquella respiración superficial, casi imperceptible.

La habitación se oscureció como si hubiera cerrado los ojos, aunque MaryLove estaba segura de que los tenía abiertos. No habría sabido decir cuánto tiempo pasó así, aunque sí sintió que no perdía la conciencia en ningún momento.

La luz llegó de repente, pero no era la luz del alba.Tampoco era la luz de ninguna lámpara, ni tampoco la luz procedente de la puerta abierta del pasillo. Era un pálido resplandor blanco azulado, que recortaba el contorno de la puerta de aquel pequeño armario que había a la derecha de la chimenea.

MaryLove hizo un esfuerzo por concentrar sus ojos en aquella puerta; era lo único que podía hacer.

La puerta del armario empezó a abrirse poco a poco.

Dentro había un niño que miraba a su alrededor con aparente confusión. Al igual que MaryLove, no parecía que hubiera despertado, sino que simplemente se había encontrado a sí mismo en un estado de conciencia que no había existido antes. Levantó una mano ante su cara y se la quedó mirando. Entonces se asomó con cautela a la habitación oscura. MaryLove sentía que lo conocía, pero no lograba

pensar con la claridad suficiente como para identificarlo. ¿Era alguien de la familia? ¿El hijo de Queenie, tal vez?

El niño salió del armario y se adentró en la habitación. La luz blanca y azulada se desvaneció a sus espaldas. La habitación volvía a estar a oscuras.

Aunque el ventilador estaba apagado, MaryLove no oía nada más que su propia respiración superficial.

Ahora que ya no podía verlo, de repente le vino a la mente el nombre del niño: John Robert DeBordenave.

De hecho, le vino a la mente mucho más que su nombre.

John Robert había desaparecido hacía doce años. Se había ahogado en el Perdido durante la fase final de construcción del dique, pero en el breve instante en el que había aparecido bajo la luz que se proyectaba a través de la puerta abierta del armario, tenía exactamente la misma edad que cuando MaryLove lo había visto por última vez.

¿Tenía Elinor a ese chico encerrado ahí dentro?

Entonces oyó una sola pisada, infinitamente leve, sobre la alfombra.

Recostada sobre las almohadas y con las manos entrelazadas sobre las pulcras sábanas, MaryLove parecía preparada para recibir la visita de cinco gobernadores y un miembro del Gabinete. En la oscuridad no alcanzaba a ver nada.

Entonces notó un débil tirón de la sábana, cuyo dobladillo tenía agarrado con las manos. Las manos se le separaron sin poder hacer nada al respecto.

MaryLove no alcanzaba a ver nada, pero el crujir de muelles y el movimiento del colchón le indicó que John Robert DeBordenave se estaba metiendo junto a ella en la cama.

La corona

Los Caskey lo pasaron de fábula en Chicago, San Luis y Nueva Orleans. Los adultos estaban maravillados y disfrutaron tanto como los niños. Miriam era la única que parecía alicaída. Echaba mucho de menos a su abuela o, mejor dicho, echaba de menos que su abuela alardeara siempre de su superioridad sobre el resto de los niños. Sin MaryLove, Miriam era una niña más, sin privilegios especiales en comparación con los hijos de Frances y Queenie.

Cada día James llamaba a Oscar para preguntarle cómo estaba MaryLove, y cada día Oscar le contestaba que iba mejorando, pero que seguía sin poder escribir y sin ganas de levantarse de la cama o atender al teléfono. No le confesó que había una pila de postales con matasellos de Chicago, San Luis y Nueva Orleans sobre la mesita del vestíbulo, que nadie había leído ni admirado como merecían. No le dijo que, desde que James se había marchado, MaryLove Caskey no había pronunciado ni una sola palabra inteligible, ni había mostrado el más mínimo interés ni curiosidad por nada, y que el dormitorio delantero, que al principio olía a enfermedad, había empezado a oler a algo peor.

Es posible que James Caskey hubiera notado algo en el tono de Oscar y sus evasivas, pero nadie más del grupo sospechaba nada, más allá de que MaryLove iba a estar muy enfadada con todos ellos cuando volvieran a casa. Pasaron la última etapa del viaje, el trayecto de cinco horas entre Nueva Orleans y Atmore, tranquilamente sentados en sus compartimentos, hablando sobre todo de cómo iban a enfrentarse a MaryLove. Todos estuvieron de acuerdo en que esta no iba a perdonarles que la hubieran dejado en casa y se hubieran ido a divertirse por su cuenta.

—Señor —suspiró James—, nos va a caer una buena, lo presiento. Por eso no hemos oído ni una sola palabra suya: está acumulando fuerzas.

—Dirá: «No tardé ni dos días en recuperarme —comentó Sister—, pero no quisisteis esperar, os fuisteis sin mí».

—Dirá: «Este viaje lo he pagado yo y quiero que sepáis que no me ha dado ni un solo momento de satisfacción —añadió Queenie—. Que nadie vuelva a preguntarme: “Señora MaryLove, ¿podemos ir a algún sitio de viaje?”, porque no pienso pagar para que nadie vaya a ninguna parte nunca más».

Se rieron por la previsibilidad de su reacción, al tiempo que se armaban de valor ante su más que probable disgusto.

Unos kilómetros antes de llegar al destino final, el grupo se reunió en el estrecho pasillo del tren. Iban a tener muy poco tiempo para apearse y, además de que estaban cansados, iban cargados con el equipaje que se habían llevado, más todo lo que habían ido acumulando por el camino. Todos los Caskey formaron una larga fila, con Ivey a la cabeza, James y Sister en la retaguardia y Queenie y los niños en medio. Miraban por la ventanilla, atentos para ver quién era el primero que atisbaba a una persona o un punto de referencia conocidos.

El tren empezó a frenar y los niños se pusieron nerviosos, hasta que Danjo señaló con un dedo y exclamó: —¡Veo a Bray!

—¡Y ahí está la señora Benquith! —gritó Lucille.

—¡Papá! —susurró Frances.

Desde el final de la fila, Sister se asomó por la puerta abierta del compartimento y miró a través de la ventanilla del lado opuesto del vagón. En el aparcamiento de la estación vio el automóvil de Oscar, el de Florida Benquith y el Packard. En la parrilla del Packard había una corona negra.

Cuando el tren entró en la estación, los niños se taparon los oídos para protegerse del estridente silbido.

Pero no era un silbido, sino el aullido de angustia de Sister, que se levantó tras ellos al tiempo que los empujaba por el pasillo y por los escalones de metal, bajo el ardiente sol de Alabama. Mientras los demás se miraban desconcertados en el andén, y con Sister todavía aullando a sus espaldas, Bray y Oscar dieron un paso al frente, con sendas bandas de luto de crepé en los brazos.

Habían colgado una corona negra en la puerta de cada una de las casas de los Caskey y también sobre la entrada del aserradero. MaryLove yacía en un gran féretro de mimbre blanco —que recordaba un moisés de grandes dimensiones— con un forro de raso de color púrpura.

La mañana anterior, después de que Elinor encontrara el cuerpo, el empleado de la funeraria se había llevado a MaryLove y la había devuelto en apenas unas horas, ataviada con el vestido que había llevado la Pascua anterior. Habían reorganizado los muebles del salón de Elinor y habían colocado el féretro bajo las vidrieras. La luz multicolor haría que las inevitables alteraciones del color de la piel resultaran menos evidentes, según explicó el hombre. Alrededor del ataúd, innumerables gardenias y lirios perfumados en tinas recubiertas

con papel dorado enmascaraban el desagradable olor a corrupción que cualquier muerto desprendía de inmediato un mes de julio en Alabama.

Cuando Bray, Oscar y Florida Benquith partieron a recoger a los desprevenidos Caskey a la estación de Atmore, Elinor indicó discretamente a los dolientes ocasionales de Perdido que se marcharan a sus casas y retiró de manera provisional la corona de flores de la puerta para disuadir a otros. Elinor estaba sentada en el salón, hojeando sus revistas como si nada, tal y como había hecho mientras MaryLove yacía moribunda en la habitación situada justo encima. Zaddie y Roxie estaban en la cocina preparando la comida. La gente del pueblo les había llevado una gran cantidad de comida; todo el mundo sabía que no hay nada que dé tanta hambre como la pena.

Finalmente, Elinor oyó cómo se aproximaban los tres automóviles. Salió al porche y se quedó allí, esperando en silencio.

Frances bajó del primer coche y, llorando desconsolada, corrió hacia su madre.

Los demás salieron poco a poco. Iban cargados con todo el equipaje y los paquetes, y hablaban en voz baja sin mirar hacia la casa. Nadie parecía saber qué hacer.

—Dejad todas las cosas allí —dijo Elinor en voz baja, aunque la oyeron todos—. Y pasad.

La familia se reunió en silencio en el porche. Una vez cumplido su cometido, Florida Benquith se subió al coche y se marchó despacio, haciendo el menor ruido posible.

—¿Dónde la has puesto, Elinor? —preguntó James.

—En el salón principal.

Zaddie estaba al otro lado de la puerta mosquitera. La abrió, se hizo a un lado y fue saludando a todos con una inclinación de cabeza a medida que entraban.

—¿Cómo está, señora Queenie? —dijo en voz baja—. Oye, Danjo, ¿te lo has pasado bien en Chicago?

Por fin, en el porche ya solo quedaban Elinor y su hija Miriam, a la que había perdido hacía tanto tiempo. La joven de dieciséis años miró a su madre y dijo: —¿Por qué está aquí la abuela?

—Porque no podíamos dejarla en la casa de al lado. Allí no había nadie que pudiera velarla o recibir a las visitas. Y porque murió aquí.

—Odiaba esta casa —dijo Miriam, y entró para ver los restos mortales de su abuela.

«Nunca tuvo mejor aspecto», fue el comentario general, aunque en realidad todos pensaron que MaryLove nunca había tenido un aspecto más horrendo. Su rostro estaba consumido, con la piel tensa

sobre los huesos en algunas partes y lacia en otras, y tenía las manos cruzadas, como si se las retorciera de frustración. Parecía cualquier cosa menos dormida, cualquier cosa menos natural.

—¿Nos oye? —susurró Danjo. James negó con la cabeza.

Miriam se situó a los pies del ataúd y miró en el interior durante más o menos medio minuto. Tenía los ojos secos.

—¿Y sus anillos? —preguntó por fin.

Aquella noche, Sister veló el cuerpo. James la acompañó durante la primera parte de la noche y luego Oscar tomó el relevo. En aquella sala, y en aquellas circunstancias, parecía que los Caskey hubieran envejecido de golpe. Hacía mucho tiempo que no moría ningún miembro importante de la familia. James y MaryLove tenían exactamente la misma edad, pero de pronto los sesenta y seis años de James lo hacían parecer un anciano, tanto a ojos de su familia como para sí mismo. Oscar tenía cuarenta y un años, y en presencia del cadáver de su madre los aparentaba todos y cada uno. Sister le sacaba tres años, aunque de repente la diferencia entre ambos parecía aún mayor. En la oscuridad de la noche, los dos hermanos se sentaron en el sofá que había delante del féretro y se dedicaron a hablar de todo menos de su madre. Por fin, cuando ya se acercaba el amanecer y la primera luz se filtraba sobre el ataúd a través de la cristalera de colores, Sister dijo: —No era vieja. A los sesenta y seis años no se es viejo.

—Estaba muy enferma. Sister, tú no la viste en la habitación de arriba.

—Pero ¿qué tenía?

—No lo sabemos. Después de que Bray y yo la trajéramos aquí desde Atmore, no habló una sola palabra con nadie. Y no la dejamos a solas ni un minuto.

—En algún momento lo estaría —señaló Sister—. No había nadie con ella cuando murió...

—Elinor bajó al piso de abajo dos segundos y, cuando regresó, mamá ya se había ido.

—Mientras no sufriera...

—Sister, me gustaría poder decirte con seguridad que no ha sufrido, pero no lo sé. A lo mejor es que no estoy acostumbrado a estar cerca de enfermos terminales, pero nunca había visto nada parecido.

—¿Parecido a qué?

—A lo que ha pasado en la habitación de arriba.

—¿A qué te refieres? ¿Qué ha pasado?

—¡No ha pasado nada! ¡A eso me refiero! Mamá ha estado en esa

habitación todo el tiempo que habéis pasado fuera y no se ha movido, ni ha hablado, ni ha cerrado los ojos. Elinor y Zaddie han estado con ella en todo momento. Elinor dormía en un colchón plegable a los pies de la cama. No sé si mamá ha sufrido o no, pero lo que sí sé es que Elinor la ha cuidado como si fuera su propia madre y la hubiera querido todos los días de su vida. Supongo que si mamá hubiera vivido habrían vuelto a las andadas, pero mientras estaba enferma mamá tenía a Elinor siempre a su lado. Así que ha debido de sentirse bastante bien, si es que se daba cuenta...

—Yo no estaría tan segura, Oscar.

El sol se asomó tras el huerto de nogales pecanos que había frente a la casa y una luz cegadora inundó de repente las vidrieras. El féretro de mimbre adquirió una súbita preeminencia en la sala; los dedos sin anillos de MaryLove tenían un tono azulado.

Los visitantes empezaron a llegar a las siete y media de la mañana para presentar sus respetos al cuerpo por última vez. Zaddie, Ivey y Roxie prepararon una serie interminable de desayunos y un suministro inagotable de café en el comedor.

El servicio fúnebre tuvo lugar en el salón y solo asistió la familia. Early Haskew, a quien habían alertado la mañana misma de la muerte de MaryLove, llegó con apenas una hora de antelación. No lograron encontrar a Grace, que se había unido a una especie de expedición al Parque Nacional de las Great Smoky Mountains con su amiga, la que enseñaba literatura inglesa.

Si el funeral celebrado en el salón fue privado, el entierro en el cementerio fue público, y acudió prácticamente el pueblo al completo. El aserradero cerró durante todo el día y los trabajadores se paseaban por ahí entre las otras tumbas, leyendo epitafios en voz alta, sacando piedras de la tierra arenosa con la punta del zapato y golpeándose los muslos con el ala del sombrero. Depositaron el féretro de MaryLove bajo tierra, junto al de Genevieve. James, Sister y Queenie lloraron.

Después del entierro, los ciudadanos de Perdido parecieron dispersarse durante el resto de la tarde. Las tiendas quedaron vacías. Los Caskey se retiraron a sus casas por separado y pasaron el duelo a solas.

La casa de Elinor y Oscar estaba llena de comida. Aquella tarde silenciosa, Zaddie y Bray hicieron varios viajes para repartir potajes, jamones, montones de guisantes y cosas por el estilo entre los demás Caskey, que seguro que tampoco tenían ningunas ganas de cocinar.

Elinor, Oscar y Frances estaban sentados en el porche de arriba. El día se había vuelto más caluroso aún de lo habitual y desagradablemente húmedo. Incluso el arrurruz del dique parecía

estar medio marchito bajo la presión atmosférica. El chirrido de las cadenas del columpio sonaba apagado y, en el piso de abajo, Zaddie trabajaba descalza.

—¿Estás triste? —le preguntó Oscar a su hija.

Frances asintió con la cabeza. Estaba sentada en el columpio junto a su madre, que la cogía de la mano.

—Qué impresión, ¿no?

Frances asintió de nuevo.

—Elinor —comentó Oscar—, esta mañana Sister me ha preguntado por qué no les dijimos que volvieran a casa si MaryLove estaba tan enferma.

—Sabes perfectamente por qué no lo hicimos, Oscar.

—¿Por qué?

—Porque no habría servido de nada tener a todo el mundo aquí. De hecho, habría sido contraproducente para tu madre. Con toda esa gente entrando y saliendo, mañana tarde y noche, no habría tenido ni un minuto de descanso.

—Pero se murió de todos modos —señaló Frances—. Y nadie la pudo ver.

—Frances tiene razón —dijo su padre—. Cuando todos volvieron, mamá estaba ya en su ataúd. No les culpo por sentirse tan mal. James dijo que es horrible pensar que mientras ellos se lo pasaban en grande en Chicago, San Luis y Nueva Orleans, mamá estaba en la habitación delantera, agonizando sin que ellos supieran nada.

—Pero es que esa es la cuestión, Oscar. Aunque lo hubieran sabido, no habrían podido hacer nada.

—Mamá habría querido que estuvieran todos en casa.

—¡Sí! —dijo Frances.

—Bueno —dijo Elinor—, pero no era tu madre quien dirigía el cotarro. Era yo.

Oscar no dijo nada más y siguió abanicándose diligentemente con un anuncio de la funeraria a modo de abanico de papel. Al cabo de un rato se levantó, se acercó a la baranda del porche y miró hacia la casa de su madre. Se volvió y parecía estar a punto de decir algo, pero entonces cambió de opinión y de repente comentó: —¿Te has dado cuenta de que Early mascaba tabaco?

—¿En el funeral?

—¡Sí! —exclamó Frances—. Miriam lo vio escupir entre unas camelias y ya no quiso hablar más con él. Dijo que alguien tan rústico no es digo de sus palabras.

—¿Cuánto tiempo crees que va a quedarse? —preguntó Oscar.

—¿Cómo voy a saberlo? —contestó Elinor.

—A lo mejor has hablado con él.

—Pues no —dijo Elinor—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque probablemente Sister se marchará con él.

—¿Y?

—¿Qué pasará con Miriam entonces?

—Miriam vendrá a su casa, con nosotros —dijo Elinor con tono rotundo.

—¿Su casa? —repitió Oscar—. Miriam nunca ha vivido aquí. No creo que haya pisado esta casa más de seis veces en toda su vida.

—¿Crees que de verdad querrá mudarse aquí? —preguntó Frances conteniendo la emoción.

—¿Adónde va a ir, si no? —respondió Elinor—. Mañana o pasado enviaré a Zaddie para que le haga el equipaje.

—Pero, mamá... —dijo Frances en tono vacilante—. ¿Le vas a dar mi habitación?

—¡Claro que no! La pondremos en el dormitorio delantero.

—¡No puede dormir ahí! —exclamó Oscar.

—¿Por qué no?

—¡Mamá murió en esa habitación! ¡En esa misma cama!

—Bueno, Oscar, pero eso no va a perjudicar a Miriam. La propia MaryLove durmió durante veinte años en la misma cama donde murió tu padre. De hecho, es probable que durmiera allí la misma noche en que tu padre murió, ¿no es así?

Oscar asintió en silencio.

—No creo que Miriam se asuste —dijo Frances en voz baja—. Pero si se asusta, puede dormir conmigo.

Elinor sonrió a su hija.

—¿No eres un poco mayor para compartir cama?

—¿Miriam se portó bien contigo durante el viaje? —preguntó Oscar.

—Sí, papá... —respondió Frances lentamente.

—¿En serio? —insistió su madre.

—Bueno, a veces era un poco seca conmigo, pero no me importaba. Estaría preocupada por la abuela.

Oscar y Elinor intercambiaron una mirada.

—Vamos a tener que hablar con Miriam —dijo el padre de esta.

—Miriam quiere saber dónde están los anillos de la abuela, mamá.

—¿Te dijo algo al respecto?

—En el funeral.

—¿Y tú qué le contestaste?

Frances dudó un instante.

—Frances, ¿qué dijo Miriam sobre los anillos?

—Dijo que eran suyos y que tú se los habías robado. Dijo que la abuela se los había dado para su caja fuerte de Mobile.

Elinor no dijo nada, pero su expresión era severa.

—Elinor, Miriam debe de estar muy afectada. Ya sabes cómo quería a mamá. ¡Por Dios, vivió con ella toda su vida y...!

—No pasa nada, Oscar. No estoy disgustada. De una forma u otra, Miriam y yo arreglaremos las cosas.

14

La heredera de MaryLove

La muerte de MaryLove alteró considerablemente la configuración de la familia Caskey. MaryLove había sido su cabecilla, su fuerza motriz, su principal fuente de reprimendas y el rasero por el que se juzgaban todos sus logros, alegrías y tristezas. Ahora que ya no estaba, los Caskey miraron con inquietud a su alrededor para intentar averiguar quién ocuparía el puesto vacante. James era el mayor, pero era un hombre frágil, retraído y sin vocación de liderazgo. Oscar era el heredero varón de MaryLove, pero los Caskey estaban acostumbrados a que fuera una mujer la que ocupaba el timón, por no decir que Oscar habría tenido que demostrar que estaba preparado para asumir aquel rol. Sister vivía lejos; Grace estaba completamente absorta en su vida en la escuela femenina de Spartanburg. Y Queenie no era realmente una Caskey. Todo apuntaba a que la carga iba a recaer en Elinor.

Los Caskey la habían empezado ya a considerar la opción natural, por lo que empezaron a buscar razones para que fuera también la opción racional. Además de ser la mujer del director del aserradero, fuente de todo el poder y el prestigio de los Caskey, Elinor tenía un estatus propio en Perdido. Mantenía la casa más grande del pueblo y había demostrado su valor al osar enfrentarse a MaryLove. ¿Qué otra persona había hecho algo así sin estar obligada por la más absoluta desesperación?

Era extraño, pero Elinor parecía haber cambiado en los últimos años. Su transformación había sido más lenta pero no por ello menos radical que la que había sufrido James tras la muerte de MaryLove. Decir que este había atisbado su propia mortalidad se quedaba corto: James había visto su urdimbre en el féretro bañado por la luz de colores. Y los tres años de enfermedad de Frances parecían haber tenido un efecto similar en Elinor. La constancia y determinación con la que había cuidado a su hija casi parecían sugerir que Elinor se sentía capaz de curarla por sí misma. A medida que los días de atenciones se habían convertido en semanas, y las semanas en meses, la determinación de Elinor por demostrar sus dotes curativas no había hecho más que crecer. Cuando finalmente, después de tres años de sufrimiento, Frances se había recuperado, nadie habría sabido decir si su curación se debía a los baños de Elinor, a la medicina del doctor Benquith o a algún mecanismo inesperado que se había accionado por

casualidad en el organismo de la niña. Que su hija sufriera aquel episodio paralizante y que ella misma no hubiera sido capaz de curarla de forma rápida y sencilla parecía haber supuesto una lección de humildad para Elinor, que durante aquel período incluso había dejado de enfrentarse a su suegra. Ahora que MaryLove había muerto, Elinor Caskey se presentó ante la familia con una actitud más sumisa, preparada solemnemente para recibir la corona de los Caskey.

Cuanto más pensaban en ello, más claro tenían todos que Elinor iba a ser la nueva cabeza de familia. No hubo ninguna delegación que la informara de la decisión, pero fue lo único que faltó. Los miembros de la familia empezaron a pedirle su opinión en todo tipo de asuntos, grandes y pequeños, y la aceptaban siempre sin objeciones. Su casa se convirtió en el corazón de toda la actividad familiar. Con un leve chirriar de engranajes y girar de ruedas, el centro del universo de los Caskey se desplazó veinte metros hacia el oeste.

Pero, aunque observaban con gran atención, los Caskey apenas apreciaron cambio alguno en el funcionamiento familiar. Durante la primera semana de luto por MaryLove hubo poca actividad. Los Caskey casi no salían de casa. Early Haskew se había ido tal como había llegado, dejando tras de sí su esposa y manchas de tabaco de mascar en las hojas de las primorosas camelias de MaryLove. Miriam se quedó con Sister, en casa de MaryLove.

—¿Cuándo vamos a ir a por Miriam? —le preguntó Oscar a su mujer.

—No quiero obligarla a levantar raíces aún —contestó Elinor—. Está muy apegada a Sister. Tendremos tiempo suficiente cuando esta vuelva a Chattanooga.

—¿Y cuándo piensa marcharse Sister?

—Está esperando a la lectura del testamento, supongo. No sé qué más podría retenerla aquí.

Entre los Caskey corrían todo tipo de especulaciones sobre el contenido del testamento de MaryLove. En el pueblo se daba por hecho que esta habría dividido su cuantiosa fortuna entre sus dos hijos, Oscar y Sister. Oscar se vería por fin recompensado por sus muchos años de servicio en el aserradero, y Sister podría dejar de preocuparse por si Early lograba arañar trabajo en medio de la depresión económica. Sin duda el testamento incluiría también alguna provisión especial para Miriam, ya que MaryLove había querido mucho a la niña. Perdido no podía imaginar que la difunta hubiera hecho algo diferente.

Los Caskey, en cambio, sabían hasta dónde era capaz de llegar MaryLove con tal de frustrar la felicidad ajena y desbaratar todas las

expectativas. No era inconcebible, por ejemplo, que se lo dejara todo a James, que era viejo y ya no lo necesitaba; o a Miriam, que era joven e incapaz de gestionarlo. Elinor estaba particularmente ansiosa por que llegara el momento de la lectura del testamento. Quería que Oscar recibiera el dinero cuanto antes mejor para así poder adquirir la última parcela de Henry Turk, pues temía que otro comprador pudiera adelantárseles.

—Ve a ver a Henry, Oscar, y dile que no se la venda a nadie más. Dile que se la compraremos en cuanto se lea el testamento de MaryLove.

—Elinor, tenemos que esperar; ni siquiera estamos seguros de a quién ha dejado mamá su dinero. Y aun en el caso de que yo reciba la mitad y Sister la otra mitad, todavía pasará un tiempo antes de que se formalice el asunto. Tardaré por lo menos seis meses en ver un solo centavo de la herencia.

—Pues pídele el dinero prestado a James. No podemos dejar que esos terrenos del condado de Escambia se nos escapen.

—¿A qué viene este ímpetu por comprar tierras en Florida? Nunca hemos considerado oportuno cruzar fronteras estatales.

—Son buenos terrenos, Oscar.

—Son iguales que los de aquí: los mismos árboles, los mismos arroyos, el mismo Perdido fluyendo al lado... Con la diferencia de que están en una zona deshabitada y de difícil acceso. Henry Turk nunca sacó un centavo de esas tierras, por eso aún las conserva: nadie en su sano juicio las quiere. Henry logró deshacerse de todo menos de eso. Además, ya sabes que si nos hiciéramos con ellas tendríamos que aprender sobre las leyes y los impuestos de Florida.

—Si no las compramos te arrepentirás.

—¿Por qué?

—Conozco esas tierras —respondió Elinor— y algún día nos darán más dinero del que jamás hayas soñado.

A Oscar lo desconcertó aquel comentario. Por lo que él sabía, su mujer nunca había estado en ninguna parte del condado de Escambia, en Florida. ¿Cómo era posible que supiera nada de aquellos cuadrantes de pino, surcados por arroyos y afluentes que desembocaban en el bajo Perdido?

El testamento era breve. Dos mil dólares iban para Ivey Sapp y Bray Sugarwhite, para que se construyeran una casa nueva en un terreno más alto que Baptist Bottom, y quinientos dólares iban para Luvadia Sapp. Setecientos dólares servirían para pagar un vitral nuevo para la iglesia metodista a la que asistía la familia, y se destinarían trescientos

más a una nueva pila bautismal para la iglesia metodista de Baptist Bottom. Diez mil dólares iban a ir al Athenaeum Club, que crearía una beca para que una chica de Perdido pudiera asistir a la Universidad de Alabama.

Los Caskey asintieron con gesto de aprobación ante aquellos pequeños legados que, según pensaron todos, demostraban el sentido de responsabilidad comunitaria de la difunta.

El grueso de la fortuna (su mitad del aserradero de los Caskey y las industrias afiliadas; las tierras y los derechos de arrendamiento; las acciones y los bonos; las hipotecas y los gravámenes sobre otras propiedades en los condados de Baldwin, Escambia, Monroe y Washington; las cuentas de ahorro en el banco de Perdido, tres bancos de Mobile y dos bancos de Pensacola; y las inversiones en Luisiana y Arkansas) se dividiría a partes iguales entre su querido hijo Oscar y su devota hija Elvennia Haskew.

A su nieta, Miriam Caskey, MaryLove le dejaba su casa, con todo su contenido, y el terreno sobre el que se cimentaba; todas sus joyas, piedras preciosas y semipreciosas, montadas o sueltas; toda la platería y otras antigüedades, y el contenido de cuatro cajas de seguridad distribuidas en varios bancos.

Hubo un enorme alivio entre los familiares. MaryLove había hecho lo que todos consideraban correcto y adecuado, y no había tratado de perpetuar sus animadversiones desde la tumba. Al parecer, contemplar su propia muerte a la hora de escribir su testamento había atemperado la malicia de su enfermizo amor.

Miriam tenía dieciséis años pero parecía mayor. Y sentía que tenía razones para parecerlo: después de todo, era heredera por derecho propio. Tenía varias cajas de joyas en su habitación y varias cajas de seguridad más llenas de diamantes, rubíes y zafiros repartidas por cuatro bancos diferentes de Mobile. No era la hija de nadie. MaryLove había muerto y la había dejado tan sola como si la hubiera abandonado en medio del bosque. Y, desde luego, no era de sus padres, que habían renunciado a ella cuando aún era un bebé y que, a pesar de su proximidad física durante todos esos años, seguían siendo poco más que extraños. Para Miriam eran más bien como unos primos segundos o terceros a los que no quieres particularmente, aunque se parezcan a ti y lleven tu nombre. Y aunque en su día lo hubiera sido, tampoco era de Sister, que se había ido y se había casado con Early Haskew, a quien Miriam detestaba por sus toscas costumbres campestres y su tabaco de mascar.

Unas horas después de la lectura del testamento, Sister y Miriam

se sentaron juntas a la mesa para cenar. Sister había ayudado a criarla cuando aún era un bebé, pero después se había casado y Miriam se había convertido en hija de MaryLove y de nadie más. Sister y Miriam no se habían convertido exactamente en extrañas, pero ahora había una cierta distancia entre ambas.

—Tiene gracia —dijo Miriam.

—¿Qué?

—Pensar que ahora esta casa, con todo lo que contiene, es mía.

—Me alegro de que mamá te la haya dejado —dijo Sister—. Así podrás venderla. Y tener algo de dinero en el banco te permitirá estudiar.

—No tengo intención de venderla.

Sister levantó la vista, sorprendida.

—¿Vas a dejarla vacía? No deberías hacerlo, y lo sabes. Las ratas se instalan en las casas vacías. Se te van a colar ardillas en el techo.

—Voy a vivir aquí —dijo Miriam.

Sister estaba más sorprendida que nunca.

—¿No vas a volver a Chattanooga conmigo?

—Odio Chattanooga.

—Nunca has estado allí. ¿Qué crees que odiarías de la ciudad?

—Todo.

—Eso no es una respuesta.

—¿En serio quieres una respuesta, Sister?

—Sí, claro que sí.

—No estaría cómoda —dijo Miriam.

—¿Cómoda?

—Con Early.

—¿No te gusta Early?

—No me siento cómoda con él, eso es todo. Es demasiado... campechano. No estoy acostumbrada a convivir con gente del campo.

Sister se sonrojó.

—Esa escuela a la que vas está llena de chicos y chicas mucho más campechanos que Early.

—Pero no tengo que vivir con ellos.

Miriam y Sister pasaron los platos para repetir. Ivey salió de la cocina y les sirvió más té helado.

—Ivey ya me ha dicho que se quedaría conmigo.

—Sí, señora —le confirmó Ivey a Sister—. Se lo he dicho.

Sister negó con la cabeza.

—¿Y tu madre qué dice?

—¿Te refieres a Elinor?

—Sí, claro que me refiero a Elinor. Si regreso a Chattanooga y no

te llevo conmigo, Elinor dirá que tienes que ir a vivir a su casa con ella y Oscar.

—No me mudaría con ellos ni aunque me echaran una soga al cuello y me arrastraran por el patio.

—Yo que tú no le daría ideas a Elinor... Quiere que vuelvas, me lo dijo ella misma.

—¿Qué dijo?

—Me dijo: «Sister, no intentes llevarte a Miriam de vuelta a Chattanooga, porque la quiero aquí conmigo».

—¡No puede obligarme!

—Eres su hija, Miriam. Es lo que hay.

Pasaron un rato en silencio. Ivey se llevó los platos y sacó el postre: un pastel de crema de Boston, el favorito de Sister.

—No quiero ir a Chattanooga —le dijo Miriam a Ivey.

—Sí, ya lo sé —dijo Ivey con voz apacible.

—Y desde luego no quiero mudarme con Elinor y Oscar.

—No, señorita, ya sé que tampoco quiere eso.

—Lo que quiero es quedarme en esta casa.

—Le encanta esta casa —dijo Ivey con orgullo—. Y la señora MaryLove se la ha dejado para que pueda vivir aquí.

—Entonces ¿qué hago? ¿Cómo puedo quedarme aquí?

Miriam miró a la sirvienta de color en busca de una respuesta. Sister, como si supiera exactamente cuál iba a ser la respuesta, siguió comiendo su pastel.

—Señorita Miriam, ¿por qué no le pide a Sister que se quede aquí con usted?

Miriam la miró, sorprendida.

—Pero ¿y qué pasa con Early?

—El señor Early tiene sus trabajos aquí, allá y en todas partes —dijo Ivey—. Sister, ¿quiere otro trozo de tarta?

—Desde luego que sí.

—Sister —dijo Miriam—, ¿te quedarás aquí conmigo? ¿Serás mi mamá?

Sister hundió la cuchara en el segundo trozo de tarta.

—Déjame pensarlo, Miriam. Tengo que consultarlo con la almohada.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, Miriam se apresuró a abordar a Sister.

—¿Has tomado ya una decisión? —le preguntó.

—No, y no quiero que me atosigues. No tienes derecho a pedirme que abandone a Early solo para que tú puedas salirte con la tuya.

—Entonces ¿te vas?

—Aún no.

—¿Cuándo?

—Ya te he dicho que no quiero que me atosigues.

—¿Cuándo puedo volver a preguntarte si te has decidido?

—Nunca.

—Pero, entonces, ¿qué le digo a Elinor cuando venga y quiera llevarme a su casa?

—Yo me ocuparé de tu madre, Miriam. Pero deja de preguntarme.

Miriam no dijo nada más. Y aquel día que tanto temía quedó pospuesto, ya que Sister no regresó a Chattanooga; se quedó en Perdido, primero una semana tras la lectura del testamento, luego dos semanas, y luego un mes. Pero la muchacha vivía en vilo, ya que Sister no quería decirle cuánto tiempo pensaba permanecer en la casa que Miriam había heredado.

En la casa de al lado, Oscar estaba preocupado. Creía que ya iba siendo hora de que Sister se marchara a su casa y de que Miriam se instalara en la habitación delantera. Pero cuando le mencionó sus recelos a Elinor, esta le dijo:

—Déjalo, Oscar. No presiones.

—¿A qué te refieres, Elinor? ¿A quién no tengo que presionar? ¿Sabes algo que no me estés contando?

—Nadie me ha dicho nada. Pero si yo fuera tú, de momento dejaría a Sister y a Miriam tranquilas.

—Es lo que he hecho —protestó Oscar—. Solo quiero saber cuánto tiempo va a durar ese «de momento». ¿Tú lo sabes?

—No, no lo sé.

—Voy a tener que ir a verla.

Elinor no malgastó más palabras tratando de disuadir a su marido, que esa misma tarde llamó a la puerta de la casa de su hija. Sister lo hizo pasar. Hacía cinco años que Oscar no ponía los pies en aquella casa.

—Sister, ¿puedo hablar un momento con Miriam?

—Desde luego, Oscar. Deja que suba a buscarla.

Al cabo de un momento Miriam bajó, sola.

—Hola, Oscar —dijo, evitando el apelativo «padre».

—Hola, cariño. He venido porque creo que tenemos que hablar de un par de cosas.

—Muy bien —dijo Miriam, y se instaló en el asiento de caoba de la mecedora que solía ocupar su abuela. Oscar, por su parte, se sentó en un rincón del mismo sofá azul donde tantas veces se había sentado de niño.

—Miriam, querida —dijo Oscar—, tu madre y yo tenemos que decidir qué va a ser de ti.

—¿A qué te refieres?

—Adónde vas a ir y qué vas a hacer, ahora que mi madre ha muerto.

—No voy a hacer nada —respondió Miriam tranquilamente—. Y no voy a ir a ninguna parte.

—¿Me estás diciendo que no quieres venir a vivir con tu madre, con Frances y conmigo?

—No. Aquí tengo mi propia habitación y no quiero irme.

—En la casa de al lado también tendrías tu propia habitación. Elinor dice que podrías instalarte en la habitación delantera.

—No quiero esa habitación, ni ninguna otra habitación de la casa. Lo único que quiero es quedarme aquí. Esta es mi casa, la abuela me la dejó porque quería que viviera aquí, y eso es exactamente lo que pienso hacer.

—Pero ¿qué pasará cuando Sister regrese a Chattanooga? ¿Qué pensará la gente del pueblo si se entera de que permito que una chica de dieciséis años viva sola en una casa tan grande?

—Que piensen lo que quieran —respondió Miriam—. ¿Qué me importa a mí lo que piense la gente? No tengo intención de irme, y nadie puede obligarme a que lo haga.

—Tu madre y yo podríamos obligarte —dijo Oscar—. Somos tus padres.

Miriam miró fijamente a su padre.

—Supongo que podríais obligarme. Supongo que podríais atarme a la cama y meterme la comida en la garganta hasta que me la tragara.

—¿No quieres vivir con nosotros? —le preguntó Oscar a su hija con voz lastimera.

—Pues claro que no.

—¿Por qué no?

—No me quisisteis cuando nací y ahora es demasiado tarde.

Durante unos instantes, su padre se quedó atónito.

—Eso fue hace... ¡dieciséis años, cariño! —Oscar volvió a vacilar después de haber recuperado el temple—. Mi madre quería una niña para ella. No lamentas que te dejáramos aquí, ¿verdad?

Miriam no respondió.

—No puede ser que todavía estés molesta por eso, después de todos estos años. Sabes bien cuánto te quería tu abuela. Y sabes lo contenta que estabas tú con Sister y con mamá. Nunca te habríamos dejado ir si no hubiéramos pensado que ibas a ser feliz.

Miriam se quedó mirando a su padre, impasible, y no dijo nada.

—Miriam, solo tienes dieciséis años. No puedes decirme lo que tengo que hacer y esperar que lo haga —la advirtió Oscar, pero en su boca la advertencia no tenía ninguna autoridad.

—No te estoy diciendo qué tienes que hacer, Oscar. Lo único que te digo es qué no voy a hacer yo. Y lo que no voy a hacer es abandonar esta casa, al menos no por voluntad propia. Puedes traer al señor Key y decirle que me encarcele por no obedecerte, o puedes ordenarle a Zaddie que me ate con una cuerda de tender la ropa, me meta en un saco de arpillera y me saque atada a una caña, pero esa es la única forma en que voy a entrar en la casa de al lado.

—¡Me duele tanto oírte hablar así, cariño!

Miriam no dijo nada.

—Voy a enviar a Elinor para que hable contigo y trate de hacerte entrar en razón. Estás tan disgustada por lo de mamá que no piensas con claridad.

—Si Elinor viene aquí...

—¿Sí?

—... dile que se asegure de traerme los anillos que robó de los dedos de la abuela. Si no, no pienso hablar con ella.

Oscar se hundió un poco más en el rincón de aquel sofá azul desde donde tantas veces, de niño, había escuchado los pronunciamientos de su madre, y miró a su hija Miriam como había mirado a MaryLove Caskey en aquella época lejana. Y, de pronto, su hija, que era una gran desconocida para él, le recordó mucho a su madre. Comprendió por primera vez que Miriam sentía tanta animadversión hacia Elinor como había sentido MaryLove. Oscar no sabía cómo iba a terminar todo ese asunto, pero se dio cuenta de que Miriam nunca iba a instalarse en su casa.

Miriam se mecía con calma bajo la lámpara roja. Su espesa cabellera, pulcramente peinada, le caía sobre el rostro y le ensombrecía el gesto. No parecía que aquella discusión sobre su futuro la preocupara demasiado y, de hecho, Oscar tenía la impresión de que disimulaba educadamente su impaciencia por que su padre terminara de una vez con lo que fuera que hubiera ido a decirle.

Viendo a su hija así, Oscar decidió no añadir nada más. Aunque solo tuviera dieciséis años, Oscar decidió que le sorprendería mucho que Miriam no terminara saliéndose con la suya. Y se preguntó si Elinor sería ya consciente de hasta dónde estaba dispuesta Miriam a llegar para ocupar el lugar de su abuela.

El corredor de la ropa de cama

Sister se quedó en Perdido también durante el invierno. Todos especulaban con la razón por la que había abandonado a su marido de esa manera. Early Haskew acudió al pueblo por Navidad, pero fue una visita tensa y volvió a marcharse para el Año Nuevo. Perdido y todos los Caskey —incluida la propia Miriam— suponían que Sister se había quedado por Miriam; había decidido sacrificar su propio matrimonio por el capricho de esa niña mimada, pensaban todos. Se había quedado en Perdido, en una casa que aún estaba de luto, por una razón totalmente injustificable: porque Miriam Caskey no quería trasladarse veinte metros al oeste e instalarse en casa de sus padres.

Nadie le planteó la cuestión directamente a Sister Haskew. Nadie tenía derecho a hacerlo. Si quería tirar su matrimonio por la borda por Miriam era cosa suya, del mismo modo que cuando se casó desoyendo los deseos de su madre.

Pero la verdad era que Sister se había quedado en Perdido no por Miriam, sino por sí misma. Sister había decidido escudarse tras su supuesto sacrificio personal para no tener que admitir —tampoco ante los miembros de su propia familia— que se había equivocado al elegir marido.

Trece años de matrimonio habían encallecido a Early Haskew. Durante su noviazgo, y en el entorno propicio de la casa de Mary-Love, Early había mostrado un comportamiento intachable. Pero después de casarse, Sister había abandonado Perdido para vivir de los escasos e inciertos ingresos de Early, y los hábitos rurales de su marido se habían intensificado. Masticaba tabaco, una costumbre que —aunque nunca lo habría admitido— Sister despreciaba tanto como Miriam. Y tampoco se acostumbró nunca a que comiera guisantes con cuchillo. La habitual torpeza de Early se convirtió en dejadez, su cuerpo se volvió fofo, amorfo. Cogía una galleta, le hacía un agujero con el dedo índice, lo llenaba de melaza, y la engullía de un solo bocado. Todas las fundas de almohada olían al aceite rancio que se ponía en el pelo.

Los amigos de Early eran aún más toscos que él, hasta el punto de que Sister ya ni siquiera permitía que entraran en la casa: si iban a visitarlo, tenían que quedarse en el porche delantero. Vivían en una zona degradada de Chattanooga, y Sister no podía permitirse más que una mujer que le hervía la ropa de cama. De la plancha tenía que

ocuparse ella misma. Un día, volviendo de hacer la compra, encontró a Early y a dos de sus compinches instalando una máquina expendedora de Coca-Cola en el porche de casa.

Early criaba pitbulls de pelea y parecía que esos malditos perros (Sister nunca pensaba en ellos salvo con esas palabras) eran lo único que le importaba, hasta el punto de que insistía en que su mujer se levantara dos veces cada noche para dar el biberón a las nuevas camadas. Cuando no estaban comiendo, los perros pasaban la noche ladrando, y Sister no podía pegar ojo. La tosquedad de Early había acabado pasándole factura. Y ahora, en Perdido, le pasaba factura tener que defender a su marido contra esas acusaciones.

En el momento de recibir la herencia, Sister había imaginado que volvería a Tennessee, donde compraría una casa decente, renovaría el vestuario de Early, lo animaría a olvidarse de los vagos de sus amigos y a abandonar sus reprobables pasatiempos, y lo elevaría a un nivel de sofisticación más acorde con el de ella. Pero aunque lo consideraba factible, no era una tarea que la entusiasmara particularmente. Early parecía un hombre de costumbres fijas, que llevaba ya demasiado tiempo en la senda que le había correspondido por nacimiento. El verdadero Early Haskew, pensaba Sister, era el Early Haskew que se paseaba por la casa sin camisa y que entrenaba a sus cachorros para que se volvieran violentos a base de bofetadas y carne roja, el que mascaba tabaco y roncaba lo bastante fuerte como para despertar a todo ser viviente. El hombre al que había conocido y con el que se había casado en 1922 había estado en realidad atrapado en una etapa de desarrollo breve y engañosa, como uno de esos cachorros encantadores que pronto se convertían en bestias violentas y salvajes.

Sister no olvidaba que Mary-Love había vaticinado aquel cambio y la había advertido. De hecho, la propia Sister lo podría haber anticipado, pues había muchos hombres similares en Perdido. El matrimonio de Sister había respondido tanto a un acto de desafío hacia su madre como a la atracción hacia Early. Pero si para Sister aquella atracción se había desvanecido rápidamente, su necesidad de desafiar a su madre se había mantenido inalterable hasta el día de la muerte de Mary-Love, cuando se había evaporado de forma repentina. Y con dicha necesidad se habían evaporado también los motivos de Sister para volver a la casa blanca de aquel barrio degradado de Chattanooga, junto a los cachorros de pitbull y Early Haskew.

Así pues, Sister aprovechó el deseo de Miriam de quedarse en la casa de Mary-Love como excusa para no volver a Tennessee. Recurriendo a aquella coartada para ocultar sus verdaderos motivos estaba siendo más astuta de lo que su madre había sido nunca.Todo el

mundo creía que quedarse en Perdido le suponía un gran sacrificio; nadie sospechaba que temía el día en que Miriam decidiría marcharse a la universidad o casarse, ya que entonces no le quedaría más remedio que revelar la aversión que le generaba Early Haskew.

Aunque solo llevaba unos meses liberada de su cama y de su silla de ruedas, los tres años de enfermedad paralizante que Frances había experimentado constituían una época nebulosa de su vida: confusa, letárgica y gris. Durante esos años perdidos había crecido. No mucho, era cierto, pero sí lo suficiente como para, de pronto, sentirse extraña en su propio cuerpo. Antes de esa época terrible había sido una niña, con los miedos propios de una niña. Ahora era casi una mujer adulta; los miedos infantiles habían quedado atrás.

La tarde en que regresaron del viaje a Chicago, mientras Mary-Love yacía en el ataúd dispuesto en el salón delantero, Frances se instaló en su propia habitación. Elinor y Oscar creían que seguramente a su hija le aterrorizaría dormir en la misma casa donde se encontraba el cuerpo de su abuela, pero Frances les dijo que no había necesidad de importunar a James o a Queenie con su presencia esa noche. Aunque no lo dijo porque ya no tuviera miedo, sino más bien para comprobar hasta qué punto aquellos temores de antaño seguían presentes. A Frances no le había sorprendido en absoluto que su abuela hubiera muerto en la habitación delantera.

Después del funeral, mientras Zaddie la ayudaba a deshacer la maleta y sacar todos los tesoros que James y Queenie le habían comprado, Frances no percibió ninguna alteración en la atmósfera de la casa causada por aquella muerte en la habitación delantera. «La abuela debió de morir en la habitación de al lado», pensó incluso para sí misma, pero no se estremeció. Olisqueó el aire y no detectó ni el olor a muerte, ni tampoco el olor de su propio miedo. Se detuvo en el pasillo y clavó la mirada en la puerta de la habitación delantera. El miedo seguía sin aparecer. Se acercó a la puerta y agarró el pomo con cautela: no hubo ninguna descarga eléctrica, ni rastro de miedo.

Giró el pomo y empujó la puerta. Esta se abrió de par en par, y Frances se quedó en el umbral de la habitación. No sentía nada.

Metió la cabeza en la habitación, pero no olió nada más que la lavanda seca que alguien había colocado en un cuenco, sobre una mesa junto a la cama.

Con audacia, se adentró en la habitación y cerró la puerta tras ella.

Miró la puerta del armario y pensó: «Mamá dice que la abuela murió de fiebre, y Sister está convencida de que seguiría viva si papá

la hubiera llevado al hospital. Pero yo sé que a la abuela la mató lo que vive en ese armario».

La puerta del armario no se abrió. Frances no se murió.

—Tengo quince años —dijo en voz alta— y no me asustan los armarios llenos de plumas, cueros y pieles.

Pasaron los meses y Frances cumplió los dieciséis. Nunca había tenido mucha relación con su abuela y, de hecho, no la había visto ni una sola vez durante toda su enfermedad. No pensaba a menudo en su muerte y, a veces, cuando miraba por la ventana de su habitación hacia la casa de Mary-Love, incluso se le olvidaba que esta había muerto el verano anterior y echaba un vistazo (como solía hacer de niña) para ver si la veía sentada en su mecedora, junto a la ventana de su habitación.

Un cantero de Mobile, de ascendencia italiana, talló el monumento fúnebre de Mary-Love en mármol de Georgia. Lo inauguraron siete meses después de su muerte. La ceremonia, breve e informal, contó con la presencia de todos los Caskey. Miriam, Queenie y Frances depositaron flores. «La abuela murió en la habitación delantera», pensó Frances una vez más.

Esa noche se durmió de inmediato y no soñó nada. Al rato se despertó también de súbito, no por ningún ruido, sino por la sensación de que algo estaba horriblemente fuera de lugar.

Su habitación estaba bañada por una luz débil, blanca y azulada. Brillaba con tanta claridad a través de la ventana como si hubieran plantado una farola ante la casa de su difunta abuela. Frances no tenía ni idea de qué podía ser la fuente de aquella extraña iluminación, y se quedó mirando con terror las cortinas blancas que cubrían la ventana. No se atrevía a asomarse. Se acercó a la otra ventana, que daba al porche cubierto. El porche también estaba iluminado por el resplandor, aunque allí no era tan potente como en su habitación.

Entonces, de forma repentina, recordó alarmada la luz que había llenado primero el armario y luego toda la habitación delantera la noche en que Carl Strickland les disparó desde el dique. Frances era entonces muy pequeña y guardaba un recuerdo vago y onírico de todos los incidentes ocurridos antes de su larga enfermedad, pero reconocía aquella luz, la recordaba. No había sido un sueño en su día y tampoco lo era ahora.

Pero lo que desató el miedo en el alma de Frances no fue esa luz antinatural. Ajena a sus deseos, su cabeza se giró para mirar hacia la puerta que daba al estrecho corredor de la ropa de cama que separaba su habitación de la habitación delantera. Y supo que algo acechaba en aquel estrecho corredor cerrado. Estaba allí, y Frances sabía que no

era una persona. No era su madre. No era su padre. No era Zaddie. Lo que fuera que vivía y se escondía en el armario de la habitación delantera había salido del armario, había cruzado la habitación, había abierto la puerta del corredor de la ropa de cama y, con gran sigilo, se había escabullido a través de este. Y ahora esperaba al otro lado de la puerta.

No era el fantasma de su abuela, pero Frances sabía que de alguna forma estaba relacionado con aquella escultura de mármol que habían instalado sobre su tumba.

Se quedó en la cama, aterrorizada. La artritis paralizante parecía haber vuelto a sus manos y pies. Intentó imaginar qué sería lo que había al otro lado de la puerta, pero no podía. Sabía que era del color de la luz exterior y que, si volvía a mirar hacia la puerta, descubriría que la luz se filtraba por la rendija inferior. Que ese era el origen de la luz. La habitación delantera estaba tan iluminada que la luz salía a través de las ventanas, y eso era lo que ella estaba viendo a través de las cortinas. El corredor de la habitación delantera estaba lleno de una luz aún más potente, porque aquello que la emitía estaba justo allí, al otro lado de su puerta. «Aquello» no tenía unos límites que la imaginación de Frances pudiera delinear, pues su contorno cambiaba de forma. Le vino a la mente un niño pequeño ataviado con un mono con los bolsillos abultados. Le vino a la mente un hombre jorobado y boquiabierto. Le vino a la mente una mujerona apuesta, sonriente, con un collar de perlas negras y un bizcocho en una bandeja. Las imágenes se desvanecían y daban paso a imágenes nuevas, y entre unas y otras aparecían cosas sin forma o con formas que no lograba reconocer: de pez, de rana, de serpiente, con ojos saltones, manos palmeadas y la piel brillante y gomosa. Las imágenes cambiaban con tanta rapidez como si fueran sombras sobre las ventanillas de un tren que atravesara un bosque iluminado por el sol. Frances permaneció con los ojos cerrados durante no sabía cuánto tiempo.

Intentó pensar en otra cosa, con la esperanza de que su miedo no fuera fruto más que de su mente. No estaba cerca de dormirse, pero en cambio sentía que sí estaba cerca de soñar. En ese duermevela, empezó a rememorar los años de su enfermedad. Aunque no había pasado tanto tiempo, los recuerdos de ese período enterrado eran como los de la primera infancia, o como memorias huidizas de una existencia anterior. Echada en la cama con los ojos cerrados, mientras trataba de hacer desaparecer aquella cosa que había salido del corredor de la ropa de cama, Frances recordó de repente dos detalles de su enfermedad, uno de ellos imposible y el otro improbable.

El primer recuerdo, el más imposible de ambos, era el de los

baños que recibía tres veces al día. En otros momentos —en momentos más conscientes— había sido capaz de recordar vívidamente el momento en que su madre la sacaba de la bañera. Pero ahora (y el recuerdo sensorial era nítido, por imposible que pareciera) estaba convencida de que durante esos baños solía estar sumergida del todo; que pasaba cinco o seis horas al día con todo el cuerpo —cabeza incluida— bajo el agua.

El segundo recuerdo, también imposible, era de un niño, un niño pequeño, que solía hacerle compañía por la noche mientras su madre dormía. Era más joven que Malcolm pero mayor que Danjo. Era un muchacho pálido e infeliz, y solía tirarle del brazo, como si quisiera que jugara con él. Frances nunca recordaba cómo había llegado a la habitación, pero sabía que, cuando se marchaba, desaparecía siempre por el corto corredor que llevaba a la habitación delantera.

«Y eso es lo que hay en el corredor ahora mismo.»

De repente abrió los ojos y se quedó mirando la puerta. Entonces unas palabras claramente audibles afloraron de sus labios. Frances las pronunció sin pensar, sin darse cuenta de que hablaba:

—Entra, John Robert.

No conocía a ningún John Robert.

Hubo un cambio al otro lado de la puerta, una especie de temblor o estremecimiento.

Hasta entonces, la cosa del corredor había estado quieta. Frances sabía que la fluidez de sus contornos y aspectos no había existido más que en su propia mente; la cosa en sí había permanecido inmóvil al otro lado de la puerta.

Pero ahora alargó el brazo hacia el pomo.

Frances bajó de la cama de un salto, pasó volando junto a las cortinas que brillaban de color blanco azulado y se precipitó hacia la puerta del corredor de la ropa de cama.

—¡No! —gritó—. ¡Fuera de aquí!

Sus pies brillaron, envueltos por la luz que se filtraba por debajo de la puerta. Giró la llave en la cerradura y retrocedió enseguida, con los ojos cerrados.

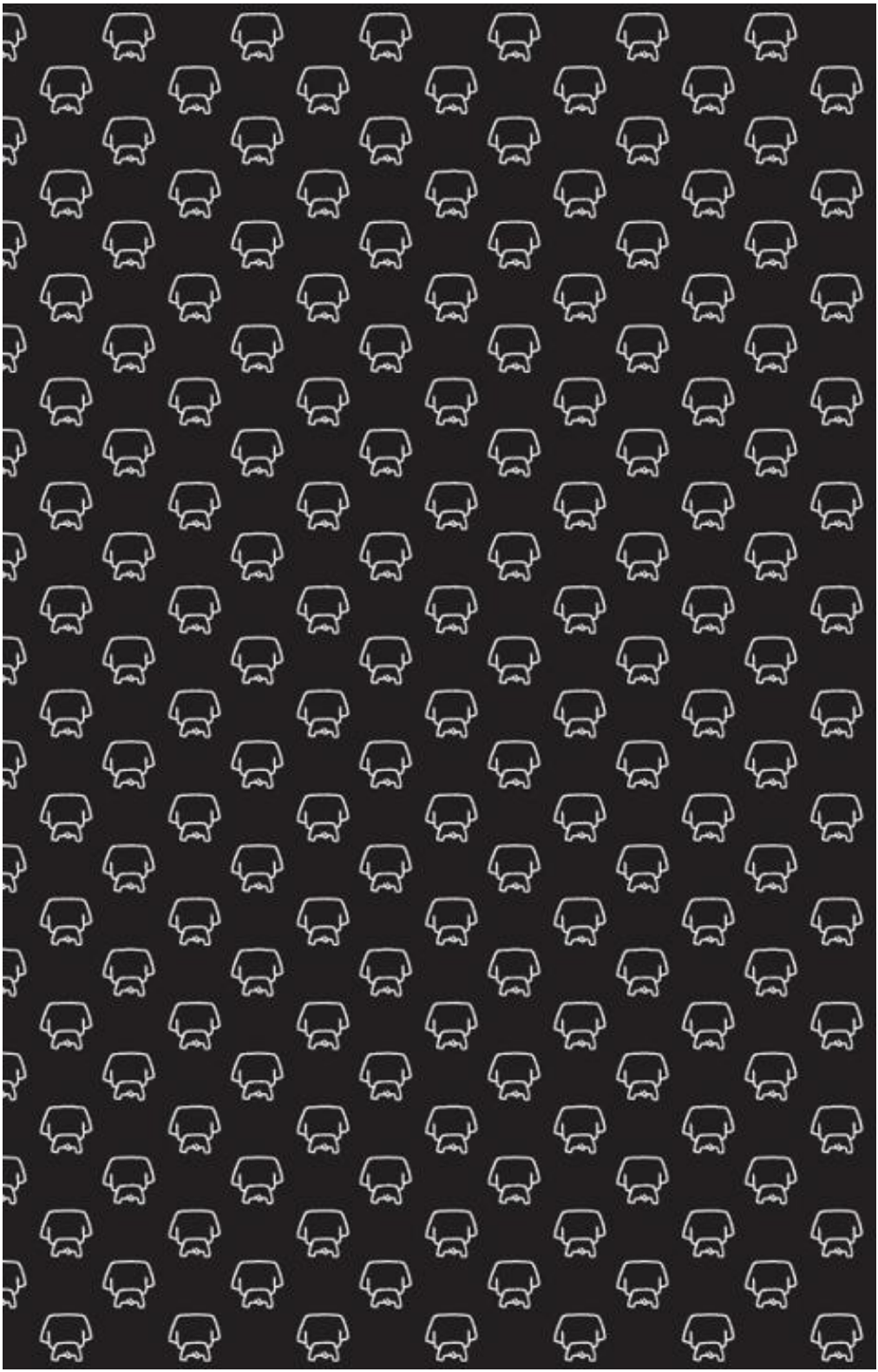
Cuando los volvió a abrir, la luz había desaparecido. Su habitación estaba a oscuras. Se acercó a la ventana y miró hacia fuera. Todo estaba oscuro y en silencio. Los visillos de la cortina le acariciaron la cara.

Volvió a la cama. No había nada en el pasillo. Se durmió sin preguntarse siquiera si lo lograría.

Cuando despertó por la mañana, supo que todo lo que había sentido,

visto y vivido no había sido un sueño fruto de la melancólica excitación del día anterior. Frances Caskey sabía con certeza que, de alguna forma, aquello que en su día había estado confinado en el interior del armarito ahora podía moverse con total libertad. Y lo peor era la convicción de Frances de que un día volvería a decir: «Entra, John Robert», pero no llegaría a tiempo para cerrar la puerta.

Descubre antes que nadie todos los secretos de la saga Blackwater y entra a formar parte de una comunidad de lectores única.

Te esperamos en

www.sagablackwater.com